



14

Relativamente prohibido

Sheyla Yebra Mateo

RELATIVAMENTE PROHIBIDO

Sheyla Yebra Mateo

Relativamente prohibido

©Sheyla Yebra Mateo 2024 All rights reserved

Ilustración realizada por Máximo Tristán

Kindle Direct Publishing

Paperback Edition 2024

A las personas que creyeron en mí.

A mí, por volverme a querer.

A mi familia.

A mi mujer, pilar fundamental de mi vida.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Prólogo

Carmen

Ana y yo llevamos siendo amigas muchos años. Hemos coincidido en varios proyectos cinematográficos y ha formado parte de mi vida desde que tenía veinte años, cuando hicimos el primer proyecto juntas, una serie española de bajo presupuesto.

Nuestras familias también se conocen. Es por eso por lo que no entiendo todo lo que ocurrió en el último proyecto en conjunto. ¿Por qué esto nos pasó ahora y no antes?

Era la primera vez en mi vida que iba a interpretar a una mujer enamorada de otra. No tenía ningún problema, como actriz es muy fácil meterse dentro del papel y hacer desaparecer la realidad.

En ocasiones, surge el amor dentro de los proyectos, a muchas personas que no trabajan en este mundo les parece algo muy raro, pero para nosotros es de lo más normal. Pasamos un montón de tiempo juntos y vivimos demasiadas experiencias, a menudo muy intensas, en pocos meses.

Pero jamás pensé que eso me pudiera pasar a mí.

Nadie ha marcado las directrices de mi vida hasta ahora, nadie ha sido capaz de profundizar y hacerme creer que una persona es el centro de atención. Nadie ha conseguido lo que Ana: ser el todo de mi existencia.

Tras años de duro trabajo, de películas, series y tener una vida privada bastante plena, ha llegado un suceso que ha cambiado todo el devenir de mi historia, que ha traspasado las pantallas y ha llegado de manera abrupta hasta el sofá de mi casa.

La serie de ficción se ha convertido en mi vida, me he fusionado con mi personaje y he notado que no soy capaz de romper la barrera que separa la realidad de la ficción.

¿Dónde queda mi papel, mi representación, mi actuación perfecta y dónde quedo yo, Carmen, actriz de renombre, que ha caído en el pozo del *fandom*?

A veces las cosas pasan por algo, muchas personas llevan vidas enteras siendo amigas y, al final, surge algo que era desconocido para ellas. Puede ser que el destino me llevara a hacer el anterior proyecto y, a partir de ahí, surgiera lo impensable.

Nunca podré encontrar una explicación racional a lo que nos está pasando, tampoco puedo explicar el hecho de que nos guste tanto jugar con fuego, buscando quemarnos. Lo único que tengo seguro es que todo esto es real y nosotras somos las actrices protagonistas.

Capítulo 1

Reencuentro. Los premios

Carmen

Hasta el siguiente proyecto tengo tiempo de sobra, todos los días son libres. Aunque este hecho no hace que deje de madrugar. Aparte, la separación con mi marido ha hecho que tenga todo el tiempo del mundo para mí. Nuestra separación fue dura, pero nada funcionaba entre nosotros, no sé si fue porque veníamos de mundos diferentes y él no se adaptó, o porque nunca lo intentamos de verdad. No ayudó, tampoco, lo que estoy sintiendo, he cargado con muchos sentimientos y nunca he dejado que se acerque lo suficiente.

La mejor opción era separarnos.

No ha llegado a los oídos de la prensa, pero no tardarán demasiado. Pronto estarán alrededor de mí como polillas cuando están cerca de la luz. No me agrada la idea, para mí no ha sido fácil dejar atrás años de confianza por un presentimiento, por unos sentimientos que comenzaron de manera difuminada, fruto de la química, y que se han convertido en constantes y reales.

Mi carrera como actriz está en un punto bastante alto. Me han nominado a varios premios en los últimos años, pero sin duda el que más esperaba era este que tengo entre mis dedos. Estoy nominada junto con otra actriz famosa, Ana Sierra; ella y yo hemos protagonizado una serie de suspense con una subtrama de romance que nos ha conducido a llevarnos de la mano en cada escena.

Las manos de Ana se han convertido en las más deseadas del planeta. Ella no imaginaba que a los cincuenta años iba a alcanzar la cúspide de su carrera.

La edad en el mundo del cine sí que es importante, para desgracia de las actrices, que son las más afectadas.

La serie que hicimos juntas ha conseguido unir a miles de personas con un solo propósito: que el amor salga de la pantalla, que la pareja que teníamos en la serie traspase a la vida real.

Echo de menos los sets de rodaje y la química que conseguimos crear Ana y yo. Las escenas salían solas, fluidas y naturales. Todo surgía espontáneamente, teníamos claro cómo tratarnos para estar cómodas y seguras, incluso éramos capaces de crear escenas que se alejaban totalmente del guion, pero eran ideales para la historia.

Todo era tan perfecto, que la persona que interpretaba se ha fundido conmigo hasta tal punto que no sé dónde está Lidia, mi personaje, y dónde estoy yo. Mi manía de meterme tanto en el papel, querer hacer mi trabajo a la perfección, me ha llevado a esta situación: quiero ser el personaje para poder tocarla sin estar en un set de rodaje.

Necesito desviar mis pensamientos, así que me preparo lo más rápido posible para hacer algo de ejercicio. Fuera el día está frío, lo que me ayuda a reflexionar de forma más tranquila y, quizás, así se enfría mi cabeza. Troto durante un rato, cuando el reloj me marca cuatro kilómetros y medio, hago un esprint los últimos quinientos metros, haciendo que mi cuerpo solo me pida pensar en el aire que necesito.

Hoy es el día de la gala de premios. La productora se encarga de recogernos después de comer para prepararlo todo de manera meticulosa.

Llego a casa con la cabeza un poco más despejada, quiero desayunar tranquila después de darme una ducha. Hoy mi hija no está en casa, algo que en parte agradezco porque así no hay preguntas comprometidas sobre por qué estoy tan seria.

Alargo el tiempo lo máximo posible para no tener que hacer frente a Ana, al público y tener que fingir que no me importan nada las cosas que hacemos para contentar a las fans.

El coche oficial llega a la hora. Dentro puedo ver a una persona, pero en ningún momento imagino que es Ana quien está allí hasta que la he visto. Seguimos sumando momentos incómodos. ¿Lo serán para ella también o solo para mí?

—Buenos días, Carmen. ¿Qué tal has dormido?

Ana habla claro, pero yo escucho su voz de manera amortiguada. Vuelvo a sentir el vértigo de tenerla cerca. Roza suavemente mi mano izquierda y me mira. ¿Cómo diablos puede estar tan relajada?

—Buenos días, Ana. He dormido regular; seguramente sea por los nervios. Nunca había tenido que presentar una gala de premios.

Sonríe tranquilamente mientras aprieta mi mano, intentando relajar el ambiente. No fuerza la charla, sabe que no tengo muchas ganas de hablar y a ella no le importa lo más mínimo, es capaz de mantener un silencio tranquilizador. Suelto su mano suavemente para que no sienta que la estoy rechazando, ya que no es así; lo que estoy intentando resistir es aquello que me hace sentir y que es una auténtica locura.

Tengo muchas cosas que decirle, pero no van a ser nada tranquilizadoras, así que el silencio es mi lugar calzado.

Al bajarnos del coche, todo es un remolino de gente corriendo y preparando lo necesario para la gala.

Ana

Antes del amanecer ya estoy despierta. Estoy impaciente por la gala de esta noche. Si fuera por mí, me iría ya. Hace un par de meses que se acabó el rodaje de la serie que protagonicé con Carmen y desde entonces no he conseguido levantar cabeza, sin saber muy bien por qué.

Echo de menos a todo el elenco del rodaje, pero Carmen se ha incrustado en gran parte de mi vida sigilosamente; querría tener más relación con ella aparte de nuestra amistad.

La conozco desde hace unos años, pero nunca se nos había presentado la oportunidad de abordar este tipo de papel. Carmen y yo hacíamos de Lidia y Rosa, dos mujeres, de cuarenta y cinco y cincuenta y dos años respectivamente, que se enamoran. Mis roles anteriores siempre habían sido de mujer heterosexual y casada, pero esta vez fue diferente y, a pesar de estar comprometida, me enamoraba de Lidia.

Bordamos nuestros personajes, consiguiendo embrujar a muchísimas personas que nos acompañaron en la aventura desde el comienzo. Hemos estado recibiendo muchísimo cariño por parte de las seguidoras y, por primera vez en mi carrera, me he sentido totalmente libre y relajada interpretando un papel que me quedaba como un guante.

Aunque Carmen y yo somos amigas de siempre, no pensé que este tipo de papeles se nos presentarían. Tampoco creí que ella aceptaría. Ni siquiera sabía que iba a sentir que lo que hacíamos era un papel.

Muchas personas pueden pensar que diez años no son nada, pero la realidad es que lo pueden ser todo en una relación. Eso era el desafío de nuestros personajes, añadido a una trama de thriller trepidante y adictivo.

Llevo casada con mi marido más de veinte años. No puedo decir que sea idílico, pero tampoco es malo. Él siempre ha sido mi mejor amigo, nos hemos cuidado y me ha apoyado en todo el proceso de la serie. Incluso, en algunas ocasiones puedo sentir que él también está dentro del *fandom* que se ha creado entre Carmen y yo.

En este tiempo que he estado separada de ella, ha sido recurrente soñar con las escenas de la serie.

En esos sueños, siento como si me volviera a tocar y en la vida real su ternura, el cariño y lo buena que es conmigo hace que parezca que sigo dentro del guion. No nos vemos tan seguido como me gustaría, porque muchas promociones las hemos hecho a través de las redes sociales.

En ocasiones, la productora ha organizado cenas a las cuales no he querido ir por miedo a mis sentimientos. Es un problema tener a Carmen delante y hacer como si nada pasara, porque en mi mente solo está el placer que me transmiten sus manos al acariciarme. Esto también ha repercutido en nuestra amistad, ya apenas decimos de quedar.

La mañana pasa muy rápido y, cuando menos me lo espero, me encuentro aguardando al coche de la organización de la gala. El hombre que me va a llevar me dice que también va a recoger a la otra presentadora.

Llegamos a casa de Carmen. Reconozco su vivienda porque he estado unas cuantas veces, hemos tenido alguna cena en pareja. Está de pie en el porche, esperando el coche oficial. Pone cara de asombro al encontrarme y esto es lo que me hace pensar que a veces no quiero verla, porque parece que ella nunca quiere verme a mí.

Tengo una idea para el espectáculo y nuestros fans, pero no es el momento para decírselo, sobre todo cuando hablamos de besarnos.

Mantenemos una pequeña charla en la que intento que ponga atención en mis palabras, en mi mirada. Rozo sus manos pudiendo quitarle un poco de ese peso que parece que carga, ya sea por mí o por ella, pero no nos ayuda. Noto que está nerviosa, incluso más que cuando teníamos que realizar una escena en una sola toma para que saliera a la perfección.

No tardamos en llegar al teatro. A mi alrededor solo puedo ver gente corriendo y trabajando a contrarreloj.

Todo va tan rápido que apenas nos volvemos a ver, ella está a dos mesas de mí, la están maquillando y poniendo a punto. Tengo que hablar con ella antes de comenzar la gala para cambiar cosas del guion y, por necesidad, colar un beso.

Cuando ya tenemos la ropa, el maquillaje y el peinado retocados, solo queda una cosa: comienza la función en todos los aspectos, ¿esto que siento es real o es parte del espectáculo y la magia que es capaz de crear?

El primer ensayo se hará de principio a fin, nos sientan en nuestros respectivos asientos. No estamos sentadas juntas, sino en filas diferentes. Los sitios son asignados por el equipo de producción. Me sudan las manos como hacía años que no me pasaba, parece que vuelvo a ser novata en el mundo del espectáculo a pesar de que llevo años actuando.

Estos nervios son totalmente innecesarios porque vamos a hacer lo que solíamos hacer durante el rodaje: besarnos porque así nos lo pide el guion.

Me acerco a ella justo antes de terminar de vestirnos.

—Carmen, quiero hablar contigo.

Me mira y, desgraciadamente, estoy hundida en sus ojos, como un barco en el fondo del mar, incapaz de salir sin ayuda. Prosigo.

—Quiero que apoyemos al colectivo LGBTIQ para alentar a los fans a seguir creyendo en el amor —trago saliva—. Quiero que nos besemos en el escenario.

Carmen

Tengo una pregunta constante en mi cabeza, sin respuesta: ¿Podría volver a los brazos de Ana, a los besos en el rodaje y a los ensayos infinitos sin que me afecte lo más mínimo?

No puedo pensarlo durante mucho tiempo porque no tardan en llevarnos a la zona del teatro que nos corresponde.

El ensayo comienza con el director coordinando a los técnicos de sonido e iluminación, su posición debe ser totalmente perfecta. Al final, llega nuestro momento, nos anuncian como

presentadoras de la gala. Me levanto como un autómatas, bajo las escaleras despacio para no caerme, cuando llego al escenario veo que Ana aún está en su asiento, me está mirando totalmente ensimismada.

No tarda mucho en levantarse y aparecer a mi lado. Pide un par de veces perdón por su descuido. El discurso es un poco extenso pero necesario, los derechos no se negocian, vivimos tiempos raros para el colectivo LGBTIQ+. Nos metemos rápido en el papel hasta tal punto que ocurre, nos damos el beso sin tener en cuenta que era solo el ensayo. El beso dura poco para nosotras, para el resto ha sido una eternidad, sus caras son de estupefacción al comienzo, pero una gran sonrisa sale de todo el equipo. Huelen el éxito.

He vuelto a sentir sus labios y me he derretido. He saboreado el beso, pensando que después no va a ser igual por dos razones: la primera es que esta platea estará llena y la segunda es que el beso será más corto. Ana tiene la misma cara de asombro que yo, pero somos capaces de reaccionar de la manera más rápida, demostrando nuestras dotes como actrices y haciendo como si no hubiera pasado nada.

¿Dónde separo la realidad de la ficción? ¿Dónde pongo la barrera para no salir herida como un ciervo en un coto de caza? ¿Dónde está mi camino?

Comienzan a llegar miembros de la serie, actores y actrices. Charlamos, esperando a que comience la gala. Identifico a una de las que había actuado con nosotras, está hablando con Ana. No sé muy bien sobre qué, pero ha conseguido que ella se sonroje y beba de su copa de vino con ahínco.

A veces, se me olvida que siempre nos quedamos con parte de la magia del rodaje. Hemos pasado mucho tiempo juntas, hemos conseguido que la química fluya entre nosotras y eso va en mi contra. Ana es una mujer que está felizmente casada y, por supuesto, no creo que tenga los mismos pensamientos que yo. Es la química de antaño la que nos está jugando una mala pasada.

Ana

El beso ha sido diferente, muy diferente a cualquier otro que nos hayamos dado en el rodaje. Este no se lo han dado nuestros personajes, nos lo hemos dado nosotras: Ana y Carmen. Cuando nos hemos separado, las personas que nos rodeaban se han quedado en estado de *shock*, ha parecido que hemos estado una eternidad besándonos.

He salido de la ensoñación, pero sigo anclada en ella desde que comenzó el primer día de rodaje.

Estamos durante el servicio de *cáterin*. Se sirven bebidas varias, cuando Victoria se acerca a mí. Lleva un vestido rojo precioso. Ella hacía el papel de mi hija en la serie y nuestra relación en la vida real también es algo maternal.

—Querida Ana, eres más evidente de lo que piensas. No le quitas los ojos de encima, la sigues con la mirada, parece que eres su guardaespaldas.

Me sonrojo ante sus palabras. Bebo un sorbo largo, intentando pasar de manera ilógica las penas con el vino.

—No es así. Todo es parte del espectáculo, es necesario para que la promoción siga bien, aunque ya haya terminado la serie —contesto con una evasiva bastante mala que consigue que cambiemos de tema.

La velada, junto con el vino, sigue fluyendo de manera tranquila. Y, como bien dice Victoria, no dejo que mi mirada se desvíe a cualquier lugar que no sea Carmen.

Capítulo 2

La gala y la fiesta

Ana

No tardan mucho en dirigirnos a la zona del *photocall*. Allí cada persona que está invitada a los premios exhibe su atuendo. Todos estamos en fila, esperando nuestro turno para hacernos la foto. Nunca me ha gustado esta parte de cualquier gala. Estás expuesta a miles de objetivos que buscan la pose perfecta o una foto en la que puedan sacar partido a cualquier defecto.

Al entrar en escena, comienza el fogonazo de *flashes* puesto en mí. Una voz retumba, quieren que Carmen y yo nos echemos una foto juntas. Veo por el rabillo del ojo cómo se acerca hasta mí. Desliza suavemente su brazo detrás de mi espalda, acariciándome, tocando cada tecla adecuada.

Carmen sonrío, está radiante. A ella se le da mejor esto que a mí, le gusta verse rodeada de cámaras. Parece que ha nacido para estar rodeada de gente, siendo el centro de atención. Sonrío, actúo mientras los *flashes* siguen funcionando.

—Estás muy tensa, Ana. Relájate.

Puedo sentir su aliento en mi piel, cerca del oído. Está dando lo que la prensa quiere, que, por suerte para mí, solo dura un par de minutos. No sé si podré mantener esta tensión tanto tiempo.

Carmen

Después de pasar por la alfombra roja, nos dirigimos hacia el teatro. Nos sentamos en nuestros respectivos asientos y, por suerte, puedo ver a Ana desde aquí. Está sentada tres filas más abajo, mirando su teléfono. No sé qué le pasaba exactamente en la sesión de las fotos, ha estado tensa y casi malhumorada, ha sonreído solo un par de veces, pero de manera forzada.

Vamos a presentar la gala desde el minuto uno, lo único que no vamos a hacer es cantar quién es el ganador a los premios a los que estamos nominadas.

No tarda en llenarse el teatro, habrá más de dos mil personas. No tenemos más tiempo que perder, bajo hasta su posición y la animo a que se venga conmigo para comenzar el espectáculo.

La gala se desarrolla de manera tranquila y relajada. El guion lo estamos siguiendo al pie de la letra. Todo está progresando genial hasta que llega el momento decisivo y que hemos marcado para dar el discurso.

—Hasta no hace mucho, los derechos que tiene hoy en día el colectivo LGBTIQ eran muy diferentes, hace solo diez años muchas de las cosas que podemos hacer ahora, eran impensables.

Pero todavía hay mucho camino por recorrer y por luchar —escucho la voz de Ana.

—Es por ello por lo que es muy necesaria la representación de las personas pertenecientes al colectivo. Hoy queremos agradecer a todas las personas que han hecho un mundo mejor con su lucha.

Se gira hacia mí y me besa. Un beso intenso, fuerte y con cariño, agarro su cintura, de forma posesiva, queriendo que el acercamiento, aunque sea corto, sea intenso. Esta vez no tardamos mucho en separarnos. El teatro es un hervidero de personas aplaudiendo, gritando como locas y yo solo querría quedarme prendada en su boca.

Besar a Ana delante de todos ha sido una de las cosas más placenteras del mundo. Por mucho que me prepare, siempre me quedo en ese momento, queriendo que no acabe nunca y que sea así para toda la eternidad.

A pesar de que ella ha ganado un premio, yo ya no tengo demasiada concentración para nada más. Dejo que la gala se desarrolle, esperando la ansiada fiesta.

Nos sacan del teatro para preparar la platea. Es fascinante lo de este sitio.

Cambian todos los asientos por una sala abierta y despejada en apenas una hora. Mientras, nos ofrecen comida y bebida.

Ana

La fiesta comienza con la música, el cáterin empieza a rondar por todo el espacio con comida, copas y cámaras polaroid para echar fotos y llevarlas a casa de recuerdo. El baile comienza a animar a todo el mundo y yo, como siempre me suele pasar, estoy sola para bailar. Mi marido no ha conseguido venir a la gala porque ha tenido una operación de urgencia; decía que llegaría pronto, pero, como puedo comprobar, no es así.

Estoy sentada en una de las mesas viendo cómo Carmen baila con un chico joven, guapísimo, ¿le gustará? Quizás. Se mueve con una sensualidad que me deshace, por un momento quiero ser el muchacho que baila con ella, quiero que me recorra con sus manos y que gima cerca de mí mientras la música suena.

Hoy, después de tantos meses, no quiero pensar las cosas, no quiero seguir sintiendo que esto no es real. Necesito ir al baño y refrescarme. Me encuentro a Carmen de camino y se me antoja que está más guapa que nunca y que, a lo mejor, enmascarando todo esto dentro de la ficción puedo decirle algo de lo que pienso.

Inconscientemente, la arrincono contra la pared de uno de los baños. Pongo mi mano derecha sobre el frío mármol, al lado de su cabeza, para que no pueda irse. Esta posición la hemos recreado en muchas ocasiones en la serie. Me acerco a ella.

—¿Por qué me has estado rehuyendo todo el día, querida Carmen? —susurro.

Se le pone la piel de gallina y suspira como ha hecho tantas veces ante las cámaras. La diferencia está en que esto es la realidad.

Carmen

Ana tiene el poder de persuadir a cualquiera que la rodea. Arrastra con su mirada a las personas, como esclavos, dispuestos a morir por ella.

En el fondo, sé por qué la he rehuido, sé que para ella puedo ser una presa fácil. Sé que iba a pasar lo que está sucediendo ahora mismo. No quiero poner en entredicho su matrimonio por mi culpa. Mi cabeza funciona a mil por hora hasta que Ana me besa, me besa con desesperación y pasión. No sé dónde estamos a ciencia cierta, si podemos ser vistas por alguien o no. Solo puedo dejarme llevar, dejar de ocultar este deseo sexual. No puedo seguir ocultando las ganas que tengo de tenerla.

Giro con su cara entre mis manos. Cambio su posición de manera brusca, choca con la pared e introduzco una de mis piernas entre las suyas. Se retuerce ante mí, ante mis deseos. Acerco suavemente mi boca a su oído.

—Si no te hubiera rehuido como lo he hecho, te habría besado de esta manera en cualquier lugar, pero no debemos hacerlo aquí, ni en ningún sitio —susurro.

Hago el amago de marcharme, pero no me deja.

—No, ni se te ocurra irte.

Me penetran sus palabras hasta el fondo. Siento que entran por todos los poros de mi piel, arrasando tras ellas. Quizá tengo que huir en el camino contrario de su boca, boca hipnótica, boca que busca el fuego, boca que quema. No puedo hacer otra cosa que no sea pegarme más a ella y apretar con mi pierna su entrepierna. Quiero que gima, quiero que disfrute a pesar de saber dónde estamos.

—Gime, Ana. Deja atrás la serie, deja de actuar —se lo pido como si realmente hiciera falta.

Sus manos recorren mis piernas por encima del vestido. Me desespera su tranquilidad, su saber estar.

Quiero que todo explote de mala manera, quiero que su mano se encamine a la perdición. Me toca con pasión.

Unos pasos hacen que se presente ante mí la realidad, la cruda realidad. Nos separamos rápido, nos componemos la vestimenta. La miro, ella sigue sobresaltada, tiene las mejillas rojas y los ojos inyectados en pasión. He aquí mi muerte.

—Cariño, te estaba buscando.

Capítulo 3

Las consecuencias

Carmen

Las palabras de su marido tienen el mismo efecto que un jarrón de agua fría derramándose por mi cabeza. Esta es su realidad, hay un hombre en su vida, su esposo. Y yo solo soy la mujer que le da juego y emoción a su vida. Me digo que esto no puede volver a pasar. Me repito “quizá esto deba cambiar para siempre”.

A pesar de que este ha sido nuestro primer acercamiento, nuestro primer beso fuera del plató, no debo seguir alimentando a esta bestia que crece entre nosotras.

Se saludan con un beso en la boca, ella parece totalmente relajada en sus brazos. Su marido me mira y sonríe, tranquilo.

—Buenas noches, Carmen. ¿Qué tal la gala? —la vuelve a mirar antes de proseguir, buscando su complicidad—. He tenido una operación de última hora y me ha sido imposible llegar antes.

Su brazo se aprieta más a la cintura de Ana, yo decido huir en algún momento de sus cariños, de sus dardos envenenados.

—Ha ido bien. Por no haber visto la gala, no te preocupes, está grabada. Yo os voy a dejar, quiero tomarme algo con las compañeras. Podéis ponerlos al día.

—Carmen, no te vayas —Ana me agarra de la mano.

—Estoy por aquí. Aunque tengo el presentimiento de que la noche ya ha acabado para mí.

Su marido nos mira a las dos con cara de interrogante. Él sabe que tenemos una química especial en la pantalla, pero, por supuesto, no se imagina lo que acaba de pasar entre nosotras.

Me suelto de su mano y salgo de allí lo más rápido que puedo.

Quiero desaparecer, meter la cabeza debajo de la tierra para que nadie pueda juzgarme desde allí. Salgo a la zona donde todo el mundo está charlando, comiendo o tomándose una copa. Las personas se mueven al son de la música. Todas ellas parecen sacadas del mismo molde.

Me acerco a la barra para pedir una cerveza. Me la bebo tranquilamente desde una esquina, estoy relativamente tranquila hasta que puedo divisar a Ana. Comienza a bailar con su marido sin ningún pudor, justo después de habernos besado, sin pensar en el dolor que eso puede provocarme.

Bebo cerveza tras cerveza. En algún momento, Ana pone la vista en mí y solo me sale

levantar la cerveza en su dirección, una manera suave de vacilarle, de hacerle saber que yo también puedo jugar. Su cara es impasible, parece que no siente nada a pesar de que el tiempo se para cuando nos miramos.

No quiero hacer nada más, paso entre la gente para poder salir de aquí y despejar todas las ideas absurdas que he tenido hasta este momento, como si de una ecuación se tratara, despejando mi X: ella.

Al salir me ofrecen dos maneras de irme, una con un coche propio y otra tomando un taxi. No tengo la cabeza para conducir un coche de alquiler, así que solicito que pidan un taxi para mí. Quizás, en estos momentos es cuando más echo de menos a alguien a quien poder llamar para pedir ayuda, contar esto que me está pasando. Echo de menos a una persona que me sostenga, que me apoye cuando el dolor en el pecho es capaz de destrozarme.

El taxi no tarda mucho en llegar. De camino a mi casa, suena la música de la radio a un volumen tenue que amortigua el sonido de mi teléfono. Parece que Ana hoy no se cansa de hacerme sentir mal, así que no lo abro para que no salga en leído, tampoco tengo ganas de leer aquello que me tenga que decir.

Sola.

Retumba en mi cabeza.

Me quedo mirando por la ventana lo que me rodea. Muchas personas pasean, a pesar de las horas.

Ana

Tras la llegada de mi marido, todo el ambiente que había entre nosotras se ha esfumado. A pesar de que casi nos pilla, no he sentido ningún tipo de agobio. Por un momento he percibido rabia hacia él, ha provocado con su voz que me separe de sus labios. Pero es la realidad de mi vida; la otra, aunque no lo parezca, sigue siendo ficción.

—Cariño, ¿quieres bailar un rato? —escucho su voz.

Vuelvo la vista hacia él, aunque le presto poca atención, pero debo seguir viva y pisando en el mundo real.

Camino, camino a pesar de que aún me tiemblan las piernas. Creo que soy incapaz de dar grandes pasos, me dejo llevar al son de los pies de mi marido. Carmen está sentada en una esquina de la barra, me mira, alza su mano con el vaso y hace el gesto de brindar conmigo. Un escalofrío recorre mi cuerpo ante su comportamiento.

—¿Tienes frío, cariño?

—No, tranquilo —digo suavemente.

No, por supuesto que no tengo frío. Lo único que me pasa es que tengo la sensación de tener encima de mí la mirada fija de un depredador, un depredador a punto de lanzarse a por su presa, con la seguridad de que va a matarla. De que me va a matar a mí, aunque quizá es lo que más quiera en el mundo.

Consigo sostener su mirada, no porque crea que lo tengo que hacer, sino porque sé que ella quiere que lo haga. En un juicio podemos alegar lo mismo, concurrencia de culpas. Ese pensamiento me ayuda porque soy yo la que está casada.

No tarda mucho en darme la espalda e irse. Veo su espalda y, aunque no lo verbalice, puedo escuchar su adiós.

¿Qué pretendo exactamente con esta situación? ¿Quiero que esto sea como la serie? ¿Quiero que sea real, sencillo y dejarnos llevar? No tengo respuesta para ninguna de estas preguntas, sería imposible decir qué quiero.

No debí aceptar el proyecto de la película, no debí hacerlo hasta estar segura de si lo que pasa en mi cabeza es real o ficción, es una advertencia o un pecado capital que quiero cometer.

¿Cómo voy a estar alejada de ella si tenemos que volver a trabajar juntas? Y lo más importante: ¿quiero distanciarme de ella?

Mis preguntas me hacen alejarme de la pista de baile, danzando en mi cabeza en busca de las respuestas. Por suerte, mi marido está cansado y no se da cuenta de nada, quiere irse a casa y yo no le pongo ningún impedimento.

El viaje lo hacemos tranquilos y en silencio. Agradezco que mi esposo esté cansado y no le apetezca hablar. Llegamos a casa en pocos minutos y yo me limito a quitarme los zapatos e ir hacia el baño. Quiero darme una ducha tranquila, descansar los hombros, la postura que he mantenido durante todo el día, y alejarme de mi marido. No quiero tener que pensar sobre nada con él pululando a mi alrededor, haciendo su vida normal, como si nada.

Me desvisto con tranquilidad. ¿Se dará cuenta de que las cosas no van bien entre nosotros? ¿Se habrá dado cuenta de que estoy más distante de lo habitual con él?

Termino de desvestirme, el agua ya está caliente. He escrito a Carmen con la intención de mantener una conversación, pero de nada ha servido. Sé que no va a contestarme, ni ahora, ni más tarde.

El agua cae por encima de mis hombros, está muy caliente. Las preguntas se agolpan en mi cabeza de manera frenética, caen y empapan mi cabeza.

Cierro los ojos y a través del agua imagino que son sus manos las que me tocan. Dejo que el deseo de tenerla, el deseo de saborear su piel, se deslice por mi entrepierna.

A pesar de todo, mañana será otro día. La realidad sigue abriendo los días, como un rompeolas insalvable.

Carmen

Al llegar a casa, mi hija y su amiga están en la habitación, pero no se escucha nada. Entro para comprobar si la televisión está encendida, pero solo puedo ver que hay oscuridad. Están dormidas profundamente con nuestras mascotas a los pies.

Los perros se levantan y vienen a saludarme, me persiguen hasta mi habitación. Me siento y reflexiono sobre el hecho de volver a estar soltera. Hice bien en dejar una relación que ya no me hacía feliz, pero es complicado a cierta edad, las paredes parece que se acercan, buscando asfixiarte.

Voy a aprovechar el silencio que reina para quitarme la ropa, ponerme el pijama y beber una cerveza fresca en el sofá. Enciendo la televisión del salón, así puedo sentir que no estoy tan sola. Mis ojos se cierran en algún momento.

Un ruido incesante suena, no sé reconocer si es en sueños o es la realidad. No deja de sonar, consigo incorporarme y me doy cuenta de que estoy en el sofá. Hay alguien tocando el timbre de la casa una y otra vez, con prisa, y mi hija no se ha enterado. Intento arreglarme el pelo todo lo que puedo antes de abrir.

En la puerta encuentro un repartidor con una gorra de color azul y una energía envidiable. Entrego mis datos, el proceso se desarrolla muy rápido, sin contratiempos. En alguna ocasión, es bastante problemático recibir correo, muchas personas me reconocen y puede llegar a ser un poco incómodo.

No abro el paquete todavía, necesito un café. Me dirijo a la cocina para poner en marcha la cafetera.

Me acerco a la nevera, donde me doy cuenta de que hay una nota, mi hija se ha ido con su amiga a dar una vuelta. A veces me cuesta recordar que ya tiene edad para hacer ciertas cosas por su cuenta, sin preguntar.

Me siento en la isla de la cocina con el café expreso caliente, miro el paquete que tengo enfrente y, por un momento, me puedo imaginar qué es, porque me avisaron que llegaría en un par de días. Abro el envoltorio sin prisa y descubro lo que hay dentro: un montón de folios encuadernados.

Es el guion de la película en la que voy a actuar junto a Ana. Quizá me arrepienta de haber decidido hacer este proyecto con ella, pero la curiosidad me invade el cuerpo, quiero saber qué pasa en la película.

Está basada en una novela negra. Yo soy investigadora y jefa de policía, y Ana es médica forense. A diferencia de mi personaje, el suyo no quiere saber nada del mundo exterior, por eso ella no quiere hablar de amor. Su personaje odia a la gente por encima de cualquier cosa y, sobre todo, odia a la policía.

Cuando decidimos hacer esta película todavía no había pasado nada. Quizás, después de los hechos de anoche, no hubiera aceptado este papel. El teléfono suena, es una notificación, un

email del productor con un mensaje bastante claro, tenemos la primera reunión mañana por la mañana. Nos reuniremos todo el equipo de producción, tomaremos el primer contacto entre todos, se harán las presentaciones y se comenzará a trabajar la parte más técnica: localizaciones, ensayos, lecturas, adaptaciones y la planificación. Lo primero que se hace es la lectura del guion en conjunto. Estas reuniones pueden durar una hora o cuatro días, depende de lo fluido que seamos capaces de ser.

Es demasiado pronto para volver a verla, pero ella parece que no piensa lo mismo. Me llega un mensaje suyo:

“Tenemos que hablar”.

No quiero especular, pero ¿de qué espera hablar? Ella está casada y, seguramente, ha encontrado en mí la llama que hace tiempo se apagó en su vida conyugal. ¿Qué busca? ¿Qué tecla quiere tocar? ¿Qué melodía quiere?

No respondo al mensaje durante el día, me dedico a deambular por mi casa mirando las redes sociales, pero cuando llego a la cama, tengo el mismo mensaje. Lo ha duplicado, lo ha copiado. Me veo en la obligación de contestarle, de manera corta: “Después de la reunión”.

Cojo las gafas de la mesita, el guion y comienzo a leerlo. Soy consciente que solo quiero leer la forma en la que nos enamoramos, paso páginas buscando cada escena que hacemos juntas. Quiero saber cuándo y cómo va a estar en mis brazos. Las horas pasan, y yo no quiero dormir sin saberlo todo.

Sinceramente, no creo estar preparada para volver a tener en mis manos a Ana, aunque sea solo ficción.

Ana

Me despierto con unos dedos tocando mi muslo y, aunque no quiera, pienso en las manos de Carmen. Necesito hablar con ella, aclarar las cosas, quiero que no me odie por hacer lo que hicimos anoche. Me gustaría poder decirme que no lo deseaba, que lo de anoche no debió pasar, pero no se pueden rehuir los instintos más básicos y naturales.

Mi marido se da la vuelta, comienza un camino con sus manos que yo, claramente, no quiero recorrer. Me levanto con la excusa de ir a hacer el desayuno. De primeras, él no se da por satisfecho, pero suena el timbre de casa y yo me salvo por la campana. ¿Cuánto tiempo llevo sin desear a mi marido?

Me visto con una bata suave de seda color beige. Ando rápido hasta la puerta, donde me encuentro con un repartidor, en las manos tiene un paquete que no es demasiado grande, con un sello que reconozco a leguas.

El paquete es de la productora para la que trabajo actualmente. Es el guion del siguiente proyecto.

La película que voy a hacer con Carmen nace del movimiento que se ha creado a nuestro alrededor, todo el mundo amó a nuestros personajes en la serie y quieren, incluso, que en la vida real se recree nuestro romance. Se han escrito todo tipo de comentarios en las redes sociales, se han escrito *fanfics*, no solo de nuestros personajes, también se ha escrito sobre nosotras como actrices. Los espectadores quieren una historia representada por nosotras y la productora no ha perdido el tiempo.

Me siento en la cocina, desgarro el papel que envuelve el guion y busco aquello que quiero. ¿Cómo va a ser nuestra historia? ¿Va a fraguarse a fuego lento o se va a desarrollar como una llamarada difícil de apagar?

Me gusta saber lo que pasa, quiero saber cuándo vamos a tener tanta química que va a estallar todo. En la vida real nuestra relación está prohibida, pero dentro del rodaje es solo relativamente prohibido. Lo será porque la química es real, no es ficción, igual que los besos. Nadie es capaz de reconocer los pequeños gestos, las pruebas del delito. Quizás eso es lo que nos hace ser nosotras, vemos más allá, con miles de focos alumbrándonos, cientos de personas a nuestro alrededor, una escena y una sola verdad: lo que sentimos.

No tardo en buscar en el guion lo que quiero, aquello que me haga querer grabar ya, el primer beso de nuestras protagonistas. Este director no solo quiere que se haga a fuego lento, quiere quemarnos hasta matarnos, subiendo grado a grado, sin darnos cuenta.

La historia es una disputa de egos, rencor del pasado y vísceras por todos lados.

Ser médica forense me va a llevar a escenas plagadas de sangre. La primera reunión será mañana y solo puedo pensar en hablar con ella.

Escribo un mensaje breve, buscando a tientas su mano, su voz y su beneplácito.

Pasan las horas del día sin respuesta. Deambulo por la casa, intento leer o hacer cualquier cosa que me mantenga la cabeza despejada, intentando olvidar que espero un mensaje como agua de mayo. No me contesta. Siento tristeza y frustración, salgo al porche, me siento a esperar que algo pase. Repito el mensaje, necesito que me conteste.

Hay preguntas en mi cabeza a punto de estallar. ¿Por qué las manos de Carmen son tan suaves? Cuando me recorren, un haz de luz ilumina el horizonte. ¿Por qué es tan excitante besar a Carmen? Su boca es un delirio y quiero besarla sin sentirme mal. ¿Qué debo hacer ahora, dejarlo todo sin más? ¿Debo dejar de escuchar mis sentimientos? ¿Debo dejar que esta adrenalina que recorre mi cuerpo desaparezca?

Al final, un mensaje me saca de esa espiral de preguntas. Carmen me contesta, quiere hablar después de la reunión. Dejamos de jugar hace tiempo, ahora seguimos la estela de la sinceridad y la locura.

Me levanto del porche, me dirijo a la cocina para prepararme algo de cenar. Una comida ligera me ayudará a descansar mejor. Cojo el guion, me siento en la isla de la cocina e intento leer el mayor número de páginas, quiero estar preparada para mañana.

Hay una escena que me llama la atención; el personaje de Carmen ya no puede ocultar sus sentimientos y me enfrenta, como lo hizo anoche. Se me pone la piel de gallina, la realidad puede superar la ficción, sus labios volverán a los míos, irremediablemente, aunque un papel así lo diga. La voz de Carmen anoche era real, tan real como en alguna grabación, ¿estaba actuando de verdad?

A mitad del guion, a medianoche, me asalta una duda. ¿Qué pensará Carmen de que le hayan dado el papel de heterosexual casada? En el último papel, era ella la que era la abiertamente lesbiana, y en la vida real quien está casada soy yo.

Carmen

Suena el despertador y maldigo el momento en el que acepté este proyecto, así como la manía que tienen de hacer reuniones tan temprano. Siendo la primera reunión, no hubiera estado mal acordar una hora más respetuosa al descanso ajeno. En la reunión vamos a comenzar a leer el guion, dar opiniones, buscar cambios si se necesitase, pero, sobre todo, hacemos poca cosa hasta que nos metemos en serio en el proyecto.

He leído lo suficiente para saber que esta película va a acabar con mi fuerza de voluntad, y quizás sea lo mejor. Allí, rodeada de todo el mundo, tendré que fingir que lo que leemos no me afecta lo más mínimo. No tardo en darme una ducha, el agua caliente ayuda a calmar mis músculos.

En la cocina, cuando bajo a desayunar, está mi hija preparada para ir a la universidad. Tiene ojeras, así que deduzco que cierta señora ha hecho los trabajos a última hora del día.

—Buenos días, cariño. ¿A qué hora te acostaste anoche?

Levanta una ceja y me mira con cara de confusión.

—No muy tarde, ¿tengo muy mala cara?

—A ver, hija, no es que tengas mala cara, es que tienes cara de que has hecho las tareas a última hora.

Se le encienden las mejillas con un rojo fuerte, como siempre que se le pilla una mentira. Bebe de un sorbo el café, se levanta de la silla y coge una pieza de fruta.

—No es fácil mentirte, mamá. Pero está todo controlado, nos vemos a la noche.

Me da un beso en la mejilla y se va cargando la mochila en el hombro. Desayuno tranquila, con las noticias de fondo. Decido coger el coche para llegar a la productora, a las afueras de Madrid.

El día ha amanecido soleado, hace un tiempo maravilloso, la mayoría de las personas están en la calle dando un paseo, tomándose algo o disfrutando del sol.

El tráfico no es denso, lo que agradezco. En la radio, las noticias, como siempre, no son muy positivas y no ayudan a los nervios que tengo.

Llego al edificio de la productora, aparco en el lugar que me han indicado y tardo en salir del coche. Estoy como un flan, como si fuera la primera vez que tengo una reunión de este tipo. En la puerta, reconozco a muchas de las personas que van a trabajar con nosotras, he trabajado en otros proyectos con ellos y eso hace que el trabajo sea más fácil.

En el edificio, hay una persona esperando a todos los del grupo, nos da una acreditación con nuestros nombres y nuestras fotos, con ellas podemos entrar en todo momento. En la tercera planta, me encuentro con la sala de reuniones. Ana está allí, imponente, elegante, con un vestido blanco largo que le queda de infarto. ¿Cómo le voy a decir a esta mujer que esto es una locura?

Ana gira la cabeza cuando otras personas también lo hacen ante mi llegada. Lleva el pelo suelto, sujeto por las gafas de sol y surge instantáneamente una sonrisa de su boca, es para mí, esa sonrisa es para mí.

—Carmen, te estábamos esperando, vamos a tomarnos un café antes de comenzar la reunión.

Belén me habla sacándome de la visión de Ana. Todos los que estaban sentados se levantan y se dirigen hacia la salida.

—Pues, sin que sirva de precedente, no llego tarde.

—Supongo que no nos tenemos que acostumbrar, ¿no?

Belén pone su mano en mi hombro, me dirige fuera de la sala.

—Supones bien. Pero sabéis que para grabar siempre llego a la hora —sonríen todos.

La mayoría de las personas que hay a mi alrededor han estado en uno u otro proyecto, eso lleva a que todos crean que llego siempre tarde.

Una persona mata un gato y ya le llaman matagatos. Solo llegué tarde una vez, con tan mala suerte que perdí un avión.

El ambiente es relajado, me ayuda a suavizar los hombros y disfrutar del café con los demás. La cafetería del edificio está llena de gente de la productora, no solo los de nuestro proyecto, así que se hace complicado hablar.

La mesa es igual de grande que la que tenemos en la sala de reuniones, es alta, y todo el mundo habla con tres o cuatro personas que tienen cerca. Me he separado lo suficiente de ella para no caer en la tentación. Ana es una tentación real, parece que cada movimiento que hace es sensual, incluso llevarse una taza a la boca para beber. Su mirada se posa en mí mientras da un sorbo a su café y, sin tener tiempo para pensarlo, mi cuerpo se pone en alerta.

Por suerte para mis nervios, no estamos mucho tiempo allí, el director anuncia que hay que

comenzar la reunión para que no se nos haga de noche.

En la sala de reuniones, hay nombres puestos en cada asiento, está todo calculado para que los actores estemos lo más cerca de aquellas personas con las que más escenas hacemos. Ana, por supuesto, está sentada a mi lado, dispuesta a hacerme la reunión difícil.

Ana

Me fascina Carmen. Puedo sentir su mirada intensa, la cafetería está llena de personas y yo no soy capaz de focalizar en nada ni en nadie que no sea ella y lo que provocan sus ojos.

Bebo café lentamente, lo saboreo junto a su mirada, placer doble, caliente e hipnótico.

Ocupo el lugar asignado, ella se sienta a mi lado, la noto muy tensa. En la mesa hay una copia del guion, un bloc de notas y un par de bolígrafos, está todo colocado de manera perfecta junto a nuestros nombres.

Para mí, este es el mejor momento, el más emocionante, la primera toma de contacto con el guion entre todos.

Carmen está moviendo la pierna con nerviosismo, acerco mi mano hasta su muslo, le aprieto suavemente y le hablo:

—Tranquila, te noto muy nerviosa.

Me mira con cara de miedo, baja su mirada hasta mi mano, me vuelve a mirar antes de responderme de manera breve, intentando desviar el tema, nuestra tensión y mi mano de su pierna.

—Sí. El comienzo de los proyectos me pone nerviosa, además, no he descansado mucho.

No consigo contestar, el director ha entrado por la puerta dispuesto a comenzar la reunión. Todos comenzamos leyendo en voz alta cómo sería nuestro personaje, desde el aspecto físico hasta su personalidad. Se nota que el guion nos llegó a todos ayer, la mayoría sabe poco de la trama.

La película se basa en una novela negra muy famosa, ha sido *bestseller* en todo el mundo, pero con un cambio radical: los personajes que se enamoran y llevan a cabo la trama principal son dos mujeres. El autor está encantado con este giro, incluso se ha comprometido a ayudarnos en todo lo que necesitemos. Así que será parte del elenco de personas, nos ayudará a nosotras, sobre todo, a captar la esencia de sus personajes, cómo gestionar las emociones y a ver la historia a través de sus ojos, que son los más importantes en un guion adaptado.

Hay varios asesinatos, Carmen es la policía que dirige el caso e investiga junto a su compañero Óscar. Yo soy una forense malhumorada, incapaz de colaborar con los demás.

Parece que a Carmen no le hace especial gracia saber que su personaje está casado, quizás le

recuerde demasiado a mí. Yo soy todo lo contrario a mi vida real: soltera, y sin querer ver el amor ni en pintura.

Carmen

Ana sigue sin ser consciente de lo que es capaz de provocar en mí, o peor, lo sabe y me está haciendo sufrir tocándome cada vez que puede. Su pregunta vuela por la sala, yo solo puedo concentrar mi mirada en su mano posada en mi pierna. Me salen pocas palabras, me excuso con la falta de sueño, no le digo lo que pienso por miedo a contarle que, allí donde me toca, mi piel arde.

Por un momento, pienso en cómo es mi personaje y la semejanza con la vida real de Ana. Qué ironía, yo soy la casada, la persona que tiene una familia, una barrera que romper, qué lejos de la realidad. Pero, por suerte, me gusta el drama, la novela negra y hacer de policía. Me han traído muchas alegrías los trabajos sobre libros de detectives.

Supongo que somos muy evidentes la una para la otra. ¿Para el resto del mundo que nos rodea, somos tan evidentes?

Van pasando las horas hasta el momento de comer. Cuando paramos la reunión, se decide continuar al día siguiente. Muchas de las escenas que se han leído hoy se graban fuera de Madrid, en un pequeño pueblo de Portugal. Estoy demasiado metida en mis pensamientos, cuando me habla Ana, le escucho lejos.

—¿Puedo invitarte a comer, Carmen? —sujeta mi brazo—. Necesito hablar.

Miro su mano posada en mi brazo.

—Sí, me parece bien.

Mi respuesta hace eco en la realidad, y rompe cualquier barrera que he creado en torno a ella.

Nos comenzamos a despedir de todo el mundo, se acerca Belén para decimos adiós nosotras.

—Bueno, chicas, me voy con la familia a comer. Espero que lo paséis bien —levanto una ceja con interrogante y se acerca a mi oído—. He escuchado a Ana, sé qué vais a comer juntas.

Deja un beso en mi mejilla y se va con todos los demás, dejándonos solas en la sala de reuniones. Muevo los pies inconscientemente, camino a su lado, tiene la elegancia por bandera y una pose perfecta de que nada pasa.

—Quiero llevarte a mi restaurante preferido. Está en un edificio en el centro, en el piso cuarenta y dos, se ve gran parte de la ciudad, es bastante íntimo.

No creo que pueda ser más íntimo que compartir un ascensor con ella, que me tiemblen las

manos y las piernas al pensar que la tengo a unos escasos centímetros de distancia. Su restaurante favorito se convertirá en mi restaurante favorito, porque así es estar con ella, consigue que te reconozcas en cualquier cosa que a ella le haga feliz.

Vamos en mi coche, ella ha venido en taxi. El trayecto no es muy largo, el tráfico al mediodía es tranquilo. Tenemos *parking* privado, y no solo eso, sino que un hombre se ofrece a aparcar el coche, es el tipo de lujo que nunca me ha gustado.

—¿Nos va a costar la comida un riñón? —me giro hacia Ana antes de darle las llaves a ese hombre—. Pagas tú, ya que eres tan diva.

—¡Qué exagerada eres! Solo unos cuantos euros. No te preocupes, te he invitado yo. Además, creo recordar que para ti es simple calderilla.

Me guía con el brazo hacia donde tengo que ir, me deja pasar por delante de ella al edificio. Es muy grande y está transitado por todo tipo de personas, desde trabajadores, que seguramente van a sus oficinas, hasta los clientes del restaurante. En la recepción del edificio hay varias personas, entre ellas destacan el portero y agentes de seguridad. Nos acercamos y preguntamos dónde debemos ir, nos indican que tenemos que ir a los ascensores de la derecha.

Ana está cómoda entre tanto lujo, pero a mí me desagrada, no siento la necesidad de tirar el dinero. Aquí se puede ver una de las diferencias entre nosotras, mis padres siempre han sido de clase media, mientras que ella siempre ha sido de clase alta.

Pasa una mano por la parte de atrás de mi cuello, lo acaricia suavemente.

—La próxima vez eliges tú, te lo prometo.

Asiento, trago saliva ante su mirada. ¿Tengo piernas o se han convertido ya en el postre, en un flan? Ana baja de nuevo su brazo cuando llegamos a nuestra planta. En la entrada, nos encontramos con un hombre que nos recibe y nos lleva a la terraza. La mesa está en una esquina y los rayos del sol de primavera se reflejan en la mesa, decorada de manera simple.

El olor a comida lo inunda todo de una manera deliciosa. Este lugar es famoso entre las celebridades del cine, he visto muchos reportajes y se quedaban bastante alejados de la realidad. Los techos son altos, la decoración es ecléctica, suave y con muchísima luminosidad.

Nos ofrecen la carta y, cuando Ana no soporta más mi silencio, dice:

—¿Vas a decir ya lo que tienes en mente o me vas a dejar de hablar hasta que no pueda más? —me pregunta Ana.

—Lo primero, no me gusta tanto lujo, pensaba que lo sabías. Y, lo segundo, no deberíamos vernos fuera del trabajo.

Ana baja la carta, entrelaza las manos y habla visiblemente molesta.

—¿Por qué?

—Porque tú y yo sabemos lo que va a pasar. No se puede luchar constantemente con esta tensión. Además, estás casada, si no recuerdo mal.

Por un momento, puedo sentir que le han dolido mis palabras, pero esa es la realidad, no se puede negar.

—Ana, esto no es una serie, ni una película, es la vida real y, seguramente, se va a convertir en un problema para ti y para mí, y va a terminar afectando nuestra vida personal y laboral —prosigo.

Viene el camarero a tomarnos nota. Es Ana quien habla y pide todo rápido, tiene prisa porque se vaya y a mí me da igual comer una cosa u otra con el estómago cerrado. Los nervios me corroen por dentro.

—Entonces, ¿quieres que todo lo que sentimos, sea lo que sea, no lo sintamos más? Maravillosa idea, Carmen, espero que seas capaz de aguantar sin desearme, sin querer besarme y que no te tiemblen las piernas cuando paso a tu lado.

Me sudan las manos ante sus palabras. Tiene ese poder, su voz es hipnótica, me guía por caminos oscuros hacia el infierno, es un animal atrayendo a su presa.

—Ana, no vayas por ahí, sabes que aquí hay un problema y no soy yo precisamente o mi autocontrol.

—No estoy hablando de autocontrol, sino del hecho que hay algo entre nosotras que tú estás evadiendo.

—También tienes algo con tu marido, ¿no crees?

Me levanto sin más, no dejo que me responda, estamos en una conversación sin salida de la cual, ahora mismo, no quiero ser partícipe.

Capítulo 4

Necesidad

Ana

Estaba nerviosa antes de llegar al restaurante y ahora que la veo irse entiendo por qué. Ella tiene la negatividad por bandera, se niega a sentir lo que sentimos, se cierra a cualquier camino que nos conduzca a estar juntas.

En muchas ocasiones, no me gusta que Carmen no sea directa, parece que no siente esto tan intensamente como yo. Si es así, entonces, ¿por qué sigue con esto? ¿Cuál es el motor que la hace acercarse a mí?

Corro hacia ella, no le queda mucho para salir del restaurante cuando cojo su muñeca, la acaricio suavemente, no quiero que tenga la impresión de que soy brusca. Estamos de pie, mirándonos, muchas de las personas que nos rodean se han dado cuenta de la escena y me pongo un poco nerviosa, no quiero que nadie nos reconozca. Miro para los lados, ella me habla bajito.

—¿Te das cuenta, Ana, que me has retenido simplemente porque no te vale un no por respuesta? Eres muy egoísta.

—No soy egoísta, quiero que sigamos hablando. No se puede discutir de esto a la ligera y tratarlo como si nada importara. Por favor, Carmen, quédate, come conmigo.

—¿Qué esperas que pase entre nosotras, Ana?

—Todavía no lo sé, Carmen, pero vuelve conmigo a la mesa.

Veo que sus pasos se dirigen hacia la mesa y vigilo que no haya pasado nada raro a nuestro alrededor, el resto de los clientes están comiendo, no se han percatado de nada.

Volvemos a sentarnos y el camarero no tarda en traernos un par de copas de vino.

Carmen, exhausta, bebe de manera compulsiva, e inmediatamente le pide otra al camarero.

—¿Lo vas a arreglar todo bebiendo, Carmen?

—Quizás.

Vuelve a beber la segunda copa que le acaban de poner. Su mirada es agresiva, aprieta los labios intentando no hablar, la entiendo, aunque me duela.

Quiero abrirle las puertas de mis sentimientos, pero la realidad es que no sé exactamente qué es lo que siento por ella, lo único claro es que es como un imán puesto del lado adecuado, hace que siempre busque sus manos y quiera fundirme entre ellas.

—Ana, no podemos seguir con este juego —dice, dejando su copa sobre la mesa.

—No has entendido nada, para mí no es un juego, ¿por qué piensas que es así?

Mi mano derecha va hacia su izquierda, buscando un punto de apoyo que se desvanece cuando ella aparta su mano.

—Creo que es un juego por varias razones. En primer lugar, sabes la diferencia de edad. En segundo lugar, y más importante, te encanta tenerme arrodillada a tus pies, siendo un perro faldero más de tu séquito de seguidoras. Y, en tercer lugar, para ti es adrenalina pura, tu matrimonio, seguramente, ya se te hace aburrido y monótono.

No me salen las frases, se me hace un nudo en la garganta, sus palabras han dolido. No he pensado, en ningún momento, que ese fuera el concepto que tenía ella de mí y de lo que siento hacia ella. A pesar de que ha sido complicado, nunca me he podido negar la química que tenemos.

Carmen

Sé que está a punto de decir cualquier tontería, la conozco, no es capaz de irse, de huir de esto que sentimos. A veces, su ego es mayor que su sombra.

Si por algún motivo consigo no caer en el fuego de su mirada, ella no tendrá ni que sentirse culpable por lo que no ha llegado a pasar.

—Ana, habla, di lo que piensas, aligera el peso de no poder decir lo que quieres.

—Piensas que para mí es una aventura, pero estás muy lejos de la realidad. No puedo decirte qué significas para mí en este momento porque no lo sé. Lo que tengo seguro es que no quiero que te alejes, no quiero que te vayas de donde estoy porque se me forma un nudo en el pecho que no consigo entender —resopla, suelta el tenedor, bebe un pequeño sorbo de vino—. ¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Qué es lo que esperas de mí?

Mi mirada se intensifica y paro de comer. Quiero tocarla en público, quiero, seguramente, algo más que una aventura, quizás una vida, una vida donde estemos juntas. Ella cree que no tiene un problema, pero su marido es uno grave y yo no deseo una pareja de tres.

—Miento si digo que no quiero esa aventura o que no quiero acostarme contigo, Ana —paro un momento, necesito que asimile mis palabras porque la expresión de su cara ha cambiado, ahora (de pronto) parece tener miedo—. También tengo que decirte que no quiero solo eso, pero si no apuestas todo por esto, estamos en el mismo punto que en el comienzo, cuando sabíamos que algo pasaba, pero no le dábamos forma.

Puedo ver su duda en la mirada, sé que por mucho que me esté mirando, ella está lejos de aquí, de lo que nos rodea, es su manera de controlar su ansiedad. Pincha con delicadeza la ensalada, no puedo dejar de mirar sus gestos, me inunda la necesidad de que me toque, de saborear el placer en sus manos.

Ella parece que no quiere hablar, yo tengo la necesidad de verbalizar los miedos. Si lo hago, da la impresión de que puedo volver a respirar.

—Quizás todo lo que sientes ahora es movido por la serie que hicimos juntas o, también, por el movimiento que hay alrededor de nosotras y las ganas que tienen de que nuestra relación sea real. Puede que solo sea adrenalina, lo que sientes quizás es una confusión, nada más.

Ante mis palabras, Ana agacha la cabeza, mira fijamente el plato y yo me temo lo peor. Puede ser que para ella solo sea esa chispa que llena sus días de adrenalina, de fuego, eso que te hace sentir más viva que nunca.

—No lo sé, Carmen. No sabría decirte qué es exactamente.

—Pues, entonces, Ana, aquí acaba todo.

—Carmen, te necesito en mi vida.

Pongo los ojos en blanco ante sus palabras, siento que está siendo demasiado egoísta, sabe que me hace daño esta situación, pero ella prefiere seguir haciendo lo mismo, porque para ella es esencial en su día a día. Tampoco está pensando en su marido, ni en su familia. Ella es así, es el hielo que quema todo tu cuerpo, es el dolor perenne de la realidad, es capaz de bajarte al infierno si es lo que ella más quiere.

Pero aquí hay un gran inconveniente. Ella me puede dominar, sin parpadear. Ana lo sabe, siempre que ha querido, allí he estado, sin pensarlo.

—No me voy a ir sin más, Ana. Tenemos un proyecto en común, tenemos una amistad de años, un cariño especial, cosas que hacen que no me pueda ir, pero no seguiré por este camino. No puedo seguir regalándote la adrenalina que le falta a tu vida a costa de mi salud mental.

Nos interrumpe el camarero, nos pregunta si queremos postre. Lo único en lo que estoy pensando es en irme y llegar a casa lo antes posible, meterme en la cama y tratar de dormir para pausar las emociones. Rechazo la oferta de los postres, pero Ana no lo hace, no está dispuesta a dejarme ir con facilidad.

—¿Y si en algún momento estuviera dispuesta a descubrir qué es esto que siento?

Me lo pregunta mientras se introduce, lentamente, un trozo de tarta en la boca. Ella sabe lo que está haciendo, por un momento tengo ganas de matarla, pero la realidad está muy alejada de esa idea, quiero ser la cuchara que está saliendo y entrando entre sus labios, quiero saborearla.

—Cuando estés dispuesta a descubrirlo, hablamos. Mientras tanto, mantendremos las distancias. No me vas a perder, ya te lo he dicho antes, pero no estoy disponible solo para ti, para que intentes seducirme cada vez que puedas, cuando tu marido no nos ve.

Ana

No me puedo conformar con lo que dice. Sería más fácil de otra manera, quizás nada tenga importancia y nosotras somos espectadoras de la verdad de lo que nos pasa. Pero la realidad es muy diferente, no me gusta por dónde está yendo la conversación. No quiero que mantenga las distancias, aunque no sea la persona más indicada para impedírselo. Porque hay algo claro y sincero aquí, por mucho que me pida que no juegue con fuego, yo siento que me quemé hace tiempo.

Ante este pensamiento, solo puedo hacer una cosa, jugar mis cartas, defenderlas, aunque no tenga carta ganadora. Carmen no quiere postre, pero no quiero que se termine la comida, no quiero darle una excusa para irse cuanto antes, quiero alargarlo y un postre es la excusa más apetitosa que encuentro.

La tarta tiene una pinta deliciosa, con chocolate derretido por encima y una esfera crujiente de arándanos. La esfera se rompe con la cuchara, su mirada ya está enfocada en mis manos. Quiero crear el ambiente perfecto, uno en el que ella sienta que estamos solas, que solo hay un camino ideal.

Introduzco la cuchara en mi boca, escucho, siento su respiración agitarse, sus ojos están clavados en los míos con una ira y un deseo que se desbordan. Yo solo quiero volver a tener sus labios cerca, como la otra noche, quiero que se rinda ante mí y suplique por más.

Pero tiene un don para romper el ambiente, me pide que nos mantengamos separadas y nombra a mi marido, sabe utilizar sus herramientas bien. Podría criticarlo, pero, en su situación, quizás hiciera lo mismo o algo peor, porque nunca me ha gustado perder. Intento seducirla por pura necesidad. Ella es capaz de provocar esa necesidad.

—¿Quieres probar el postre, Carmen?

—¿Qué te acabo de decir, Ana? No quiero jugar —responde indignada.

—Yo solo te estoy preguntando si quieres un poco de postre. La tarta está deliciosa y creo que no te la puedes perder.

Carmen sigue dudando, quizás las copas de vino que han ido cayendo durante la comida me ayuden a que diga que sí. He estado unos segundos con la mano en alto, esperando que ella se acerque, hasta que decide hacerlo, echa su cuerpo hacia delante con la intención de comer de la cuchara que le ofrezco.

Cuando intento jugar con Carmen pasa algo claro, caigo en picado, en caída libre, pero a la vez siento que, en algún momento, voy a estar en casa con su lengua lamiendo mis heridas.

Introduzco la cuchara, con la tarta, en la boca de Carmen, la saborea, cierra los ojos y murmura algo que no entiendo. Al final, a ella también le gusta el postre, el juego y el fuego.

Por un momento, quiero no tener que mover mis manos. Nuestras piernas se han juntado debajo de la mesa y puedo sentir como si lo que nos envolviera fuera un oasis en mitad del desierto y nada pudiera interrumpir nuestra tranquilidad y nuestro placer.

Carmen

Aunque quiero tener fuerza de voluntad, no consigo dejar de hacer estas cosas con ella, quiero deshacerme como el chocolate en su boca, que me acaricie, me saboree y me muerda como al bizcocho. Me estoy derritiendo como el postre, poco a poco, entre sus labios.

Maldigo la hora que me he puesto este vestido, sentir las piernas de Ana pegadas a las mías me hacen perder los papeles en un segundo. Mi parte irracional solo quiere levantarse sin tener que pensar que estamos en un restaurante, y acercarme a ella con la fuerza de una locomotora. Chocar con ella, levantarle el vestido y sentarla en la mesa, tenerla a mi merced y, que, por una vez, sea ella la que me pida piedad y no del revés.

Quiero sentirla en el cuello, respirar su olor, me gustaría darle un bocado en el corazón. No es malo desear, deseo ver su piel erizada, que se agarre a mí con fuerza. Estoy desesperada por sentirla, a pesar de decirle que no es lo correcto.

Vuelvo a la realidad después del bocado, siento el placer en los ojos de Ana, mi necesidad se acrecienta. Realmente no sé si dejarme llevar o irme sin mirar atrás

—Carmen, no me niegues la necesidad que tengo de ti, la sed que tengo de ti, las ganas de ser tuya, y que puedas hacer conmigo lo que quieras.

Mientras estoy asimilando todo lo que Ana acaba de decir, el camarero nos trae la cuenta e inmediatamente suelto unos cuantos billetes y me levanto como alma que lleva el diablo, quiero estar en un lugar donde las personas no nos molesten, donde podamos saber cuál es la necesidad que tenemos la una de la otra. Le ofrezco mi mano para levantarse y guiarla hasta al mirador que está cerca.

Siento que su mano tiembla, me doy cuenta de que el poder que tengo sobre ella es mucho más del que creía tener, no solo ella lo tiene sobre mí. Debe aprender que, si quiere saber qué es el deseo y la necesidad que tenemos, tiene que sufrirlos, tiene que ser consciente, por una milésima de segundo, de que no sabe lo que va a pasar, que no puede dominar la situación.

El mirador es un sitio espléndido, con unas vistas increíbles, donde pocas personas pueden reconocernos. Hay alguna que otra cerca, pero todos están en lo suyo. Ana se aleja de mí, se sienta en un pequeño banco, lo hace como lo hace todo siempre, de manera tranquila y sensual. Se agarra las solapas de su chaqueta para cerrarla, y mira de manera altanera hacia la ciudad. La rodeo para sentarme a su derecha, paseando mi mano por su pelo y cuello, escuchando su respiración a través de la suave brisa. Desde el mirador podemos ver todo Madrid, está cerca del restaurante, en una pequeña colina donde muchas personas pasan las tardes viendo el anochecer, hay pequeñas zonas de descanso con bancos y otras con merenderos.

El deseo que hay entre nosotras es palpable, es una corriente que recorre todo lo que tocamos desde que hemos comido el postre. Ella lo sabe, yo lo sé. Me siento a su lado, lo más cerca posible, necesito que sienta el dolor que yo siento cuando estamos cerca, pero tenemos que separarnos. Que aprenda que el fuego, a veces, es refugio, pero casi siempre es dolor.

Levanto una de mis manos, la pongo en su pierna, escucho su respiración acelerarse.

—Carmen, tu mano en mi pierna me recuerda a una de las escenas que hicimos juntas, ¿lo sentiste como yo?

Ana hace referencia a una de las más llamativas de nuestro papel en la serie. La escena tiene lugar en un sitio público y toda la lujuria que supone el peligro de ser descubiertas.

Muy acertada su referencia. Nos costó un par de veces grabarla, yo con todos los nervios a flor de piel, solo podía reírme.

Antes de contestarle, muevo la mano hacia su entrepierna, tentándola, un poco más. Haciéndole ver que me duele, duele el querer quemarse cada vez más.

Ana

Hemos llegado hasta el mirador, seguramente busca hacerme sufrir, como otras tantas veces he hecho yo, pero no está sola. Ella cree que yo no sufro, que estar cerca de ella no me hace daño, pero cada vez que me enfrento a este sentimiento, todo mi cuerpo me castiga.

Me cuesta no gemir cuando su mano me toca, mi respiración va rápido como mi corazón, y mi razón no entiende de realidad. La vida a su lado es fácil, solo hace falta que su piel roce la mía y me pueda olvidar del mundo que nos rodea. Antes de contestar a mi pregunta, a mi recuerdo, sigue moviendo su mano, consciente de lo que está provocando. Quizás, aunque ella no lo sepa, le gusta tener el poder, más allá de que sienta que soy yo quien lo guía todo.

—En ese momento no era capaz de ser consciente de lo que estaba sintiendo o haciendo, solo tenía que actuar, no tenía que pensar si era real o no —traga con dificultad—. Pero sabía que una parte de mí quería seguir tocándote, la real o la ficticia, lo deseaba tanto como un náufrago encontrar tierra. Es por eso por lo que ninguna de las dos sabíamos parar donde decía el guion, siempre seguimos, alargando las escenas más allá de aquello que nos marcaban. Llegamos a esa situación sin saberlo, sin preverlo, todo surgía sin más, nuestros acercamientos eran fáciles y nosotras no lo impedimos porque creíamos que era solo una parte más de nuestro trabajo —continúa.

Sus palabras son la dolorosa verdad.

—Tuve la sensación de tus manos en mi piel durante todo el día, si tocaba por donde habías osado tocarme, podía sentirte de nuevo. Cuando se terminó la escena, el director dijo que había sido perfecta, pero yo sentía que faltaban muchas cosas, que no estaba terminada, que había sido real y las cámaras solo eran parte de nuestra mentira —mi confesión nos deja más tocadas.

Me he incorporado porque no podía estar sentada. Noto que me tiemblan las manos, Carmen está andando alrededor del banco. Sigo sus pasos, me acerco a ella e introduzco una de mis manos entre su ropa. Su respiración se altera, escapando de sus labios un pequeño gemido.

—Carmen, lo sabes bien, no estaba actuando. ¿Tú estabas interpretando en todo momento?

—No —le cuesta esa palabra.

Decimos algo que, aunque nos resulta difícil aceptarlo, es una verdad evidente, la mayoría de las escenas eran fáciles de hacer. Si nos teníamos que besar era fácil, sencillo y divertido; quizás al comienzo no nos dábamos cuenta, pero al final todo se nos vino encima.

—¿Me quieres besar, Ana? —se gira a mirarme.

—No es que quiera, Carmen, es que lo necesito. Te has convertido en una necesidad.

Carmen acorta el espacio que hay entre ambas, me agarra del cuello con las dos manos, acerca su boca a la mía, y yo solo puedo aspirar su olor. Abro la boca, esperándola, intento no moverme, dejar que ella dé el paso. Solo roza los labios con los míos, sus manos en mis piernas viajando con rumbo fijo y yo, para no variar, estoy en el momento exacto en el que me da igual quién soy o dónde estamos.

No llega a besarme, solo me tienta, para el mundo por un instante. Le encantaría que nuestro placer nos lleve por el camino que ella quiere, aunque eso signifique arder.

—Me tengo que ir, tengo que recoger a mi hija —Carmen me habla muy de cerca, pero su voz suena lejos.

La miro con cara de intriga, sé que está jugando conmigo como yo he hecho con anterioridad, en el restaurante. Carmen es una mujer muy calmada, pero aprendí trabajando con ella que no le gusta perder, le gusta devolver los golpes.

—Es simple, solo autocontrol, Ana. Vámonos, pidamos mi coche, te llevo a casa.

No consigo decir nada ante sus palabras.

Camino al lado de ella de vuelta al restaurante, donde solicitamos en la recepción que nos den el coche de Carmen. La escena termina, esto puede ser una condena, pero es más bien todo lo contrario.

Capítulo 5

De recuerdos no se vive

Carmen

No tardan mucho en darnos el coche y nos dirigimos hacia la casa de Ana. Puedo notar la tristeza y la pesadumbre en su cara. Siento que toda esta situación nos desborda. Ella debe tener en cuenta nuestra coyuntura, nuestra realidad.

El camino a su casa no se hace pesado, al revés, se hace ameno y pasa muy rápido. Ana no quiere alargar el trámite, está dispuesta a bajar cuanto antes del coche.

—Nos vemos en la productora, Carmen.

—Allí nos vemos.

Observo su espalda antes de entrar en su casa y me doy unos cuantos minutos de paz para descansar los pensamientos antes de volver a conducir. El tráfico es muy tranquilo, es bastante tarde, no sé cómo se me ha ocurrido hacer esperar tanto a mi hija. Por suerte, me llega un mensaje de ella, está en casa, la madre de su amiga la ha dejado allí. Tengo unos cuantos mensajes más, incluido uno de su padre. Una vez al año lo vuelve a intentar, creyendo que mis sentimientos son los mismos que los de él.

Al llegar al garaje, leo un par de *tweets*. Todo el mundo está alterado con la idea de que Ana y yo volvamos a ser protagonistas de una historia de amor entre mujeres, qué irónico, nuestros personajes seguro que tienen un final feliz, pero ¿nosotras también?

Cuando acepté la serie con ella, estaba entusiasmada. Era la primera vez que me salía de mi registro habitual, era un nuevo reto para mi carrera, donde se trataba la salida del armario de dos personas adultas, con edades dispares.

Lo que nunca imaginé entonces es que tendría estos sentimientos hacia ella después de terminar el proyecto.

Mi hija está sentada en la isla de la cocina, está tomándose un vaso de leche, como si tuviera de nuevo seis años. Me mira a los ojos, sonrío cansada, y, en parte, parece intuir que algo me pasa. Bajo los hombros, resoplo, cojo un poco de agua y me siento enfrente de ella.

—¿Qué tal la cita, mamá?

Habla de una cita, seguramente ella lo piense, aunque haya quedado con Ana. ¿Sabrá algo que yo no sé? ¿Sospechará? Seguro, pero de primeras intentaré negárselo.

—Cariño, no era una cita, he comido con Ana. Hemos estado hablando sobre la reunión y nuestro papel en la película.

—¿Cómo está? Hace mucho que no la veo por aquí, ¿ha pasado algo? —levanta la ceja izquierda, el mismo gesto de su padre.

—No ha pasado nada malo, simplemente hemos tenido otros compromisos. ¿Por qué tanta pregunta sobre Ana?

—No tienes que ponerte a la defensiva, camarada —levanta los brazos en son de paz—. Estoy muy cansada, mañana tengo que madrugar. Ya me contarás cómo te ha ido en la reunión.

Me da un beso en la frente antes de irse y sonrío de manera enigmática, la suya es la cara de una persona que sabe que ha pillado a alguien. Yo no estoy para poder seguir ninguna mirada, no puedo con nada de lo que me rodea ahora mismo. Necesito desconectar, así que, sabiendo que ella se va a descansar, voy a ducharme e intentaré hacer lo mismo.

Ana

Seguramente, cuando esté en frío y haya asimilado lo que ha pasado, me dolerá más de lo que voy a reconocerle a Carmen.

Creo que no era necesaria esa provocación, ¿hasta qué punto es capaz de retener lo que siente? ¿Cómo puede mantener la calma en mitad de la tormenta, la ira? ¿Mantiene la calma o solo actúa?

Cuántas veces hemos tenido que interpretar, envolver nuestros sentimientos en un rincón donde la locura se desata.

Nuestras últimas palabras fueron efímeras, puedo sentir, todavía, su mirada sobre mi cuerpo al alejarme de ella. En muchas ocasiones, pienso en las situaciones que hemos tenido que vivir, aquellas que nos han dejado con la miel en los labios, que han hecho que el deseo vaya creciendo.

No me quiero preocupar por si mi marido está despierto o no, quiero estar donde los labios de Carmen se choquen con los míos el resto de lo que queda de día. No quiero agobiarme por nada que no sea estar bien, a su lado, en sus manos. No puedo llegar a entender por qué ella no quiere tener una relación sin compromisos, donde podamos ser nosotras y explorar nuestros sentimientos.

Sonrío, recuerdo el primer beso que nos dimos en el set de rodaje, antes de grabar la escena. El ensayo salió perfecto a la primera, creamos un ambiente maravilloso. Modelé los sentimientos de mi personaje de forma especial, por la relación de amistad que ya teníamos fuera del rodaje, con miedo, intriga y ganas, muchísimas ganas de besarla. Quizás ahora soy más consciente de que, de manera real, cuando se grabó la escena, yo ya quería sentir los labios de Carmen, podía ser libre de no ser juzgada cuando nos besábamos en el set de grabación.

Entro a mi casa, todas las luces están apagadas, por suerte, seguramente tanto mi hijo como mi marido estén descansando. Respiro tranquila, no quiero tener que hablar con ellos, dar largas,

crear una historia paralela a la realidad y sentirme sucia porque no quiero mentir.

No me gustan las miradas interrogantes de mi hijo, solo me apetece estar tranquila tomándome una copa de vino. Haciendo que el día termine sin necesidad de pensar demasiado.

Intento hacer el menor ruido posible, la casa ha dejado de ser mi hogar hace tiempo, supongo que todo reside en el hecho de que no siento que seamos una familia con una relación más estrecha, hemos ido separándonos sin darnos cuenta. Busco en mi cabeza para saber cuándo fue el momento exacto que comencé a sentirme así.

En la cocina está encendida la luz de la campana, parece que sí hay alguien despierto. Sentado en la mesa está mi hijo, Pedro.

—Hola, cariño. ¿Qué haces por aquí?

—Hola, mamá, casi que no llegas, ¿no? ¿Cómo está Carmen? —contesta antes de darle un sorbo a su bebida.

Me sorprende la pregunta.

—Está bien, ¿cómo te ha ido el día? —desvió la conversación rápidamente.

—Normal. He estado todo el día en la universidad, incluso dudo que pueda dormir mucho, necesito entregar un par de trabajos más antes de comenzar los finales, ¿estoy a tiempo de dejar la carrera? —sonríe, está cansado y se le nota.

—Yo diría que sí, estás a tiempo, pero no creo que, después de cinco años, siendo este el último, quieras dejarlo. Ser médico, quizás, fue una decisión a la ligera —le doy un leve golpe en su hombro izquierdo.

—*Touché*, ¿qué tal ha ido la primera reunión del rodaje de la película?

Levanta las cejas de manera interrogante, no sé qué puede saber.

—Aburrida, como todas las anteriores. Ya sabes cómo son los comienzos, se leen los guiones y las características de los personajes, opinamos sobre lo que nos gusta y lo que no y un largo etcétera que se extiende hasta que terminamos la primera escena, y comenzamos a grabar.

—Mamá, tengo una pregunta, ¿por qué has aceptado este trabajo? —Pedro lo cuestiona mientras vuelve a la cafetera italiana, para servirse otro café.

De primeras estoy a la defensiva, es una pregunta un poco tonta para mi gusto.

—¿A qué viene esa pregunta? —interrogo.

Rodea la mesa de la cocina, se sienta a mi lado, apoya una de sus manos en mi muslo y habla:

—No es por nada especial, pero si de algo tienes que tomar conciencia es del hecho que vais

a seguir alimentando los bulos que corren alrededor vuestro. Vais a ser carne de cañón para los periodistas y vuestras fans.

—Totalmente cierto. Pero, si lo piensas, esa pregunta jamás me la has hecho cuando he hecho una película con un hombre —contesto.

—Toda la razón del mundo. Cambiando de tema, ¿dónde has comido? —pregunta Pedro antes de beber.

—He comido con Carmen, nos hemos puesto al día.

—Te noto un poco preocupada, pero tengo el presentimiento de que no quieres contármelo, así que, con mucho cuidado, me voy a ir para seguir haciendo trabajos de la universidad. Descansa mucho, mamá.

Me da un beso y se va. Me deja sola en la cocina. En mi cabeza tengo la última frase, ¿mi marido también pensará que me pasa algo? Con suerte, solo se da cuenta mi hijo. Mañana, quizás, deba tener una conversación con mi esposo.

Me dirijo al cuarto de baño, me apetece darme una ducha y ponerme alguna mascarilla calmante en la cara, que me ayude a descansar. Mañana toca enfrentar otra sesión. Quiero no pensar, pero no soy capaz de quitarme de la cabeza la imagen de Carmen, sus gestos se quedan impregnados en mi memoria, sin querer desaparecer.

La mascarilla que me he puesto en la cara es de efecto relajante, espero que me dé resultado, mientras me tumbo en el sofá y pongo la televisión para tener algo de fondo y no sentirme sola.

Carmen

Llevo un buen rato tumbada en la cama, no consigo quitarme de la cabeza el segundo beso que nos dimos en el rodaje. Recuerdo más ese porque salió fluido, intenso y hubo un silencio en el set, un silencio que nos decía que había sido perfecto.

Me levanto de la cama, no insisto, descansaré un rato en el salón mientras busco la manera de dormir. Me sirvo una copa de vino, de nuevo, quizás me arrepienta mañana por la mañana, he bebido demasiado.

Ese segundo beso fue nítido, real, yo sentí cada latido de mi corazón, la adrenalina corría por mis venas, a pesar de saber que unas cámaras nos rodeaban. Cuando nos cortaron la escena, ya habíamos traspasado la línea, habíamos estado mucho más tiempo del que marcaba el guion.

Ana es una persona muy profesional, de cualquier escena es capaz de crear magia, pero ¿era real su piel de gallina? ¿Eran reales sus gemidos? ¿Se dejaría llevar de esa manera en una escena si no sintiera nada por mí?

Me ha dejado bastante claro que le gusto, pero de una forma distinta, yo no quiero que lo vea tan sencillo.

El deseo es la parte más primitiva, una parte esencial en una relación, no se puede obviar, igual que no se puede obviar nuestra situación. A pesar de que parezca que todo se desvanece a nuestro alrededor cuando estamos juntas, nada de lo que nos rodea es fácil.

He bebido tres copas más y, por suerte, ya se me comienzan a cerrar los ojos. Me ofrezco sin pensar a los brazos de Morfeo.

Me despierto muy temprano, María, mi hija, ya está en la cocina desayunando. Ella siempre ha sido independiente, se ha despertado sola desde que estaba en el instituto, no necesitaba a nadie para saber cuáles eran sus responsabilidades. Nos ha ayudado en los momentos en que más solas nos hemos sentido: cuando estaba grabando en otra ciudad y tenía que quedarse en casa de su abuela o de su padre.

—Buenos días, mamá, ¿cómo has dormido?

—Buenos días, pequeña. He dormido bien, ¿cómo has dormido tú? ¿Cómo llevas los finales? Recuerda que es el primer año de universidad, no te despistes.

—He dormido bien. Toda la vida sabiendo qué hacer y, ahora que estoy en la universidad, crees que no puedo —sonríe, podría parecer una bordería, pero la ironía siempre será su esencia.

Mira el reloj de la cocina mientras engulle la tostada y el café. Se incorpora muy rápido y se levanta del asiento.

—Mamá, no me he dado cuenta de la hora, me voy corriendo que llego tarde —dice mientras se echa la mochila a la espalda.

—No te preocupes, por unos minutos no te van a echar de la carrera. Recuerda que esta tarde también tengo reunión —digo mientras pongo la cafetera en marcha.

—Perfecto. Yo voy a estar todo el día en la universidad. Hablamos por teléfono, hasta la noche.

Los niños crecen muy rápido, demasiado rápido. No hace tanto que cogí a mi hija en brazos por primera vez, y ahora es una mujer totalmente independiente, capaz de gestionar su vida sin ni siquiera despeinarse o preguntarme. He tenido suerte, siempre ha sabido lo que estaba bien o mal, haciendo que su adolescencia no fuera un aluvión de prohibiciones.

El café termina de hacerse, cojo la taza y me dirijo hacia el jardín. Me apetece descansar mientras leo las noticias en el móvil, la reunión hoy la tenemos a partir de las tres de la tarde.

En las notificaciones del móvil, me encuentro con unos cuantos emails que redirijo a mi representante y un sinfín de notificaciones en Instagram y Twitter. Siempre intento contestar a unas cuantas personas todas las mañanas, aparte de que me gusta, es una tarea que me encomienda mi representante cada vez que hablamos. También enseño un poco de mi día a día, para tener reacciones y mantener en alerta a los fans. Dar las gracias en este mundo es esencial si quieres seguir en él.

Dicen que de recuerdos no se vive, pero yo me niego a dar la razón ante esta afirmación. Grabar durante la pandemia ha sido bastante fastidioso, recuerdo que teníamos que llevar pantallas cuando ensayábamos, nos hacían test a diario y, en cuanto se detectaba un contagiado, había que parar la grabación por unos días hasta asegurarnos que no se había propagado. Ana y yo le dábamos muchos quebraderos de cabeza al director, siempre íbamos sin pantallas protectoras. No solíamos llevarla porque la mayoría de las veces nuestras escenas acababan en un beso y eso ya nos ponía en riesgo.

Recuerdo la química y la facilidad que tenemos cuando grabamos juntas, la diferencia es que esta vez nos va a costar más hacerlo. La mayoría de las cosas serán muy reales. Querer besarnos no será solo parte de una escena.

Ana

Sigo en la cama, son las ocho pasadas. Mi marido ya no está, me ha preguntado un par de cosas antes de irse a trabajar. Me he relajado, ya no está en casa, no puede notar que no estoy normal. Quizás debería divorciarme y vivir mi vida de forma diferente, pero quién soy yo para cuestionar el devenir de mi actuación principal y más importante cuando no soy capaz de controlarme.

La casa está en silencio, me pongo ropa de deporte para salir a hacer un poco de ejercicio, despejar mi mente y no sentir que solo trabajo. Volviendo a los pensamientos de estos días, Carmen se ha convertido en una adicción, siempre quiero la dosis, quiero la subida de tenerla cerca y el dolor de no tenerla. Masoquismo.

Carmen es una persona que atrae a los demás, no se da cuenta, pero es así, es sencilla, casi misteriosa, no sabe lo que es capaz de reunir a su alrededor y, sin ninguna duda, es eso lo que hace que las personas giren en torno a ella sin pensarlo.

Yo no soy más que un simple muñeco, una actriz venida a menos que se deja arrastrar por sus encantos invisibles. No siempre se puede tener todo, eso es lo bueno, yo solo quiero tenerla a ella y, quizás en algún momento, estar a sus órdenes.

En la primera escena que grabamos, mi papel debía expresar el miedo a tenerla cerca, miedo a su reacción, a su siguiente paso. Nada difícil, teniendo en cuenta que la mayoría de mis sentimientos eran reales. Anoche fue diferente, anoche nos podríamos haber besado sin cámaras, sin escenas que interpretar, sin necesidad de actuar.

Carmen es capaz de parar el mundo con sus manos, de parar mi mundo tocándome. No es fácil ser un satélite alrededor de ella, uno de muchos.

El paseo dura más de una hora, no tengo tiempo para mucho más porque debo volver a casa para cambiarme e ir a otra reunión.

No tardo en estar lista, me visto informal, con un pantalón de mezclilla y una blusa, acompañados por zapatillas cómodas.

Capítulo 6

Comienza la aventura

Ana

Cojo el coche, necesito hacer algo que requiera toda mi concentración. Conduzco desde que tengo dieciocho años y siempre me ha desagradado que me pongan un chófer, ser relativamente famosa no me ha vuelto vaga. La radio anuncia con un pitido que es la una de la tarde.

Cerca de la productora hay un pequeño restaurante al que suelo ir para tomarme algo cuando las reuniones son antes de comer. Lo lleva una pareja, seguramente de mi edad, y siempre está lleno por la gente que trabaja en los alrededores, todo está inundado de prisas, personas trajeadas y otras tantas en reuniones telefónicas.

Me ofrecen una mesa pequeña en la esquina derecha del bar, cerca del ventanal. Pido el pescado del día, una ensalada de pasta y flan casero de postre. Mi cabeza es un hervidero de pensamientos, proyectos y potenciales actos de locura. Mientras como, escribo todo lo que se me pasa por la mente, para llevar a cabo alguno que otro de los proyectos de series que tengo en mente y, el resto, lo escribo para asegurarme de que todo esto es real.

El tiempo pasa muy rápido, no me doy cuenta de que es la hora de irme cuando me ofrecen un café, lo pido para llevar. Hace un día genial, me apetece mucho darme otro paseo, leer en un parque o dormir un poco antes de seguir con el día. Antes de entrar en la productora me pongo la identificación, todo el mundo lleva una igual, con una foto y el nombre. La seguridad es fundamental; es tan importante, que un día a Carmen se le olvidó y no la dejaron pasar hasta que vino el director de la productora a buscarla, a pesar de que todo el mundo sabía quién era.

No reconozco a nadie durante el camino que recorro entre la entrada y los ascensores, seguramente la mayoría ya esté en la sala de reuniones. No me equivocaba, el salón de juntas está lleno, están casi todos, faltan unas tres personas, nada más.

—Buenas tardes, Ana. Pareces cansada, ¿no has descansado? —habla nuestro director, Peter, con un acento inglés muy marcado.

—Hola a todos. He descansado un poco, y seguramente siga arrastrando todavía los nervios del proyecto. Nada que no se solucione con unas buenas vacaciones, ¿nos das permiso para irnos de vacaciones ya?

Me gusta hacerle este tipo de bromas sobre tópicos.

—Los españoles, tan vagos como siempre —sonríe Peter.

Voy hacia el lugar indicado con mi nombre y me dejo caer en la silla. Encima de la mesa me encuentro con las primeras escenas marcadas, las que se van a rodar fuera de España, en

Portugal. No tarda en llegar Carmen y saludar a todo el mundo. Se niega a mirar hacia donde yo estoy, pero, por mucho que lo intente, su sitio está al lado del mío.

Comienzan a hablar sobre el vestuario. Carmen se para a escuchar atentamente, están hablando del uniforme de la investigadora Pérez, su personaje. Me recorre un escalofrío cuando escucho lo que va a llevar puesto.

—No podéis decirme que me vais a meter en un pantalón ceñido de vestir por medio del bosque —dice Carmen con una de sus cejas levantada con escepticismo.

—A ver, Carmen, tu personaje es presumido. Ella es capaz de ir monísima hasta el mismo infierno. Además, hemos tenido en cuenta lo del bosque y te hemos puesto unas botas perfectas, no te quejes —contesta Pili, la encargada del vestuario.

—Muchísimas gracias por tener en cuenta mi integridad física.

Carmen sonrío cínicamente y se acerca a su asiento.

—Recordad que la última vez tuvimos que sacar a Carmen de una acequia... —dice Belén, y todo el mundo estalla en una carcajada.

Comienza a hablar nuestro director mientras el resto termina de colocarse, coger más café y preparar el material que hay delante. Lleva un rato sentada cuando se digna a mirarme, y saludarme.

—Hola, Ana —sonríe.

Me derrite cada gesto que hace. Noto que está intranquila, incluso creo que tiene miedo y yo, estúpida de mí, solo quiero besarla y decirle que todo va a salir bien.

—Hola, Carmen —contesto.

—Vamos a comenzar por introducirlos personajes de la película, las protagonistas —dice el director, que le cede la palabra al guionista.

—Comenzamos presentando el personaje de Ana. Emma González, forense de homicidios, mujer de 52 años, despechada y harta de trabajar con policías —comienzan las risas—. Estará felizmente soltera hasta que conozca a la inspectora de homicidios, el personaje de Carmen. Su nombre es María Pérez, mujer de 41 años, felizmente casada, y con ligeras dudas sobre la vida —dice Lucas, el guionista.

—Felizmente casada es un matiz demasiado positivo, teniendo en cuenta cómo va a acabar esto, ¿no crees? —Belén interrumpe al guionista.

La gente de nuestro alrededor se está divirtiendo con la elección de los personajes, hay muchas bromas, incluso Carmen parece que está integrada, si no fuera porque soy capaz de captar su incomodidad. Todo sigue relativamente normal, hasta que comenzamos las primeras escenas, el primer encuentro. Lucas nos cuenta cómo es y cómo tenemos que actuar.

—¿Os acordáis, Carmen y Ana, de lo bien que lo hicisteis en el anterior proyecto? Quiero que seáis capaces de envolvernos con vuestra atmósfera. Sois increíbles y seguro que podéis recrear cada gesto que he escrito —dice Lucas moviendo las manos de manera rápida.

—Sería genial que transmitierais la química que tenéis en la vida real, con un poco más de romance.

Peter sonríe y a mí me pone los pelos de punta.

Nos miramos rápidamente, en silencio, los demás nos observan. Nos observan porque, sin ninguna duda, tenemos química, cualquiera podría darse cuenta de ello. Nadie se imagina la realidad, lo que parece prohibido es real.

—No te preocupes, el espectáculo está asegurado —afirmo cuando vuelvo la cara hacia donde está Lucas.

La reunión sigue durante un par de horas más, pasa sin nada más llamativo, incluso llega un punto que se ha vuelto un poco aburrida y monótona. Cuando hablan de los escenarios, comienzo a buscar en el guion, ¿en qué escenas nos besaremos?

—Lo que buscas está en la escena 10 —susurra Carmen. Me asusta.

Dirijo la vista hacia ella, por primera vez en el día no me rehúye la mirada, hay comprensión en su cara, pero no sé exactamente a que se deben sus gestos, es extraño no entender una de sus expresiones.

—Solo estoy hojeando— justifico.

—No lo discuto— sonríe con arrogancia.

La miro y sé que me quedaría a vivir en esa sonrisa.

Carmen

Durante el trayecto a la reunión, me he estado negando todo lo que siento por ella, creo que es necesario que me comporte, por el bien del proyecto y de mi integridad mental y emocional.

Quizás, lo más importante es hacer un borrón, tratarla como lo que es, una compañera de trabajo y una amiga.

Parece una idea fácil, pero no es así cuando hablamos de Ana. En la sala de juntas, está casi todo el mundo ya preparado, incluida ella, sentada detrás de su nombre, al lado del mío. Diría que me sorprende o, incluso, que no quiero que nos sentemos juntas, pero la realidad es que somos las protagonistas y es lo más apropiado.

El tema de mi vestuario desvía por unos momentos mi atención. La ropa me inspira recuerdos del rodaje, me ayuda a concentrarme, y el tacto de los tejidos me ayuda a interpretar, necesito estar cómoda. De ahí que no pueda olvidar una de las escenas que hice con Ana. Yo

llevaba un bléiser negro, prenda que ahora adoro por encima de cualquier cosa.

Ana es de esas personas a las que no le cambiaría nada, ni su mirada, ni su boca, ni su elegancia. No sabe lo que provoca con todo ello en la gente.

El equipo de vestuario espera que me ponga ropa poco adecuada para estar en un bosque. Pretenden meterme ahí con un traje hecho a medida que seguramente acabe roto o sucio por una caída.

Nuestros personajes tienen la misma edad que tenemos nosotras. Eso nos ayuda a meternos en el papel, la diferencia es que yo estoy casada, mientras que ella está soltera y parece que quiere seguir así.

Ana no tarda en indagar en el guion, sé perfectamente lo que está buscando, son las escenas conjuntas. Se lo señalo y se hace la tonta, como si no pasara nada. Lo que no sabe es que yo ya lo había buscado antes que ella. Aunque intento a cada momento que no me queme la química que tenemos, no lo consigo, y le sonrío de manera altanera porque necesito sentirla cerca a pesar del pinchazo que siento en las costillas.

—Bueno, son las ocho de la tarde, vamos a terminar, todos estamos cansados y hambrientos. Nos vamos a ir a descansar. Recordad que mañana tenemos que estar en el aeropuerto a las siete y media —dice Peter.

—¿Este viaje no estaba programado para más adelante? —pregunto.

—Sí, Carmen, pero lo hemos adelantado porque nos informan que la localización está perfecta para grabar, no nos podemos arriesgar a que nos alcance una temporada de lluvias.

—Vale. Un poco más y nos avisáis mañana por la mañana —contesto con mala cara.

—Toda la razón. También te digo, si no hubieras estado distraída, sabrías que lo hemos dicho al comienzo —en este caso habla Lucas.

—Habláis mucho. Vamos a movernos que hay cosas que hacer antes de viajar —contesto.

Todo el mundo comienza a levantarse de la mesa, se despiden con prisa, muchas personas van a tener que organizarse la vida en menos de una noche. Es divertido cuando eres joven y no tienes responsabilidades, solo una aventura detrás de otra.

—¿Te puedo invitar a cenar? —me dice Ana.

—Ana, no está bien que hagamos esto —contesto.

—¿Por qué iba a estar mal? Somos dos compañeras de trabajo que necesitan descargar un poco de tensión —dice.

Río bastante alto, algo que no pasa desapercibido para mis compañeros. A pesar de que nos miran, ven totalmente normal nuestra actitud. Ven completamente lógica nuestra química, ha

sido así desde nuestro último trabajo, saben que tenemos una amistad bastante fuerte. Hacía años que teníamos relación, pero en el último trabajo se creó un vínculo más fuerte.

En gran parte, me gusta que piensen así, nadie debe saber nada sobre nosotras; por otra parte, no me gusta que no nos vean como una pareja, pero son pensamientos intrusivos.

—Está mal el hecho de que tú estás casada, Ana. Además, juegas sabiendo que no puedo decirte que no —contesto bajando la voz para que nadie me escuche.

Ella lo sabe, sabe que no puedo decirle que no cuando me mira. Es capaz de hacer que caiga en el pozo más profundo y tener que depender solo de ella y de lo que quiera hacer conmigo.

—Equipo, me alegro de que no os hayáis ido todavía. Tenemos noticias nuevas, nos han cambiado el horario del vuelo, sale de madrugada. La productora nos ha reservado habitaciones en el hotel al lado del aeropuerto. Os pido que vayáis a por vuestras cosas y nos encontremos allí —dice Peter.

Todo el equipo nos miramos con caras raras, no es la mejor opción para nadie, a muchos de nosotros no nos va a dar tiempo a despedirnos de los nuestros. Es algo muy apresurado, pero son cosas que ya se saben cuando se comienza un proyecto en el mundo del cine. Aunque las productoras intentan en todo momento tenerlo todo organizado, cuando las grabaciones son al aire libre, hay que estar pendiente del clima.

—Bueno, me alegra saber que envié la maleta la semana pasada —Ana es la siguiente en hablar.

Nos giramos hacia ella, solo una persona programada y que se adelanta a los acontecimientos es capaz de hacer eso. Parece surrealista, es una mujer totalmente meticulosa y capaz de tener todas las tareas que tiene que hacer en la cabeza sin necesidad de despeinarse.

—No me miréis con esas caras, todos sabíamos que teníamos que grabar allí la semana que viene. No me gusta cargar con las maletas encima, si a vosotros sí, es vuestro problema —se defiende.

—De verdad, Ana, eres de otro planeta —Belén suelta el pensamiento que todos tienen en la cabeza.

Nos reímos al instante, Ana siempre es de esta forma, espontánea para decir las cosas. ¿Cómo sería vivir el día a día con ella? ¿Sería siempre así de meticulosa? Tiene toda la pinta de tener una agenda donde apunta hasta el último detalle de su vida.

—Vale, tenéis unas dos horas para ir a por vuestras cosas y comenzar el viaje —Lucas nos hace movernos a todos.

—No me parece justo, aquí todos sabéis que no me gusta volar, ya solo me faltaba que encima vayamos con prisas —digo disgustada.

—No te preocupes, en el presupuesto hemos incluido tus pastillas para viajar —Esther

aprieta mis hombros suavemente mientras me intenta hacer reír.

Odio volar. Dejo a mi hija sola en apenas unas horas y, lo que es peor, tengo que hacer la maleta en menos de dos. No espero a que se alargue la conversación, me pongo en marcha para ir a casa a comenzar a hacer el equipaje.

—¿Quieres que te acompañe y te ayudo? ¿María quiere irse a la casa de su padre mientras estás en Portugal? ¿Quieres que la acerque yo mientras tú terminas la maleta? —Ana se pone a mi altura.

—Te lo agradecería, la verdad. Sí, ella prefiere irse a casa de su padre cuando estoy tantos días fuera, aunque sea mayor sigue sin gustarle estar sola —le contesto a Ana.

Quizás, en parte, me sorprende que pretenda hacer cosas cotidianas conmigo. Es por eso por lo que no voy a decirle que no a algo que quiero hacer con ella todos los días de mi vida.

Me acaricia la espalda, mientras vamos hacia al ascensor, tan suave que parece que me puedo romper en cualquier momento. Mi cuerpo me traiciona, se tensa ante la perspectiva de placer, placer que siento cuando sus manos me tocan.

Ana

Noto cómo Carmen se ha puesto tensa ante la perspectiva de tener que viajar de inmediato. No le gusta volar, no le gusta que las cosas no estén organizadas, no le gustan muchas de las que han pasado en muy poco tiempo, lo sé desde que somos amigas, pero en el último proyecto se ponía a la defensiva cuando había que cambiar de escenario porque el tiempo no acompañaba.

Acaricio su espalda, busco que se calme, intento hacerle saber con este gesto que no pasa nada. En el ascensor, escucho cómo respira profundamente y alterna su mirada entre mi cara y mi brazo. Supongo que no entiende por qué la estoy acariciando. Quizás piensa que es una provocación.

—Supongo que has venido con el coche que pone la empresa —habla Carmen.

—No, he venido con mi propio coche, aunque voy a ir un momento a casa a por el bolso de viaje, ya lo tengo preparado también —le contesto.

—Me parece genial, Ana. Nos vemos en un rato —Carmen contesta mientras se separa de mí y va directa hacia su coche, aparcado a dos sitios del mío.

Me sale acercarme a ella para despedirme y, aunque sé que no puedo darle un beso, sí puedo abrazarla. La noto tensa en mis brazos, pero poco a poco afloja y se agarra a mí, respira profundamente en mi cuello y es ahora cuando agradezco ser más alta. Entiendo que tenga miedo a mis reacciones, pero jamás haría algo que ella no quisiera de verdad.

Seguramente Juan esté en casa, cada vez tengo menos ganas de tener que darle explicaciones, aunque en realidad solo sea informar a mi marido de lo que voy a hacer. Tengo

que resolver de alguna manera toda esta situación, pero ¿cómo lo voy a hacer? ¿Tiro por la borda un matrimonio que hasta ahora era feliz? Nunca estamos preparadas para los cambios.

Todo es un laberinto sin salida y, lo que es peor, sin respuestas sencillas. No tardo mucho en llegar a casa; el tráfico, por suerte, es fluido y tranquilo. Se ve movimiento, al entrar y pasar a la cocina, puedo ver que Juan y Pedro están sentados. Entro con prisa e intento organizarme para tardar lo menos posible y poder ayudar a Carmen llevando a su hija con su padre.

—Hola, mamá, ¿dónde vas con tanta prisa? —habla Pedro.

Me acerco a él y le doy un beso en la mejilla, siento la mirada de mi hijo, como si estuviera analizando en todo momento cada cosa que hago. Está intentando corroborar su hipótesis con mis hechos.

—Me tengo que ir ya. Nos acaban de informar que nos vamos a ir a un hotel cerca del aeropuerto, se aseguran de que ninguno perdamos el vuelo —le contesto.

—Menos mal que ya habías enviado la maleta al lugar donde rodáis— Juan le da otro sorbo a su bebida.

—Mamá, ¿cuántas semanas vas a estar fuera? —pregunta Pedro.

—Dos semanas nada más, hijo.

—Genial, yo seguiré enfrascado con la universidad. Tengo ganas de que sea verano y poder disfrutar un poco, aunque ya tenga un trabajo —responde mi hijo.

—No te preocupes, ya queda poco. Chicos, me voy a llevar el coche, así que nos despedimos en cuanto recoja la bolsa.

Voy a nuestra habitación para ver qué puedo coger. Intento recordar aquello que va en la maleta, para poder combinar así las cosas que debo llevar, no es lo mismo tener dos pantalones de vestir que dos vaqueros. En los rodajes siempre tiendes a llevar fuera lo que no te obligan a usaren la película, si te ponen vaqueros todos los días, odias esa prenda hasta que se acaba el rodaje, gajes del oficio. Aparte, me gusta llevar ropa de sobra, nunca se sabe si se alarga por alguna complicación meteorológica.

No tardo más de cinco minutos en coger tres mudas diferentes y un par de zapatos cómodos. Mi hijo está con el portátil, viendo una operación a corazón abierto, muchas veces intento no mirar porque puede ser que me maree, pero otras soy un poco masoca y miro, aunque sé cuál puede ser el desenlace.

—Cariño, no sé cómo puedes ver eso mientras te comes un sándwich.

—Si no fuera así, jamás podría ser médico —sonríe antes de darle otro bocado a su comida, mientras el jefe de cirugía pide un bisturí—. Mamá, ¿por qué te llevas el coche? —pregunta Pedro y mi marido está atento a mi respuesta.

—Carmen necesita ayuda, voy a llevar a su hija a la casa de su padre mientras ella prepara todo lo que tiene que preparar —aprieto las manos.

Para mi hijo, no pasa desapercibido ese apretón en las manos, sabe que es un gesto que ocurre cuando estoy bastante nerviosa o algo me inquieta. Me mira, alternamente, mi cara y mis manos. ¿Alguien puede mentir a su familia con facilidad?

—Perfecto, mamá, si necesita algo, dale mi número de teléfono. Vamos hablando, me voy a la habitación a repasar esta operación de nuevo. Por cierto, mañana paso por el hotel a recoger el coche, ¿vale?

Pedro se pone de pie y me da un abrazo. Mi hijo me abraza más fuerte, como si necesitara darme apoyo por ese algo que desconoce.

—Hablamos cuando vuelvas más tranquila —dice mi hijo.

—Genial, cariño —Juan intenta darme un beso en la boca.

Mi intuición me hace cambiar de lado la cara, dejo que el beso muera en mi mejilla. Cada vez estoy más alejada de mi vida en general, la mayoría de mis actos me acercan inconscientemente a ella, pero ¿soy consciente de lo que voy a perder por el camino? Claro que no, pero de eso se trata la vida, de jugártela por aquello que crees que es correcto o te va a hacer más feliz.

No lo pienso más, cojo todo lo que necesito y las llaves del coche. Salgo a por el coche, que está aparcado fuera, y me dirijo directamente a casa de Carmen. No tardo mucho porque vivimos a cinco o seis minutos, si no hay tráfico. Carmen estuvo a punto de comprar una casa en mi residencial, pero se le adelantó una familia de ingleses bastante aburridos.

Aparco al frente de su casa, en cuanto me bajo del coche, allí está María esperando por mí. Sentada en el porche leyendo algo sobre leyes, no puede ser más diferente de lo que estudia Pedro. Cuando se da cuenta de que estoy allí, no tarda ni medio segundo en ponerse de pie, acercarse y darme un abrazo. Sin ninguna duda, ha crecido demasiado rápido.

—Hola, Ana, cuanto tiempo sin verte por casa, ¿cómo has estado?

—Hola, preciosa. Pues bastante bien, después del último proyecto he estado descansando hasta ahora —contesto.

—Imagino que acabarías muy cansada. La verdad es que mamá ha estado más huraña de lo normal, le habrá pasado como a ti, necesitaba descansar, no debe ser fácil hacer un proyecto largo y que te queden ganas de ver a gente —María dice estas palabras riéndose.

Levanta los hombros, quitándole peso a lo que acaba de decir, pero en el interior sé que ella puede imaginar el bien que nos hacíamos la una a la otra, cuando toda esta tensión no se había generado aún. No creo que se haga la idea total de lo que está pasando entre nosotras o por lo menos es lo que quiero creer.

—¿Qué te parece si nos vamos ya? Nos quedan unos 20 minutos de trayecto —digo.

En cuanto hago la pregunta, sale Carmen al porche, lleva ropa más cómoda que la que llevaba esta tarde, el pelo mojado y un par de libros en la mano. Por lo menos ha conseguido hacer cosas mientras yo me preparaba.

—Gracias de nuevo por ayudarme, Ana. Ya solo me queda cerrar la maleta.

Está sonrojada, supongo que por el vapor del agua, y ahora que nadie escucha mis pensamientos, puedo decir que está preciosa. La ternura con la que me mira hace que me derrita, me quedo unos segundos mirándola. María nos observa a las dos alternando, nos damos cuenta de que tenemos que movernos para que no siga pensando lo que está pensando.

Carmen

Llego a casa corriendo, con un gran pico de ansiedad. No creo que sea la mejor idea tener que dormir cerca de Ana tan pronto. Lo malo de la tentación de tenerla cerca es, sin ninguna duda, que sabe cómo jugar. Ella busca la tentación, la moldea a su gusto y pretende que mi cuerpo reaccione a ella.

María está tranquila, merendando en la cocina mientras lee un libro sobre leyes. Me mira con cara de interrogante ante mi llegada rápida.

—Cariño, tengo que hacer corriendo la maleta —contesto a su pregunta silenciosa.

—¿Pero no te ibas mañana? Por eso venía mañana papá a por mí —María está alucinando.

—Sí, era así. Pero a mi querido productor le han movido el horario del vuelo, así que su gran idea ha sido que todos durmamos en un hotel cerca del aeropuerto —bufa.

—Bueno, no te preocupes, yo ya había hecho la maleta para irme a casa de papá, una cosa menos, ¿me llevas tú? Recuerda que no tengo carné —dice María.

—No, cariño, yo no puedo. Va a llevarte Ana, se ha ofrecido a ayudarme —le contesto mientras comienzo a empaquetar cosas que veo, sin ningún sentido.

—Me parece perfecto. Hacía mucho que no estaba en casa, echo de menos hablar con ella —María sonríe, como si no pasara nada porque nada pasa.

Sonrío inconscientemente, me gusta que le caiga bien Ana, si pudiéramos tener algo, sé que mi hija no se interpondría y, quizás, hasta podríamos ser una familia. Me quedo pensando sobre el tema un minuto, he dejado de organizar la maleta y María me ha dejado en la habitación como cosa perdida.

Despierto, y salgo a toda prisa a ducharme primero. Hacer la maleta no me suele generar estrés, sobre todo cuando es para ir a grabar, ya que la mayoría del tiempo te la pasas con aquello que te hayan adjudicado desde vestuario. Dos semanas con Ana van a ser una tortura, dulce y

amarga, reveladora y abrasadora.

Escucho un coche aparcar en la puerta de mi casa, sé que es ella por el sonido de su motor. Puedo oír las voces de María y Ana. María le comenta que he estado más rara de lo normal, con un tono que para nada podría decirse que es discreto, mi hija puede llegar a ser una metiche total, pero la quiero porque es igual que yo.

Salgo a la calle y está Ana, impresionante como siempre, la elegancia podría ser su apellido, parece que no se despeina para engatusar a los demás. La escena dura más de lo que quisiera, marco en mi lista de cosas por hacer hablar con María, contarle qué está pasando conmigo, con Ana y con mis decisiones.

Cuando se despiden de mí, me quedan unos cuarenta minutos para poder estar tranquila, la maleta la termino en menos de veinte. Me siento en el porche, he abierto una botella, he servido una copa de vino y espero a Ana, mientras se me seca el pelo.

No tarda tanto como creía, aparca y sale del vehículo, lo hace como si flotara, elegante y recogiendo el pelo hacia atrás con la mano, ¿Tengo ahora dieciocho años? Correría hacia el fuego solo para tocar su boca.

Ana tiene 9 años más que yo, no somos adolescentes, se podría decir que no me considero joven, pero tener 42 años no me hace experta en la vida, y caigo en lo más profundo del pozo del deseo sin pensar en las consecuencias.

—Preciosa, ¿nos vamos? —pregunta.

—Ana, no me llames así, no está bien, me pone nerviosa. ¿No vamos en el coche de empresa?

—No decirlo sería como mentir. Prefiero ir con mi coche, ya lo recogerá mañana mi hijo —contesta.

—Como quieras, es imposible discutir contigo cuando crees tener la razón —la miro mientras nos acomodamos en el coche.

El coche huele a ella y hay música muy suave. Me mira.

—María ha hecho un par de preguntas, quiere saber qué te pasa, quiere saber qué pasa entre nosotras. Nuestros hijos no son tontos —me dice mientras pone el coche en marcha.

Yo solo puedo ponerme tensa y sentir que nada va a salir bien.

Capítulo 7

El fuego quema

Ana

Carmen se pone tensa ante mis palabras, seguramente esté nerviosa ante la perspectiva de que lo sepa su hija. Para ella esto no está bien, entonces no le gustaría que su hija piense que hace algo malo, para mí sigue siendo relativo. Además, María tiene una edad para no prejuizar.

Pongo mi mano derecha en su pierna, la acaricio con el fin de tranquilizarla. Pongo rumbo al hotel, cuanto antes lleguemos antes podemos descansar para el viaje. Aprieto y acaricio su piel, ella mira mi mano con pánico, me gustaría que dejara de tener miedo y se rindiera a cualquier cosa que estemos sintiendo, que nos hace querer estar juntas, aunque todavía haya impedimentos que sortear.

—Ana, María lo sabe, estoy muy segura de eso —habla Carmen después de un rato.

—¿Tienes miedo a que lo sepa? —pregunto.

Estamos paradas en un semáforo, giro la vista hacia ella, tiene las manos entrelazadas y mueve los dedos rápido. Intento hacer contacto visual con ella, pero el semáforo me advierte que tengo que continuar con la marcha.

—Si te digo la verdad, no me da miedo, pero tengo que reconocer que no le va a gustar la idea de que me pueda enamorar de alguien que está casada.

Me sorprende que salga la palabra “enamorar”, ¿no lo está ahora? ¿Podría estarlo en el futuro? Me duele pensar que María no lo viera bien por estar casada, al final, María es parte de la vida de Carmen y es la primera que me tiene que aceptar.

—¿Estás enamorada de mí, Carmen? —pregunto.

Veo de reojo cómo se remueve en el asiento, quita mi mano de su pierna, lo único que inunda el coche es el sonido de la música y del GPS, que nos avisa que estamos a pocos kilómetros de nuestro destino.

—No puedo estar enamorada de ti, hay muchos impedimentos para que ocurra. Además, la pregunta me parece inapropiada, teniendo en cuenta la situación. Esa pregunta me la tienes que hacer cuando estés soltera —responde Carmen.

Por un momento tengo que pensar lo que quiero decirle, quiero borrarle esa visión, buscar lo que sentimos, no impedirlo.

—No quiero que estén esos impedimentos. Cada vez estoy más convencida de que lo que estoy empezando a sentir no es pasajero. Se puede ir viendo qué pasa.

No me da tiempo a decir mucho más, hemos llegado a la puerta del hotel y, para mi desgracia, el elenco está en la puerta conversando a todo pulmón y fumando. Si nos quedamos en el coche, van a sospechar, no quiero que esta conversación se acabe sin poder decir todo lo que pienso.

—Carmen, por favor, necesito seguir hablando contigo, ven a mi habitación esta noche —suplico.

Carmen solo me mira, con cara de interrogante, sin saber exactamente qué decir, puede ser que piense que la he citado en mi habitación para llevarla a la cama, pero cuando ella quiera estar en mi cama lo hará por su propio pie, no de una manera tramposa.

—Ve a aparcar —son sus únicas palabras.

Sale del coche y coge su maleta, yo aparco en una de las zonas designadas, cojo mi bolsa y me acerco al grupo de gente. Todos tienen ganas de fiesta, se animan los unos a los otros, están sobreexcitados porque comenzamos el rodaje y yo, por desgracia, solo quiero pasar la noche con ella. Hablar de todo lo que nos pasa.

Lo primero que hago es ir a recepción a dejarles el recado de que mi hijo vendrá a por el coche mañana por la mañana. Es en ese momento, cuando el director se acerca a mí y me da una llave.

—Tu habitación, Ana —dice Peter.

—Muchas gracias.

—Vamos a ir todos al restaurante en una hora, algunos vamos antes al bar, ¿nos acompañas? —Peter me invita.

—Me gustaría, pero preferiría ir a cambiarme y ducharme antes. Nos vemos en el restaurante —sonrío y le doy un ligero apretón en el hombro antes de irme.

Sin despedirme del grupo, me alejo hacia los ascensores, mi intención es descansar, aunque sea por un momento. El hotel se nota que es para pasar la noche en un apuro, todo es aséptico, la habitación es capaz de hacerte sentir más sola de lo que estás. Nunca me han gustado los hoteles que están cerca del aeropuerto.

Solo puedo pensar que, quizás, estoy haciendo lo que no debo, tirando de la cuerda más de lo necesario, pero ¿qué hago si siento que necesito tenerla cerca?

Intento no pensarlo, cojo la ropa que quiero ponerme y me doy una ducha.

Carmen

Después de la conversación que hemos tenido en el coche, sin llegar a ninguna parte, me he bajado del coche sin dirigirle la palabra, cuando una conversación no tiene salidas, ¿para qué

seguir? Quizás pueda pensar que soy mala persona, ¿sigo la corriente de estos sentimientos o dejo que todo se pare? Necesito urgentemente que comience el rodaje, que pueda distraerme lo máximo posible y, sobre todo, necesito que termine cuanto antes, por el bien de mi salud mental.

Mis compañeros me saludan y me incluyen en el grupo mientras Peter y Lucas se encargan de hacer el *check-in* de todos. Voy a dejar pasar el tiempo y no pensar en el hecho de que Ana quiere hablar conmigo en su habitación.

Hablo con mis compañeros, mientras vigilo los movimientos de Ana, se ha acercado a recepción y después le he perdido la pista.

—¿Sabéis dónde está Ana? —me dirijo al grupo.

—Acaba de decir que quería irse a su habitación a ducharse antes de cenar —contesta Peter.

—¿Sabes cuál es su número de habitación? —pregunto.

Me mira con cara de interrogante, son demasiadas cuestiones en poco tiempo, quizás no debería hacer así las cosas. Belén ha levantado la ceja, sabe que algo pasa.

—Lo deberías saber, está al lado de la tuya —Belén es quien habla.

Parece que confabulan para que pasen estas cosas.

—Ah, bueno. Voy a ir a ver si está bien y dejo mi maleta. Ahora nos vemos.

—Sí, ahora nos vemos —mi compañera se despide de mí con un alegato al triunfo, sabe algo sin haberlo contado, me dice adiós con la mano y con una sonrisa pícar.

Antes de que se cierren las puertas del ascensor, puedo ver a mis compañeros hablando tranquilamente. Estamos en la cuarta planta, recorro el pasillo despacio, consigo arañar unos segundos al tiempo para no enfrentarme a lo que va a pasar tan rápido.

Llevo demasiado tiempo deseando besarla, demasiado tiempo sujetando mis emociones y, a lo mejor, debería dejar que fluya estos días. Tras pasar por mi habitación a dejar las cosas, toco a su puerta, y no tarda mucho en salir. Ante mí se encuentra Ana con un albornoz blanco, el pelo suelto y empapado, todavía está mojada. Yo solo puedo dirigir mi mirada hacia donde van las gotas.

—¿Qué haces aquí, Carmen? No dijiste nada cuando te propuse que hablásemos —Ana habla.

—Yo tampoco pienso que esto sea pasajero. Es muy difícil para mí, sé lo que tengo que hacer. Tendría que irme corriendo al lado contrario de lo que siento, pero eres una trampa —digo.

Ana está en estado de shock. Me hierve la sangre, solo quiero besarla. Necesito besarla y saber que, aunque es a escondidas, es real. Me acerco a ella, hago que su cuerpo retroceda hacia

atrás, ese movimiento me permite poder cerrar la puerta a mi espalda.

Me pego a su cuerpo, bailo con mis manos por la espalda de Ana. Volver a sentir su respiración a través de su boca es como volver a ver el mar después de mucho tiempo, volver a casa. Le tiembla el labio de abajo, está nerviosa.

—Si me vas a besar, Carmen, piénsalo bien —susurra Ana.

Paseo mi mano por su labio inferior, miro su boca. Sus ojos están descolocados y parece que no sabe dónde poner las manos.

—Ana, la que tiene que pensar mucho después de que te bese eres tú. Yo no tengo ningún compromiso. Recuérдалo.

Agarro su cuello y acerco sus labios a los míos, despacio, saboreo el precipicio antes de la caída hasta su boca, pierdo la noción del tiempo hasta pegarme bien a ella. La beso, vuelvo a sentir sus labios y la sensación increíble de tenerla entre mis brazos.

Una de mis manos vuelve a su espalda, se desliza como el aire, silencioso y envolvente. Ana tiene la piel de gallina, está alterada. Siento cómo se acelera, no es aquella persona tranquila que todo el mundo conoce, es un caos, un dulce caos.

Quiere tomar partido en la jugada, separa nuestras bocas, gime en mis labios y juega a que parece que me va a tocar, pero no lo hace. Baja su boca, rozando mi piel, hasta el cuello, respira profundamente, provoca un escalofrío en todo mi cuerpo. Genera la energía suficiente para encenderme.

—Carmen, párame, tenemos que ir a cenar o van a sospechar, mucho más de lo que ya sospechan —susurra con su boca pegada a mi oído.

Por un momento, no puedo escuchar las primeras palabras. No creo que sea capaz de pararla, soy como la corriente de un río, libre para seguir su camino, sin poder detenerse ante nada. Solo quiero liberarme con todo lo que sentimos, chocarnos con el vacío, donde la realidad solo sea algo pasajero y no importe el futuro.

Con ese pensamiento, giro con ella entre mis brazos hasta caer en la cama. El albornoz se abre a la altura de sus piernas, yo solo puedo mirar hacia el espejo que hay al lado de la cama, saboreo uno de los mayores placeres visuales: ella. Me incorporo, me molesta el pelo, me lo peino hacia atrás con las manos y no me demoro más para besarla.

Me separo abruptamente y le pregunto:

—¿Puedes parar, Ana?

No quiero parar, no quiero hacerle caso a mi parte racional porque no sé cuándo voy a volver a tener una oportunidad así para saborear su piel. Quizás todo sea tan fácil como estar pegadas.

Ana

¿Quién en su sano juicio puede parar con Carmen encima, mirándome como si fuera una de las 7 maravillas del mundo? Intento calmar mi respiración, mientras subo mis manos de las caderas a su cuello. La acaricio y disfruto de este momento.

—No, claro que no puedo parar. No quiero parar, Carmen, no dudes sobre eso. Tenemos que parar, pero no quiero —digo.

Con resignación y cabreo, Carmen se separa de mí de manera silenciosa. En la habitación, se siguen escuchando nuestras respiraciones, no había conseguido relajarme.

Se queda de pie delante de mí, mirando hacia otro lado, resoplando y tocándose el pelo de manera rápida.

—Dejaré que te vistas, me voy, nos vemos abajo —dice Carmen mientras se dirige a la puerta.

—Carmen, no te vayas de esta manera, parece que no te importa lo que acaba de pasar.

Se gira y me mira a los ojos, puedo entender lo que siente, pero no sé lo que piensa. Tiene los ojos encharcados de deseo, no puede controlar la situación, se está mordiendo el tan fuerte que seguro va a hacerse daño. Tengo la intención de acercarme a ella y relajar su boca con mis dedos.

—Necesito irme de aquí. Si me retienes, no dejaré que salgas de esta habitación hasta que no tengamos más remedio.

No dice nada más, sale de la habitación como alma que lleva el diablo. Me vuelvo a recostar en la cama, huele a ella, pienso en su mirada y, sin ninguna duda, necesito otra ducha. Esta mujer puede embrujar a cualquiera.

Me levanto lo más rápido que me permite mi cuerpo, en la bolsa tengo todo lo que he traído, me decanto por unos pantalones finos de lino blancos y una blusa color azul marino. Me arreglo un poco, seguramente después de la cena todos queramos irnos a dormir, no tardo mucho en salir de la habitación. Voy hacia el comedor del hotel para encontrarme con mis compañeros de trabajo.

En el bar, puedo ver que están la mayoría de mis compañeros, todos ellos tienen una bebida en la mano y hablan animadamente. Creía que ya estarían la mesa preparada para comenzar a comer. Focalizo a Carmen, intento esquivarla en este momento.

—¿Qué tal, Ana? Aún estamos esperando, la mesa está preparada, pero la cocina aún no ha comenzado el servicio —me informa Belén.

—No pasa nada. Me voy a pedir algo antes de comer —contesto.

—Pensaba que ya no venías, ¿estás bien? Te noto muy nerviosa.

—Sí, me he despistado. Ando cansada estos días, y ahora todo me ha pillado de sopetón, poco a poco me iré acostumbrando al ritmo del rodaje —contesto a su pregunta.

Sonríó suavemente, aunque puedo ver que la respuesta no le vale a Belén. No la dejo que vuelva a hablar, no quiero que indague sobre el tema. Me acerco a la barra, espero que llegue un camarero para pedirle un *gin tonic*. Estoy tan concentrada en lo que hace el barman que me sobresalto cuando escucho una voz.

—¿Necesitas algo fuerte? —es la voz de Carmen.

Su voz atrapa a cualquiera. No me había dado cuenta hasta hora, después de tantos años siendo amigas.

—Quizás —sonríó lascivamente.

Antes de que me pueda dar la vuelta y mirarla a la cara, una camarera nos avisa que ya van a servir la cena. Como siempre, cuando estamos en rodaje, se dejan estratégicamente dos asientos para nosotras.

Da la casualidad de que tenemos enfrente a Belén, su sonrisa es pícara, agacho la cabeza para que no pueda captar más de lo que ya lo ha hecho. Sabe que ha pillado más información que los demás, y su mente ya está maquinando en torno a la duda.

Carmen

He salido lo más rápido que he podido de la habitación, mi cabeza solo me pedía caer en lo más profundo del deseo, sin importar nada más. El reflejo que tenía el espejo se quedará guardado en mi memoria, su mirada, sus piernas y yo encima de ella. Reflejaba poder de persuasión.

Con esa idea rondando, he llegado donde está todo el equipo de rodaje.

Sigo repasando lo que acaba de pasar, como si de un cortometraje se tratara, se mueven las imágenes en mi mente y yo no puedo pararlas. Sonríó, el equipo está de fiesta y, aunque muchos se arrepientan mañana, yo quiero disfrutar de este comienzo. La mayoría de las personas, por ahora, tienen cara de estar descansados, algo que cambiará cuando pasemos unos días trabajando, y las ojeras sean las protagonistas.

Aún me tiemblan las manos y los nervios recorren todo mi cuerpo, pero sin ninguna duda, no me arrepiento de nada, algo que no me había pasado hasta ahora. Quiero tener en mis manos a Ana. Supongo que al final sentirme mal no me está trayendo más felicidad, ni más placer.

—Carmen, te estoy hablando —habla Marisa, una técnica de sonido.

Me giro hacia donde está ella, sonrío de manera graciosa, me envuelvo del buen ambiente, relajo conscientemente los hombros y dejo de apretar la mandíbula por los nervios. Es hora de disfrutar también del ambiente y de las personas que me envuelven.

—Lo siento, Marisa. Estoy pensando en el avión de mañana, no soy muy fan de los vuelos y, aparte, no me gusta que las personas de mi alrededor lo sepan.

—Por eso no te preocupes, si quieres, yo tengo pastillas relajantes, te tomas una y pasas el mejor vuelo de tu vida —dice.

Seguimos hablando de cosas sin importancia, me cuenta algo de su vida y yo trivialidades de la mía. En algún momento, la veo de lejos, Ana viene vestida de manera informal, pero para mí tiene el mismo efecto: está increíble. Se dirige hacia nosotros, de manera calmada, pero, seguramente, sea un manojo de nervios, aunque siempre desprende tranquilidad ante los demás. Se queda al comienzo del grupo, hablando con Belén, creo que nuestra compañera sospecha sobre nosotras.

A pesar de eso, me acerco a ella cuando ha llegado a la barra, al ver lo que se pide, le hablo, pero no me da tiempo a nada más porque nos comentan que la mesa ya está disponible, podemos sentarnos. Igualmente, puedo ver su hermosa sonrisa.

Durante la cena hay un ambiente relajado, todos estamos hablando de manera transversal, casi sin poder seguir el hilo de cada conversación. Me sobresalto de repente, Ana ha puesto una de sus manos en mi pierna, está subiendo y bajando, acariciándome.

—¿Estás bien, Carmen? Estás muy roja —me dice Belén sonriendo.

—Sí, creo que no ha sido buena idea pedir sopa, hace mucho calor.

Belén se ha percatado de nuestra actitud y está sonriendo de manera pícara. Una voz interrumpe su siguiente respuesta y, de repente, todas las miradas están puestas en mí.

—Chicas, ¿no estáis cansadas de que piensen que sois pareja? Tu marido debe estar un poco cabreado, Ana, ¿no?

Ana escucha la pregunta casi con pánico, pero se mantiene impasible. La cuestión viene de una compañera de audio, se encarga de que todo aquello que nosotras digamos se escuche bien en la posproducción. Belén nos mira con expectación, pero, para nuestra desgracia, no solo ella, todos están esperando una respuesta convincente. Por suerte, nadie se ha dado cuenta de que la mano de Ana está sobre mi pierna.

—Os consideraba más inteligentes que los periodistas del corazón —bromea Ana—. ¿Vosotros también vais a echar leña al fuego de los cotilleos? Cualquiera diría que no trabajamos juntos y que desconocéis mi vida.

—Si lo pensáis, hay que tener en cuenta que, gracias a las personas que lo piensan, esta película va a tener más espectadores —dice Belén.

Escucho la voz de Belén y a mí se me hace un nudo en la garganta, a partir de aquí, me quedo como una mera espectadora. Pienso que no es tan malo que las personas lo piensen, quiero que sea real.

—La verdad es que la química es bastante real, pero todos sabemos que las dos son heterosexuales y, para colmo, Ana está casada. Me parece un poco surrealista que aún sigamos con lo mismo de siempre, siguiendo los rumores de la prensa, ¿cuánto tiempo llevamos trabajando juntos? —sigue Belén.

En este punto es cuando muere la conversación para mí. Este tema me ha afectado, me afecta el hecho de que Ana está casada y no tiene ningún remordimiento por estar besándome. También se ha dado por hecho cuál es mi sexualidad, cuando jamás había dicho nada porque, sinceramente, es un asunto personal.

Me debe entrar en la cabeza que ella está casada y yo soy un pasatiempo, si quiero seguir, tiene que ser siendo consciente que todo es mentira, es una pompa preciosa y cómoda que debe explotar en algún momento.

—¡Carmen! Llevo un rato intentando hablar contigo —levanto la cabeza de mi plato, Belén me está mirando, espera una respuesta a otra frase que no he escuchado.

Ana

El tema sobre nosotras ha dejado a Carmen muy tensa, lleva un buen rato contemplando su plato, sin probar bocado. Belén, que parece saber algo, me mira con cara de tristeza e intenta mantener una conversación conmigo y luego incluir a Carmen, ya que su primer intento se ha quedado en que Carmen siga pendiente del plato.

—Ana, ¿qué vas a hacer cuando terminemos de grabar? —pregunta Belén.

Me hace gracia saber que ella ya está pensando en el final del rodaje cuando aún, se puede decir, que no ha comenzado. Pero como todos sabemos el trabajo que conlleva, por mucho que nos apasione, nos gusta un poco más cuando termina.

—Todavía no hemos empezado, no puedes ni estar cansada. Espera a que ya llevemos un par de meses de rodaje y te digo qué sitio he elegido para irme un mes.

—Hubiera preferido comenzar el rodaje en otro momento que no fuera la primavera. Ya mismo hace calor, es tiempo de estar tranquila dando paseos por la noche y tomando una cerveza fresquita en una terraza, no de estar bajo el sol o a medianoche grabando. Además, voy a echar de menos a mi hijo —dice Belén.

—Belén, querida, no puedes comenzar así un rodaje, esa nostalgia tan pronto no va a ser buena. De aquí a una semana, estarás llorando a moco tendido.

Asiente, intentando convencerse de algo que, aunque lo intente, le va a acabar pasando.

—Carmen, ¿qué piensas de lo que hablamos?

Consigue que Carmen levante la cabeza y, esta vez, contesta a su pregunta.

—La verdad es que, cuando se termine el rodaje, me voy a ir a una isla pequeña del pacífico. Allí voy siempre que necesito no pensar en nada, para olvidarme y sanar.

No puedo reclamarle sobre el hecho de que no cuente conmigo por dos razones claras; la primera es que no tiene por qué ir conmigo y la segunda, y más razonable, aunque quisiera llevarme, no lo va a decir aquí en la mesa. El camarero le rellena la copa de vino, bebe tranquilamente mientras mira a Belén.

—Es una buena idea, Carmen. Después llegará la vorágine de entrevistas, fiestas del cine, miles de páginas de revista del corazón y unas cuantas promociones más —aporta Belén.

Carmen afirma con la cabeza. Le está costando una barbaridad mantener la conversación con Belén, no quiere estar aquí y no tarda mucho en afirmar lo que pienso con sus palabras.

—Equipo, con vuestro permiso, me voy a ir a descansar a la habitación, ya sabéis que no me gusta volar.

Se levanta y mi instinto es ir detrás de ella, pero no tengo ninguna excusa para hacerlo sin levantar sospechas delante de todos. Más de uno pensaría aún más que estamos liadas y, aunque no van desencaminados, no debería alimentar esa idea.

—Dale tiempo, Ana. Creo que la conversación sobre vosotras le ha afectado bastante, no sé qué ha podido ser exactamente, pero a mí parecer no le gusta el hecho de que estés casada. Me pongo en su piel, quizás yo también estaría así —dice Belén en voz baja.

Sus palabras son directas y sus insinuaciones son reales, no vale la pena hacerle pensar lo contrario.

Seguimos hablando mientras terminamos de comer, un compañero nos cuenta anécdotas de su último rodaje, parece ser que no le gusta trabajar con actores norteamericanos, son un poco déspotas y aburridos. Yo sigo a lo mío, le envío un mensaje a Carmen para saber si quiere hablar, pero su contestación, a pesar de que me la esperaba, es una negativa dolorosa. Decido irme a descansar.

—Yo también me voy, gente —digo al levantarme.

—¿No te quieres quedar a tomarte una copa con nosotros? —me pregunta Marisa.

—Mi edad no es la misma que la tuya —reímos—. Prefiero descansar, el vuelo es muy pronto.

—Genial, recuerda estar a la hora acordada —dice Lucas.

—La próxima vez, organizad un vuelo a una hora decente, por el amor de Dios. Buenas noches.

Me despido y me dirijo hacia la habitación, no hay ni una pizca de alegría en mi cuerpo. Toda la adrenalina que había generado esta tarde se ha quemado rápido como la pólvora.

Al llegar a la puerta de mi habitación, instintivamente miro hacia la suya, no escucho nada y, aunque tenga el impulso de ir hacia ella, abro la mía. Querría que me explicara o terminara lo que ha comenzado antes. Carmen tiene un poder enfermizo sobre mí, por mucho que esté triste, me arde la piel al recordar sus manos.

No tardo mucho en ponerme el pijama y hacerme una infusión de las que dejan en la habitación, para meterme en la cama. Tengo la manía de dormir con la televisión encendida en cualquier sitio que no sea mi casa. Paso los canales hasta que encuentro una película en blanco y negro para acurrucarme y quedarme dormida.

Capítulo 8

Vuelo destino Portugal

Carmen

Escucho el sonido de la alarma, alargo el brazo hasta la mesita de noche y la desconecto. La cabeza me va a explotar. Es muy temprano, no veo lógico, ni necesario coger un vuelo a las seis de la mañana. Enciendo la luz, intento enfocar la vista, me cuesta muchísimo abrir los ojos. El reloj marca las cuatro y cuarto de la mañana.

Por suerte, anoche se me ocurrió recoger todo, dejando solo la ropa de hoy y un hueco donde poner el pijama que llevo puesto. Me visto en poco tiempo, comienzo a escuchar movimiento en el pasillo, todos tenemos que estar a la misma hora abajo, un autobús nos lleva a la terminal 4 del aeropuerto de Madrid.

Antes de salir, pongo el oído en la puerta, busco saber si Ana está o no, prefiero encontrármela cuando no estemos a solas. Echo una última mirada a la habitación, buscando no dejarme nada. Mi táctica no ha funcionado, porque cuando estoy cerrando la puerta, me encuentro con Ana a mi lado, con su bolsa de mano y un pequeño bolso en la otra.

Intuitivamente, su mirada busca la mía; noto, por desgracia, dolor en sus ojos. Hoy, quizás, dejaré que hable conmigo sobre lo que tenga que decir, pero no ahora, primero necesito estar un poco despejada y no a punto de subirme en un avión. Parece que va a decir algo cuando llega Marisa.

—Buenos días, chicas, o, mejor dicho, buenas noches. Qué ganas tengo de llegar al avión para poder cerrar los ojos, aunque sea una hora —habla Marisa entre bostezos.

Me da ternura, no son horas para estar despiertos, además, tengo que pensar que no sé a qué hora se acostaron anoche.

En muchas ocasiones, me gusta hablar con la gente de la producción, por ejemplo, ella no tiene un segundo fondo, no pregunta sobre nuestra vida y vive con toda la tranquilidad que puede.

—Buenas noches, mejor. Duerme tú que puedes, ya que no le tienes miedo al avión —contesto mientras me dirijo al ascensor.

Ana apenas dice un buenos días, escueto y seco, se pone en marcha cuando nosotras lo hacemos, pero se rezaga. Intento mirarla por el rabillo del ojo, compruebo que está chequeando su teléfono con toda la tranquilidad del mundo, parece que nada de lo que tiene alrededor le afecta.

—No me da miedo volar —dice Marisa volviendo al tema—. Aunque reconozco que no es

la mejor sensación del mundo. Con lo poco que hemos dormido, quizás puedas dormir algo.

—Ojalá —sonríó.

Cuando el ascensor para en nuestra planta, nos encontramos con gran parte del reparto y del equipo. Belén está entre ellas, nos ponemos de tal modo que ella se queda al lado de Ana. Le acaricia el brazo, seguramente como siempre, y le da los buenos días casi susurrando, intentando no perturbar el cansancio que tiene. Celos, envidia y rabia son sentimientos que burbujan en mí cuando Ana está cómoda con otras personas en público. Ha sonreído por primera vez en el día y, por desgracia, no ha sido a mí.

En la recepción nos encontramos con el resto del equipo, el transporte que nos traslada al aeropuerto está preparado. Cuando conseguimos estar todos, sale el autobús, nos quedan unos minutos para llegar y yo, como siempre, cada vez estoy más nerviosa.

Ana se ha sentado lejos, ¿soy yo la que me tengo que acercar a ella porque ayer fue la que quiso hablar? Quizás, pero ahora mismo solo quiero subirme a ese maldito cacharro con alas y llegar rápido. Quiero centrarme en el miedo para que no se apodere mi cuerpo.

He intentado rebajar la ansiedad tomándome una pastilla, pero sigue sin hacer efecto, intento evadirme de todo lo que me rodea escuchando música con auriculares. El viaje es muy corto, al llegar nuestra cola de facturación está vacía, y el aeropuerto también está bastante desierto. Cuanto más cerca estoy del avión, más rápido me bombea el corazón.

Ana

Cuando suena el despertador han pasado pocas horas desde que me dormí. Me cuesta una barbaridad ponerme en marcha por muchos factores, no solo es sueño, no quiero dejar esta habitación que ha conseguido ponerme la miel en los labios con Carmen, aunque no haya terminado de comerme el manjar. Puedo olerla, seguramente será un espejismo, pero todos queremos vivir en ese espejismo donde el dolor solo es un reflejo, no es real.

Despacio, recojo mis cosas y me arreglo, me pongo, prácticamente, la misma ropa que ayer, quiero estar lo más cómoda posible, a pesar de ser poco tiempo de vuelo, siempre tenemos que estar tres horas antes en el aeropuerto, somos muchas personas en el rodaje y parte del material hay que facturarlos.

Pienso en la negativa de Carmen de hablar anoche, no me pone demasiado feliz verla delante de todo el mundo sin haber hablado. Pero estamos en un proyecto, vernos es una obligación. Al salir de la habitación me encuentro con ella, pero, por suerte, no tengo que pensar demasiado porque Marisa me salva de decir cualquier tontería.

Durante el trayecto miro el móvil, ojeo las noticias, como la mayoría de los días; las noticias no anuncian muchas cosas buenas. También contesto un mensaje de mi marido. Él también lleva un tiempo más raro de lo normal, en poco tiempo voy a salir de dudas sobre qué le pasa. Nuestro matrimonio se afianzó gracias al cariño y la amistad que nos tenemos, nunca hemos tenido una pasión desenfrenada, pero no era algo que nos afectaba.

Las chicas están hablando tranquilas, y recuerdo que Carmen ya debe estar nerviosa por subirse al avión. Durante el último rodaje juntas, nos tocó volar a México, con tan mala suerte que la mayor parte del vuelo fue con turbulencias, no muy fuertes, sin embargo lo suficiente para pensar que a Carmen le iba a dar un ataque al corazón.

—Buenos días, ¿has conseguido descansar algo? —noto una caricia en mi brazo y escucho la voz de Belén.

Está al lado mío en el ascensor, supongo que se acaba de subir porque no me he dado cuenta.

—Buenos días. La realidad es que no, pero tampoco pretendía dormir, con descansar un poco los pensamientos me bastaba —contesto.

Le sonrío de lado, por suerte, el ascensor es amplio y no tenemos que estar cerca. Belén comienza a hablarme, sacarme temas de conversación, aunque se da cuenta de que es bastante complicado, le respondo de manera esporádica y, en muchas ocasiones, sin ningún sentido.

El tiempo en el bus pasa bastante rápido, he decidido poner tierra de por medio, dejar que respire un poco y que venga cuando ella lo crea. Acompaño a mis compañeros a la cola de facturación, a pesar de que yo no tengo nada que facturar, para hacerles compañía. Tengo ganas de pasar este trámite rápido, así podremos ir a la zona vip de la aerolínea, se me antoja un buen café y algo para comer.

Unos metros delante de mí está Carmen, puedo notar su incomodidad, cambia el peso de su cuerpo de una pierna a otra, tiene los auriculares puestos y puedo sentir su miedo a través de los metros que nos separan. La realidad es que quiero ir hacia allí y decirle que no va a pasar nada, que todo estará bien, pero mi orgullo es más grande, desde que ayer no quiso hablar conmigo le guardo un poco de rencor. Todos tenemos defectos.

—Quizás deberías ir a ayudarla, sabes que tiene miedo a volar, ¿no te parece? —Belén es pepito grillo.

—No lo voy a hacer, por ahora, Belén. Ayer me dejó bastante claro que no quería hablar conmigo, ¿por qué debería ir yo a hablar con ella? —contesto.

—Ana, no te comportes como una adolescente, te creía más madura como para dejar que tu ego sea más grande que tú —sabe cómo hacerme enfadar.

—Me reiría si no fuera porque sabes mi edad perfectamente, querida, para decirme que parezco una adolescente —replico.

Nos reímos y, por primera vez, no me pone nerviosa que alguien pueda saber que entre nosotras pasa algo. Al final es complicado que se pueda esconder algo que sale de los poros de la piel.

—Ya en serio, Ana. Carmen te necesita, piénsatelo —sugiere Belén.

Con estas palabras y sin esperar que conteste, se va a facturar su maleta. Cuando la mayoría ya está casi terminando, decido despedirme de ellos y adelantarme, porque en cuanto lleguen ellos a la sala de espera todo será un hervidero.

La sala de espera tiene todos los lujos que salen en las películas, un gran bufé, repleto de comida de todo tipo, desde fruta hasta platos hechos, como son unas buenas alubias, platos que en España no se suele desayunar, pero a los extranjeros les encantan.

Necesito descansar un poco la mente, le pido a un camarero un café cargado, un par de tostadas y me coloco en una de las mesas largas, así podremos sentarnos todos.

El equipo no tarda mucho en apoderarse de la mesa, veo platos llenos de comida hasta tal punto, que a muchos de ellos se les cae por los lados. A veces parece que nunca han estado en un bufé, cuando siempre que realizamos un proyecto vemos miles.

—Luego diréis que os duele la barriga, os quejaréis todo el camino —les comento.

—Como tú comprenderás, a caballo regalado no se le mira el diente. Hay que comer hasta reventar, no pedirse un triste café y un poco de comida —contesta Peter.

No sigo el hilo de la conversación porque comienzo a buscar a Carmen. Ella siempre tiene la manía de sentarse lejos de nosotros, donde poder descansar la mente. Está tres mesas adelante, sentada en un sofá, bebiendo alcohol. No le puede sentar bien, no ha comido nada. Pero al final es una manera de intentar sobrellevar el vuelo.

Carmen

La cola de facturación, por pequeña que pueda parecer, a mí me parece la prueba más complicada que tengo que pasar. La espera previa a subirme a un avión es una tortura y, contrario a lo que podría pensar cualquiera, prefiero subirme cuanto antes para también bajarme cuanto antes.

Suena por los auriculares una melodía relajante, he puesto una *playlist* de Ludovico Einaude, pero es irónico que no sienta ningún tipo de paz. Jamás cambiaría mi vida como actriz, pero sí modificaría el hecho de tener que volar tan a menudo. Los trenes también pueden ser una opción, pero siempre tenemos que girar en torno al lujo.

A pesar de estar escuchando música, cuando me están pidiendo los papeles, me giro hacia donde están Belén y Ana, hablan de algo que parece que no quieren que se entere nadie. Ana tiene las facciones de la cara muy duras, lo suele hacer cuando le dices que no a algo. Por un momento, busco ese pequeño espacio de paz que me puede transmitir ella, consigo relajarme recordando su piel, sus labios y sus manos.

Las pastillas siguen sin hacer efecto, así que es el momento de comenzar a beber algo, acelerar el proceso o emborracharme, no me queda de otra. Mis compañeros se sientan en una mesa todos juntos, pero no me apetece ese nivel de ruidos. Elijo un asiento retirado, un pequeño sofá con una mesa pequeña, donde poder apoyar la copa. Faltan dos horas y media para

embarcar.

Llevo un rato bebiendo cuando Ana se planta delante de mí, me tiende un plato con comida. No me da tiempo a preguntar, cuando escucho su voz fría y autoritaria. El alcohol ha comenzado a hacer su efecto en mi cuerpo, así que solo puedo pensar en su voz dándome órdenes, un ligero cosquilleo hace que mi cuerpo queme, esa parte dominante de Ana puede abrasar a la persona más ignífuga. Me pone bastante esa actitud.

—Como no puedo prohibirte beber, tendrás que comer para seguir bebiendo —dice Ana.

No me da tiempo a decirle nada, la noto resentida porque ayer no quise hablar con ella. En su cabeza, aún, debe estar lo que pasó, ¿qué puedo hacer? ¿Voy simplemente hasta Ana para hablar con ella? No quiero hacerlo por dos motivos: el primero, y el más importante, es nuestro *status quo* y, el segundo, es que lo único que me sale ahora mismo son palabras para acabar con todo lo que podamos tener.

Al final, siempre quiero acabar en su cama, aunque aún no haya pasado. El deseo que tengo existe y acaba en una confrontación entre el bien y el mal, entre lo que tengo que hacer y lo que más deseo.

Me gusta saberme de ella, sin poder ser. Me gusta calmar mi sed, aunque conlleve sangre de por medio. Me gusta alimentarme del dolor que me causa separarme de ella. Me gusta ser lo que no soy, todo por ella. Ella es mi reina y, aunque dicte sentencia sobre mí, yo me arrodillaré a sus pies y no pediré piedad.

Las horas pasan con miles de pensamientos en mi cabeza, la bebida ha seguido subiendo y, por lo menos, ya no tengo tanto miedo a montarme en el avión porque ahora tengo que estar pendiente de mantenerme en pie. Pero eso es lo que creo, hasta que tengo que cruzar la pasarela hasta el avión, tengo la misma sensación de siempre, un hueco en el estómago que parece que me va a arrancar las entrañas. La mayoría de las personas idealizan esta pasarela, pero yo la odio con todas mis fuerzas.

Tengo la ligera sensación de que las paredes comienzan a moverse más rápido de lo que yo soy capaz de andar.

—Cariño, no va a pasar nada. Estoy aquí contigo —llega su voz como agua en mayo.

Ana pone una mano sobre mi brazo, con los efectos del alcohol haciendo de las suyas, levanto la cabeza hacia ella, pero lo tengo que hacer despacio para que las cosas no se muevan más rápido.

—¿Te das cuenta de que nos vamos a subir a un aparato con potencia para matarnos a todos?

—Por supuesto que sí, pero qué es la vida sin el riesgo, sin la adrenalina de estos momentos —bromea Ana.

—No me estás tomando en serio—replico.

—Carmen, no deberías haber bebido tanto y lo sabes.

—No me cambies de tema. Podemos morirnos todos —hago puchero, como una niña pequeña.

Ella no insiste, entrelaza los dedos con los míos y camina de la mano junto a mí, sin importar quienes puedan estar presenciando la escena.

Ana

Obligar a comer a Carmen ha sido lo más sensato que he hecho por ella en mucho tiempo, no debería tomarse este trámite de esta manera, pero los miedos son así, están en cualquier lugar y son capaces de arrastrarte a la miseria. Aunque cuando estemos en Portugal hablaré con ella seriamente.

—No te preocupes, Ana, sabes de sobra que siempre que se sube a un avión es igual: se emborracha, se duerme y luego tiene resaca —me habla Belén cuando vuelvo a la mesa.

—Ya que eres tan observadora, no te has dado cuenta de una diferencia, no estoy yo para que no haga ninguna estupidez —se lo digo con preocupación.

—¿Por qué no estás allí si es lo que deseas? —replica Belén.

—Ayer me dejó claro que no quiere hablar, ¿por qué debería estar? —pregunto.

—Deja ese carácter que te precede y piensa en ella, ¿qué pasa cuando lo haces? Sabes que te necesita, Ana —contesta Belén apoyándose en mi hombro con su mano.

—Lo pensaré.

Sonríe y sigue devorando su desayuno. Me tomo el café tranquilamente mientras, desde aquí, puedo observar y controlar a Carmen. Está totalmente ida, no solo por el hecho de que nos tengamos que subir en un avión, también arrastra lo nuestro.

Aunque me duela, necesito dejar el rencor y la soberbia a un lado. En la pasarela de la puerta de embarque me acerco a ella, la ayudo a que se relaje, nadie nos ve, el resto del equipo está delante, nuestras manos están entrelazadas. Su mirada es de pánico, aun así, encuentra las palabras exactas que me dejan parada.

—¿Estarás siempre a mi lado? —pregunta Carmen.

—Sí, Carmen, quiero estar siempre a tu lado —respondo.

¿Estaré siempre a su lado? No lo sé, ¿es lo que quiero? Sí, lo quiero con todas mis fuerzas. Me lo ha preguntado mirándome a los ojos, los tiene cristalinos, está a punto de llorar. Quizás, no sea solo el miedo a volar lo que le acontece, también tiene miedo a mi pérdida. Quizás, no era la mejor manera de declararme sus sentimientos, pero las cosas pasan como deben pasar.

Sonríe un poco Carmen y sigue andando con la poca seguridad que puede tener ahora mismo. Pasamos la puerta del avión, es más grande de lo que me esperaba para ser un vuelo tan corto. Estamos en la zona de *business*, algo que agradezco porque los asientos van de dos en dos, así podré vigilar a Carmen.

—Vamos a hacer una cosa, quiero que te focalices en todo momento en mí, intenta olvidar dónde estás —sugiero.

Carmen solo es capaz de asentir con la cabeza a cada cosa que digo. Llegaríamos en apenas una hora y poco a nuestro destino. Se acomoda en el asiento, justo en el momento en el que una azafata se acerca a nosotras.

—¿Está todo a su gusto? —pregunta una mujer morena.

—Sí, mi amiga tiene un poco de miedo a volar —contesto.

—Cuando hayamos despegado pasaré por aquí, os traeré una bebida relajante —sonríe y se va.

Carmen ha conseguido sonreír, después del mal rato que ha estado pasando. La azafata, antes de comenzar a moverse el avión, vuelve a nosotras para entregarnos una toalla mojada y caliente.

—Ya vamos a despegar. Abrochaos el cinturón, ponte esto en los ojos e intenta descansar un poco. Todo va a ir bien, señora, la meteorología está de nuestra parte. En un rato vuelvo a pasar —sonríe y se va.

—Toma, cariño —le pongo la toalla en los ojos, la ayudo a abrocharse el cinturón y la agarro de la mano.

Por suerte, se duerme antes de despegar, el alcohol ha hecho su trabajo. El despegue ha sido rápido y sin ningún inconveniente, y la azafata no tarda en traernos la bebida, la dejo en mi mesita, esperando que en algún momento Carmen quisiera bebérsela cuando se despierte.

No he conseguido que me devuelva la mano, así que con la que me queda consigo tapparla con una manta, que nos dan de cortesía. Reviso el móvil, me pongo un poco de música y miro por la ventana del avión, la cual me devuelve una imagen de la ciudad, no sé por cuál estamos pasando, pero todo está muy lejos. Con el balanceo del avión, me duermo unos quince minutos.

Cuando abro los ojos, Carmen está despierta, parece que entre el alcohol y las pastillas han conseguido dominar a la bestia.

—Buenos días, bella durmiente —susurra.

—Buenos días, Carmen. No creo que haya dormido demasiado. Ya no tienes voz de borracha —contesto.

—Ahora tengo voz de resaca.

—¿Quieres tomarte algo para el dolor de cabeza? —pregunto.

—No quiero volver a llamar a la azafata para pedirle agua, después de la escena de antes me da vergüenza —hace un pequeño puchero.

—Te aseguro que no ha pasado nada que no hayan vivido mil veces en un avión —contesto mientras le doy al botón de asistencia.

La chica no tarda mucho en traer una botella de agua, se la ofrezco con un analgésico que se toma sin pensarlo dos veces y el vuelo sigue bastante tranquilo.

Carmen

Al despertarme, veo a Ana plácidamente dormida, con el móvil en el pecho y la cabeza ligeramente inclinada hacia mi asiento.

Por un momento, siento envidia de un teléfono porque el aparato descansa en su pecho y yo no, un poco sacado de quicio y de locura extrema, pero quién es capaz de negarme que sería perfecto escuchar su corazón y respiración tranquilos.

No tarda mucho en despertarse y ofrecerme un analgésico que, por supuesto, no rechazo porque tengo un ligero dolor de cabeza. Al lado nuestro, hay una pareja que nada tiene que ver con el rodaje, no sé dónde están mis compañeros y a mí solo me nace una idea.

—Ana, ¿me besarías? —le pregunto.

A pesar de que sé que le da todo el pánico del mundo, intuyo una ligera curvatura de sus labios. Se levanta un poco del asiento y asoma la cabeza buscando a nuestros compañeros.

—¿Puedo pensar que este movimiento es un sí? —indago.

Ana sacude la cabeza de arriba abajo, afirmando ante mi pregunta. No la hago esperar cuando le beso en los labios suavemente, con todo el cariño y amor que ella me ha transmitido antes.

Suspira en mi boca al separarse y yo solo quiero deshacerme ante ella.

—Carmen, para, por favor. No es el momento, ni las formas de seguir. Nos la estamos jugando. ¿Recuerdas que anoche te enfadaste porque hablaron de nosotras? Solo faltaría que le diéramos el suficiente contenido para afirmar los rumores —sonríe de modo chulesco, siempre está disponible para hacer un poco de daño.

—Ayer no estaba capacitada para hablar, además era una tontería tratar de hacerlo cuando las dos sabemos lo que iba a pasar. Solo quería volver a tu cama, Ana.

Tiene cara de soberbia, le encanta saber que me tiene comiendo de su mano.

—Interesante, pero la próxima vez no me dejes como anoche, contéstame, aunque sea

alguna de las preguntas que hice ante tu negativa —exige.

—Pero, como tú acabas de decir, les íbamos a dar material para hablar de nosotras si nos pillaban en la misma habitación —me excuso.

Resopla con impaciencia.

—A veces no te das cuenta de que lo que digan los demás me da igual. Lo único que quiero es que tú estés bien, que estemos bien juntas —contesta Ana.

Se me para el corazón por un momento ante sus palabras, pero no tenemos más tiempo para hablar porque nos piden que nos preparemos para el aterrizaje. No sé si quiero bajarme de este avión, por primera vez en mi vida.

El avión, después de menos de una hora, aterriza. El vuelo ha sido bastante tranquilo, aunque para mí nunca lo sea. Como en todas partes, la mayoría de las personas se levantan antes de que las puertas se abran. Se rompe la privacidad que teníamos Ana y yo.

Capítulo 9

Paracaídas fallido

Ana

Belén se me acerca después de aterrizar, busca tranquilizarme y darme su apoyo.

—¿Todo bien con Carmen? —pregunta.

—Sí, tranquila. Lo ha pasado mal al principio, pero el alcohol y las pastillas al rato le han hecho efecto. Espero que algún día se le pase esa manía.

—Pues menos mal, no sería un buen comienzo de la promoción de la película con Carmen en la portada porque ha montado un espectáculo.

Ríe y comienza a andar fuera del avión. Nunca entenderé por qué tenemos que rodar en Portugal, pudiendo hacerlo en cualquier parte de España, la parte norte nos hubiera proporcionado lo mismo que buscamos aquí. Pero parto de una premisa bastante mala: no quería irme porque estoy a punto de averiguar muchas cosas y quiero cambiar otras tantas de mi vida, que alejarme de mi casa no es algo que me llame la atención.

Rodaje nuevo, vida nueva. Quiero romper con las barreras, se acabaron las excusas en este país para no estar juntas, esa va a ser la premisa de mi vida durante estas dos semanas. La quiero a ella y la quiero ya, el resto de las responsabilidades pueden esperar.

Muchas cosas van a cambiar.

Al bajar del avión, Carmen ha dejado caer los hombros y con ellos el peso del miedo a volar, sus facciones se han relajado y puedo ver cómo anda de camino a la salida del aeropuerto con una actitud totalmente diferente. Nunca he tenido un miedo tan irracional.

No nos esperábamos lo que había a la salida del aeropuerto, unas cuantas fans estaban allí, esperando por nosotras. Todo se filtra con una facilidad increíble.

—Hola, Ana, ¿te molestaría echarte una foto conmigo? —nos pregunta una de las que está allí.

—¡Claro que sí!

La chica es joven y parece encantadora, aunque no me gusta mucho su manera de tener contacto conmigo cuando nos vamos a echar la foto. El acercamiento de las fans es demasiado, da igual en el ambiente que sean.

Carmen pasa por allí, sin intención de acercarse a nosotras, para firmar un autógrafo cuando el comentario de la chica de la foto me hace quedar estupefacta:

—Cuidado, Carmen, que vas a salir en la foto y quiero que solo salga Ana.

Me lo tomo como alguna rareza más de las fans. Tardamos poco en echarnos los selfis mientras nos acercamos a la parada donde nuestro autobús nos va a recoger.

—¿Puedo pensar que ha pasado algo entre vosotras que, por supuesto, no ha sido solo el hecho de ayudarla? —Belén vuelve a la carga.

—¿Qué pacto has hecho con el diablo para saberlo todo sin verlo, Belén? —pregunto.

—Demasiado tiempo trabajando juntas, os conozco como la palma de mi mano. Mi primer trabajo con Carmen fue hace años y contigo solo dos años después —alza los hombros de manera despreocupada.

—No debería saberlo nadie. Todo esto puede traernos muchos problemas —contesto.

—Amarse no es un problema, Ana. Sé que la química que veo es real, no estás actuando, seguramente, puede sentirla todo el mundo. Hay momentos en los que sois capaces de crear una burbuja en la que, independientemente de las personas que haya alrededor, solo estáis vosotras dos. Muchas personas, como yo, sentimos envidia porque queremos tener lo mismo.

—Una cosa, ¿tú no estabas casada? ¿Por qué querías lo mismo?

—Estoy casada como tú. Supongo que no siempre se tiene lo que uno quiere de una persona —contesta Belén.

Se hace el silencio. Siempre se predispone que lo que se ve de cara a la galería es la realidad de los matrimonios y de las relaciones, cuando detrás de eso hay algo que podría acabar con cualquier pareja con grandes cimientos: el desgaste.

—Me sorprende, ¿no estás bien con tu marido? —le pregunto.

—Ni bien ni mal, es un estado perenne de lo mismo. Es ahí donde nace la envidia —sonríe con amargura.

Todos tenemos cara de cansados, el camino se nos va a hacer largo. El resto está hablando con otras personas y tienen la adrenalina de comenzar el proyecto.

—En otro momento, Ana, hablaremos de esto. Pero déjame que te dé un consejo que para mí no tengo, disfruta de algo que, seguramente, jamás se va a repetir: Encontrar a la persona con la que podrías pasar la eternidad —Belén zanja la conversación.

Me estrecha en un abrazo que me traspasa el alma. A pocos metros puedo ver a Carmen y, aunque parece celosa, sonríe con sinceridad y en mi cuerpo, en este momento, solo puede haber una verdadera felicidad.

Hacía mucho tiempo que no estaba envuelta en un proyecto tan importante, nuestro presupuesto es uno de los más elevados que he visto en España, se ha conseguido financiar con

varios consorcios.

No solo eso, también hay que tener en cuenta que tenemos al público de nuestro lado, sin ni siquiera haber comenzado a grabar, y eso nos lleva a tener de nuestra parte a los críticos.

Peter, el director, nos habla de los siguientes pasos a seguir en la ciudad, pero yo no le hago mucho caso, solo puedo sentir la vertiginosa sensación de hacer aquello que llevo queriendo hacer: estar cerca de Carmen. El proyecto puede quedar en segundo plano cuando la persona adecuada se interpone y opaca el objetivo.

Al final, nuestro transporte llega y hacemos lo de siempre, sentarnos juntas. Belén, contra todo pronóstico, se ha convertido en nuestro ángel de la guarda, y la tenemos en el asiento contiguo.

Me acerco a Carmen, respiro su olor, acaricio su muslo despacio. Cuando conecto con su mirada, salen las primeras palabras protectoras hacia ella.

—¿Te duele mucho la cabeza? —pregunto.

—Un poco. Teniendo en cuenta todo lo que he bebido, nada de lo que me tenga que arrepentir. No me ha dado tiempo a trabajar en terapia el hecho de subirme al avión.

Sale de mí una carcajada natural, natural como lo que sentimos nosotras, natural como cualquier cosa de la naturaleza que nace porque es así, y no hay nada malo en su existencia. Fluye, se mueve de tal manera, que consigue crecer a través de aquellas cosas que se lo han prohibido, de manera maravillosa. Es lo que suele pasar cuando la naturaleza crece a través del asfalto, inevitable.

Carmen

Estar en tierra firme es para mí como estar en el cielo, y es contradictorio teniendo en cuenta que en el vuelo estamos entre las nubes.

En el bus me relajo, tengo muchísimo cansancio. Apoyo mi cabeza en el hombro de Ana, nadie debería estar espiándonos y, si lo hace, no es mi problema porque nada me parece un inconveniente después de la tensión del vuelo.

Por suerte, hoy no teníamos programado nada, y tenemos el día libre. La caricia de Ana consigue relajarme, tengo ganas de que repose hoy conmigo.

—Ana, yo hoy voy a descansar, me gustaría que me acompañaras, ¿te apetece? —pregunto.

Agacho un poco la mirada, como una adolescente esperando un “no” por respuesta. Quizás, ella sigue rencorosa, por lo que pasó ayer, Ana llega a ser muy testaruda y no le gusta que le pisen su ego.

—Después de comer, soy toda tuya —contesta.

Ha parado mis pensamientos antes de que siguieran rondando hasta acabar siendo otros negativos. Su tono de voz ha sido susurrante, y juraría que ha querido enfatizar esas últimas tres palabras.

Está sonriendo sensualmente y yo, como un polo en pleno julio, me derribo. Sonrío de lado, solo puedo pensar en su piel, en sus manos tocándome, como lo está haciendo ahora, pero sin pantalones. Siento que comienzo a sonrojarme, distraídamente miro hacia otro lado para no decir aquello que aflora en mi pecho: “quiero que me folles, Ana”.

Belén interrumpe las conversaciones que tienen los demás, ha cogido el micrófono del autobús.

—Atentos todos, vamos a comer en un sitio muy famoso de Oporto. He conseguido una reserva, me ha costado lo mío —dice por los altavoces.

—¡Pero deja que nos duchemos antes! —gritan desde el fondo.

—Me parece bien, pero tenemos que estar allí pronto, así que a la una os quiero en la recepción. Son las 10 de la mañana, en tres horas, mira si tienes tiempo —advierte Belén.

El resto del trayecto todos están teniendo conversaciones varias, yo escucho a Belén y Ana, hablan sobre la relación con la familia del marido de Belén y lo tedioso que es en algunas ocasiones.

—No soporto a mi suegra ni un poco, la verdad, es un tópico, pero es así. Y, para colmo, mi marido no tuvo una mejor idea que tener una hija con otra persona antes de estar conmigo. No sabéis lo que es cargar con una adolescente que no es vuestra, ni con una hija que no es vuestra. Nada recomendable. Sé que suena horrible, pero lo estoy viviendo así —dice Belén.

Es gracioso que diga eso, ella sabe que yo tengo una hija y que puede ser que haya alguien en el planeta tierra que quiera enamorarse de mí. Al final, como en mi caso, los hijos crecen y no son para nada una traba.

—Belén, porque te conozco y sé a lo que te refieres, pero si no fuera así, a mí tus palabras me dejan en una mala posición, tengo una hija y, en algún momento, puedo encontrar a alguien. Mi caso podría ser diferente porque ya tiene una edad, pero los problemas con los hijos los sufres siempre —replico.

—A ver, yo me voy contigo y con tu hija donde queráis, no compares el tocino con la velocidad.

Me río ante el dicho, pero por un momento pienso en lo complicado que es de primeras estar con alguien, si se tiene una hija aún más. Ana parece que lee mis pensamientos y no me deja que vaya a más.

—Belén tiene razón, tu hija es un amor de persona, es independiente y, a pesar de haber comenzado la universidad, no te da ningún tipo de problema. He tenido una agradable conversación con ella en el coche y me consta que es más inteligente que su madre —dice Ana.

—Golpe bajo, Ana. Pero me parece a mí que tienes razón —Belén le sigue la broma.

Tardamos casi una hora para llegar al hotel, este estaba alejado de la ciudad, el hecho de que íbamos a grabar fuera de la localidad nos traía a este lugar. Por suerte, como nos están esperando para hacer el *check-in* en el hotel todo fluye de manera más rápida, porque no es lo mismo una persona haciéndolo que tantas personas. Para sorpresa de todos, en cuanto Ana da su nombre, le ofrecen recoger su equipaje, todos nos miramos, y ella solo sonríe, es la que más cómoda ha viajado con diferencia.

Nuestros compañeros comienzan a irse a su habitación conforme les van dando las llaves. Todos necesitamos un poco de paz y una buena ducha. Yo espero a Ana porque tiene que hacer más papeleo que nosotros, a causa de las maletas. Aún quedan compañeros esperando, ella no tarda mucho en llegar hasta donde estoy yo.

—¿Me esperas porque necesitas que te ayude a ducharte? —susurra para que nadie le escuche.

Tiene el poder para que mi cuerpo reaccione ante sus palabras, se me pone la piel de gallina y suspiro desesperadamente por coger un poco de aire, cuando está cerca de mí se me acelera el corazón y comienzo a necesitar más aire. Me parece fascinante su capacidad de atracción, el poder que tiene sobre mí sin tocarme.

—¿Me ayudarías si te lo pidiera? —le sigo el juego a Ana

Ana

Claro que la ayudaría, no hace falta que me lo pida. Bajaría al mismísimo infierno de Dante si así pudiera ducharme con ella.

—Solo si me lo pides por favor —replico susurrando.

Al decir la frase, a Carmen se le colorean los mofletes de un rojo intenso, se muerde el labio y parece que se contiene un gemido.

Creo que, sin ninguna duda, este va a ser uno de los mejores rodajes en el que he estado, si no muero antes por contenerme.

—Chicas, rápido, que perdemos la reserva —Belén berrea en mitad del *hall*.

Belén, siempre Belén, es capaz de romper el aura que hemos creado en cualquier momento. Nos reímos como un par de tontas y nos dirigimos a nuestras habitaciones sin hablar. La habitación es diferente a la anterior, está equipada con más lujos, la cama es más grande y la nevera está llena de todas las cosas ricas que se pueda imaginar. Tiene un pequeño balcón y en la mesa encuentro una cesta de fruta de cortesía.

Por suerte, la maleta llega en perfecto estado. Me decido por un conjunto de pantalón y blusa color blanco crudo. Algo fresco y cómodo para no arrepentirme cuando lleve un buen rato

fuera. Es magnífico verse con un vestido elegante, pero no es tan comfortable como aparenta. Creo que las personas famosas odiamos un poco los vestidos.

Me he vestido para la ocasión y busco a Carmen por el pasillo. Todos mis compañeros están alegres, muchos con el pelo mojado y la ropa recién puesta. No está por ningún lado, pruebo antes en su habitación. Toco y, aunque al principio parecía que no había nadie, abre la puerta.

Delante de mí, me encuentro una Carmen con cara de sueño, en albornoz y con la toalla enrollada en la cabeza, seguramente con el pelo mojado. Desde que nos habíamos despedido no había pasado más de media hora.

—¿Todavía no has terminado, Carmen? —sonrío y miro a mí alrededor, no hay nadie cerca para escucharme.

Su ceja baila y se levanta en un par de ocasiones, quizás por mi forma de hablar, arrastrando las palabras.

—Me quedé dormida al sentarme en la cama, ahora mismo termino. Ve yendo y calma los nervios de la loca de Belén.

Observo una gota que resbala desde su cuello hasta perderse en el escote. Sabe dónde estoy mirando, me arde el cuerpo.

Va a ser complicado volver a grabar como si no pasara nada. Por suerte, cuando estamos fuera del rodaje no hay nadie que pueda parar la escena, todo puede seguir en el estado natural del tiempo. Luego lo añaden a la escena como un extra.

—Te espero abajo —respondo después de un segundo, un minuto o una hora mirándola.

—Quizás, podríamos quedar tú y yo esta noche —dice.

—Quizás, Carmen.

¿Puedo decirle no a la tentación? No puedes evitar que te den de beber cuando tienes sed.

Giro sobre mí, encauzo el rumbo hacia el ascensor para bajar al *hall* del hotel. En el interior, soy consciente que he estado sudando mientras miraba a Carmen porque el aire acondicionado del ascensor hace que mi piel se enfríe rápidamente.

La cafetería es grande, hay un piano de cola en medio de la estancia, un escenario y unas cincuenta mesas, casi todas repletas de gente, en su mayoría de personas que están en el rodaje. Hay algunas que son capaces de estar listas muy rápido.

Belén está de aquí para allá, corriendo e intentando organizarlo todo. Mis compañeros se ríen y disfrutan de lo que están tomando. Con ese ambiente de fondo, me acerco a la barra y pido una copa de vino para amenizar la espera.

—¡Ana! —grita Belén, me doy la vuelta—. Espero que Carmen no llegue tarde por tu culpa.

—Ojalá, pero, por desgracia, no es por mí. Cuando venía aquí, he pasado por su habitación, me la he encontrado en Albornoz, se había quedado dormida después de ducharse.

—Vaya panda de sinvergüenzas, no tenéis ningún respeto por mi organización. Llevo esperando por este restaurante muchos años y venís vosotros a joder la marrana —berrea Belén.

Es muy graciosa cuando se altera, lo he podido comprobar en varios sets de rodaje. Se le encienden las mejillas y el entrecejo, mientras exclama palabrotas. Si se viera desde fuera, no le gustaría tanto.

—No te preocupes, aún hay tiempo, ¿qué te parece si te invito a un vino mientras esperamos? —pregunto

—Como tenga que beber todo a lo que me queréis invitar, llego borracha al restaurante.

Reímos. Me acerco de nuevo a la barra y le pido una copa, pasa un poco de tiempo cuando entiendo que es el momento de darles luz verde para que se vayan y yo espero a Carmen tranquilamente, con la segunda copa de vino en la barra. Leo distraída las noticias en el teléfono hasta que siento que su olor inunda la estancia.

Es capaz de inundarlo todo, es un pozo sin fondo.

—¿Se ha ido todo el mundo? —sonríe.

Me levanto y me acerco a ella, recojo el pelo detrás de su oreja y me pego más a ella para poder sentirla. Solo quiero eso. Cada vez estoy más segura que no puedo decir que no a dejarme llevar con ella.

—Sí, solo te he esperado yo. Belén no estaba muy contenta con el hecho de que te hubieras dormido.

—Menos mal que me has querido esperar, gracias, Ana.

La tomo del brazo, como si de dos amigas nos tratáramos, acaricio suavemente la piel expuesta.

—Nos está esperando un coche, así que salgamos cuanto antes hacia el restaurante o nos quedaremos sin comida —contesto.

Me mira, solo me mira por un momento con una cara que no consigo reconocer, me sorprende que esté tan serena, en algunas ocasiones maldigo el hecho de que seamos actrices porque conseguimos disimularlo todo demasiado bien.

Carmen

Al llegar a recepción solo estaba Ana esperándome. Me ha contado la escena que ha montado Belén y cómo quería subir a mi habitación para sacarme de los pelos.

Ana se ha cambiado de ropa, es preciosa y su mero contacto hace que tire la toalla en el intento de poner cualquier barrera entre nosotras. Agradezco que sea de esas personas que consiguen que los silencios sean cómodos, que el espacio sea respetado y donde los pensamientos se puedan escuchar. En todo momento, de camino al restaurante, Ana tiene contacto conmigo, me acaricia y no deja que me separe de ella en ningún momento.

En el restaurante destaca la mesa en la que estamos por encima de cualquiera, no solo porque es la más numerosa, también porque es la más ruidosa de todas. Nuestros compañeros comienzan a aplaudirme por haber llegado por fin.

—¡Carmen, te tengo muchísimo cariño, pero ya te vale! —exclama Belén por encima del ruido.

—No seas exagerada, todavía no ha dado tiempo a que os sirvan la comida y, para colmo, os han valido para poneros a tono, ¿o no es así? —me defiende.

—Bueno, pero podríamos haber comenzado a comer sin ti. Tenemos hambre —comenta otro compañero. Levanto los brazos en son de paz.

A los pocos minutos, aparte de nuestra bebida, comienzan a traer la comida y todo fluye entre todos, la mayoría están hablando de manera fuerte, la comida es una maravilla. Pero, como siempre que tengo a Ana a mi lado, solo puedo concentrarme en ella, en sus movimientos, mi manía de querer guardar en mi memoria cada gesto. Su mano comienza a acariciarme por debajo de la mesa. Doy un respingo ante su gesto y me pongo alerta.

—¿Estás bien, Carmen? —pregunta Ana con ironía.

Me sorprende, me parece surrealista y me pone cachonda lo que está haciendo. Su cara está bañada por una sonrisa irónica, sigue su trayectoria, su viaje al inframundo. No sé qué decir exactamente, no sé cómo contestar a una pregunta que me dejaría en evidencia delante de todo el mundo.

—Sí, estoy bien. Me da la sensación de que hace mucho calor aquí —respondo.

Aunque muchas de mis compañeras rebaten mi respuesta, yo no puedo escuchar nada que no sea mi corazón bombeando, demasiado fuerte ante la perspectiva de la caída, ante la perspectiva de su tacto, de su caricia descarada. En todo momento lo tengo claro, estoy dentro de su emboscada, la cual me lleva a quedar atrapada en el enjambre de sentimientos que tengo por ella.

Igual que ha comenzado, acaba. Y, aunque hubiera querido que fuera diferente, la adrenalina ha entrado en mi cuerpo a una velocidad alucinante. Ella, por desgracia, sabe que soy capaz de perder la razón en cualquier momento, en cualquier parte, por ella.

Los platos se siguen sirviendo, uno detrás de otro, todos tenemos la misma sensación: la comida está fabulosa. El ambiente no es tenso, me obligo a controlar un poco mi respiración, que sigue sin calmarse porque Ana está a mi lado. Relajo los hombros y cojo la copa que tengo cerca de mi mano derecha, el vino tinto es una maravilla. Después de los entrantes, llegan los platos

principales.

—Está todo maravilloso, Belén. Ha sido un gran acierto este lugar —dice Ana.

Su voz hace que me estremezca. Ahora mismo soy un adolescente con su *crush* al lado, todos mis sentidos piden una cosa: que me toque ella. Nunca había pensado que a mi edad me hubiera pasado esto.

—Ya os lo dije. Menos mal que de vez en cuando me hacéis un poco de caso —responde Belén.

Y, casi sin conversación de mi parte, sigo observando cada cosa que hace Ana, cada cosa que me rodea y me hipnotiza. Lo que resta de velada me paso el tiempo mirándola con disimulo, disfrutando de las conversaciones que hay a mi alrededor.

Ella sabe, mejor que los demás, que estoy observándola, intentando que sea parte de mi caza, pero la realidad es que es ella la cazadora.

Carmen

Acariciar a Carmen, de manera deliberada, ha sido maravilloso. De primeras he pensado que, quizás, le haya podido molestar, pero la realidad es que después de ese suceso se dedica a observarme desde su posición.

Me gusta llevarla hasta sus límites, que dude de si las barreras que hay entre nosotras deberían o no estar. Dejarse llevar suena demasiado bien y es el momento de poder hacerlo sin ningún impedimento.

Suena una notificación en mi teléfono. Es algo que llevaba esperando muchísimo tiempo, quiero saber si mis sospechas son o no reales. Mi marido es una persona que siempre ha sido misteriosa, pero lo que quiero descubrir me puede ayudar.

—Necesito un momento. Ahora mismo vuelvo, seguid sin mí —me excuso, me levanto de la mesa y salgo a la terraza.

El email es de una persona que contraté hace unos cuantos meses. Lo hice porque hay algo de lo que sospecho desde que comenzamos a estar juntos mi marido y yo, pero que no había querido investigar, seguramente, por mi propio miedo a quedarme sola. El paso del tiempo ha empeorado mis sospechas, él cada vez está más taciturno y serio, hace cosas que antes no hacía con tanta frecuencia.

Al abrir los archivos, encuentro varias cosas, desde fotos hasta documentos de la empresa. Estos son claros, hace años que no está bien, me gustaría saber de qué manera ha estado manteniéndola. Y las fotos son claras: es mi marido con otro hombre, en varios lugares, besándose.

Seguramente siempre ha estado con otros hombres, yo no he querido saber la verdad porque

está en juego mi proyecto de empresa con él y un divorcio nos hubiera llevado a problemas legales con el negocio, y, por otro lado, la rutina es así. Ya sé que no le voy a pedir en el divorcio: la mitad de la compañía, pero si está tan en números rojos como me estoy dando cuenta, se la regalo.

No lo pienso mucho, el mismo email que me ha llegado se lo reenvío. Le escribo para decirle que ya hablaremos, pero que ya lo sé todo. Es la liberación que he estado buscando todo este tiempo, no soy yo la que va a destrozar nada.

Soy una persona que, ahora mismo, tiene pecados que ocultar. El placer me ha embriagado y yo no lo he querido remediar, así que esta noticia es bastante buena, aunque conlleve un mal trago.

—¿Estás bien, Ana? —una compañera que ha salido a fumar me pregunta.

Supongo que no es normal que yo esté aquí fuera cuando no fumo como otras muchas personas del rodaje.

—Estoy genial. Necesitaba un poco de aire fresco y moverme para seguir comiendo —contesto.

La realidad es que, a lo mejor, todo estaba bien porque nada importaba. El futuro estaba entre mis manos y, por primera vez, no se me escapaba.

—Vamos adentro, Ana, que ya sabes cómo es esta gente, si te descuidas te dejan sin nada de comida, no piensan en nadie —dice.

Nos da la risa, sobre todo cuando llegamos a la mesa y podemos ver que los únicos platos que quedan son los nuestros. Han tenido la decencia de no tocarlos. Carmen nos mira con cara de interrogación ante nuestras risas.

—Nos reíamos porque sabíamos que os habíais comido todo y estábamos en lo cierto —susurro a Carmen para liberarle la duda.

—Aparte de eso, ¿todo bien? —muevo lentamente la cabeza para afirmar.

La comida avanza más rápido de lo que pensaba, se va notando el cansancio de mis compañeros, pero mi caso no era ese. Tengo un plan y quiero cumplirlo, quiero pasar la tarde con Carmen.

Hay muchísimo ruido a nuestro alrededor, aprovecho mi oportunidad para susurrarle a Carmen, con una idea en la cabeza.

—¿Quieres pasar el resto del día conmigo? —pregunto.

Carmen suspira y asiente. A mí ya no me quedan más ganas de estar en este restaurante, así que me escabullo de todo el mundo. Salgo a la calle para que me dé el aire y para consumir mi plan lo más rápido posible. Ando por los senderos hasta llegar a una pequeña cafetería, con

colores agradables y con más de la mitad de las mesas llenas. Me ha gustado tanto el ambiente, que solo falta que ella ocupe el mismo espacio y el cielo estará aquí.

Tecleo lo más rápido que puedo a Carmen, le envío la ubicación. No tardo mucho en verla entrar por la puerta, los movimientos de sus piernas bailan hasta donde yo estoy y, aunque parece que tiene mala cara, sonrío.

—Estás completamente loca, Ana. Nos hemos escabullido de todos —afirma Carmen.

—Sí, por ti, querida —sonrío.

Las mejillas de Carmen se sonrojan, no quiero volver a lo de antes sin haber probado el pecado hasta saciarme. Este lugar me aporta lo que quiero: no ser observadas por personas que nos conozcan.

Es el momento de comenzar una tarde con matices. Voy a tirarme al vacío sin paracaídas, no lo necesito porque sé que la realidad me dirá si hay posibilidad de supervivencia y si no, que la historia hable de esa caída.

Capítulo 10

Paréntesis en llamas

Carmen

Ana siempre decide cuando es el mejor momento para torturarme, este ha sido el día elegido. Me ha reconocido que está loca por mí y, espero, por nadie más. Es un hecho que me parece fascinante, por mucho que yo siempre haya tenido al hombre que he querido, jamás he tenido tan cerca la tentación del demonio hecha en persona. ¿Por qué es la tentación del demonio? Porque es la manzana que no debo morder.

Es la tentación suprema, nadie dudaría en el infierno por darle un pequeño mordisco de la manzana, de ella. Lleva puesto un pantalón de mezclilla y una blusa que deja, a través de las telas y la imaginación, ver su cuerpo.

Mientras se mueve para sentarse, la miro andar, incluso algo tan mundano como moverse hace que se me acelere el corazón.

En este momento voy a actuar como ella lo hace. Desconecto la parte racional del cerebro, obvio su estado de casada, obvio la dicotomía entre el bien y el mal de coquetear con una mujer casada. Por unas cuantas horas, voy a separarme de la realidad, adentrarnos en nuestro mundo y que todo sea relativamente prohibido.

Recuerdo cómo ha estado jugando conmigo durante la comida, las caricias debajo de la mesa, delante de todo el mundo. Y ahora es cuando yo voy a dar el siguiente paso.

—¿Te apetece que nos tomemos un café? —Ana interrumpe mis pensamientos.

—Me parece lo correcto.

Antes de comenzar a jugar, necesito serenarme porque no sé si soy capaz de articular más palabras. Delante de mí, está la manzana que el diablo ha dejado en el mundo terrenal, está haciendo todo lo posible para provocarme. No solo utiliza el don de la palabra, si no que utiliza su mirada para dominar mis movimientos.

Con sus labios habla, pero son sus gestos y sus miradas las que provocan que las personas que estén cerca caigan y ardan espontáneamente ante sus provocaciones.

Me empapo del juego de Ana, me seduce como lo hace el postre, así que sin ninguna alternativa que quiera coger, entro al terreno.

Me levanto de la mesa.

—Voy a pagar la cuenta e ir al baño.

Le hago una invitación silenciosa al acompañamiento. No tardo en pagar la cuenta, al llegar al baño me doy cuenta que es el habitáculo perfecto para poder seguir el juego, en un primer espacio me encuentro con una hilera de lavamanos, con un espejo de una dimensión que va de pared a pared. El segundo espacio tiene dos cubículos, con todo cerrado.

Hago tiempo, e incluso me desespero porque pienso que no va a venir Ana, me lavo las manos y miro mi reflejo, lo que veo me gusta, soy capaz de comerme el mundo y hacer que Ana, que es la persona que me hace comer de su mano, también pueda comer de la mía.

Estoy secándome las manos cuando puedo escuchar el ruido de una persona entrando, levanto la mirada y me encuentro con sus ojos: está excitada y yo con ella. Sonrío de medio lado, mientras me desabotono el primer botón de la camisa que llevo.

No sé si quiero esperar demasiado, quiero que se abra en el fuego del deseo, como lo estoy haciendo yo.

—Te has hecho de rogar, querida Ana, y no me gusta que me hagan esperar. Creo que lo único que te mereces es un buen castigo —siseo.

Ana está en mitad de la estancia, ando alrededor de ella como si fuera mi presa, una que está a punto de caer y morir. Cruza los brazos, intentando restarle importancia al asunto, pero su respiración contradice a su actitud, está en mis manos. La situación le parece excitante, pero la sobrepasa saber que no tiene el control, lo noto en su forma de mirarme.

Sé que puedo perder esta batalla, y con ella la guerra del domino. Mis manos son más rápidas que las de Ana, saben lo que tienen que hacer antes de que ella tome el control.

Con un movimiento brusco, empujo a Ana por sus caderas, moviéndonos a las dos hasta la pared, metiéndome entre sus piernas. El movimiento ha hecho que nuestros cuerpos se peguen de tal manera, con tanta fuerza, que a Ana se le escapa un fuerte gemido que consigue que se me paralice todo el cuerpo del placer.

¿Tiene sentido intentar buscar un significado a lo que sentimos? ¿Tiene sentido buscar una manera de explicar lo que siento ahora mismo? A veces los sentimientos corren por nuestro cuerpo como la sangre, bombea nuestra vida y hace que todo tenga sentido.

Ana es más alta que yo por unos centímetros, lo suficiente para tener más cerca su cuello. Deslizo mi lengua por él hasta acercarme a su oído y susurrarle.

—Ahora mismo, Ana, quiero que me digas que estás en mis manos, que eres mía.

A través de una gran bocanada de aire, se le escapa un gemido. En medio del baño, me vuelvo a deshacer, sin miramientos, sin miedo, sin pudor. En su mirada puedo deducir adrenalina, placer y desesperación.

—Carmen, cualquiera puede entrar y pillarnos —habla entrecortada Ana.

—Ahora mismo lo único que quiero es escucharte.

Abro su pantalón con descaro, meto una de mis manos entre su pantalón y sus bragas. Hago de mi mano derecha la ejecutora de este delirio, busco por encima de sus bragas el agarre suficiente para no perder los nervios antes de tiempo.

—Quiero castigarte por lo que has hecho en el restaurante. No debería preguntarte, pero lo haré por el cariño que te tengo —muevo mi mano por encima de sus bragas, siento su escalofrío como si fuera el mío—. ¿Quieres que me detenga, cariño? Depende de la respuesta, esta puede ser la última vez que me apiade de ti.

—Para, Carmen.

Dice entrecortadamente, sin decir nada más, hago aquello que quiero, saco la mano de su entrepierna. Cierro el botón de su pantalón.

—¡Joder, Carmen! Haz lo que quieras, haz conmigo lo que quieras. Soy tuya.

Es capaz de bajar al mundo terrenal y reclamar por mí. Lo único que soy capaz de sentir en este momento es la adrenalina y el placer de saber que ella está en mis manos. Vuelvo a poner mis manos en la posición anterior. Mis movimientos hacen que Ana vuelva a gemir tan fuerte que tengo que callarla besando sus labios, chocando con brusquedad.

—Carmen, haz algo ya, deja de dar rodeos, no puedo más con la espera —se desespera Ana.

En ese mismo instante, hago lo que me pide. Introduzco los dedos al mismo tiempo que le muerdo fuerte justo donde está la clavícula. La torturo haciéndolo de una manera pausada.

—No me puedes pedir que vaya más rápido. Quiero saborear este momento. Quiero llevarte en un viaje, como si estuvieras en una montaña rusa. Para tener una caída, debes subir de manera suave, lenta y tortuosamente —susurro mientras mis dedos tienen un suave movimiento.

No consigue decirme nada, no puede. Tiene la frente perlada de sudor, su respiración es sigilosa y moderada. Sigo el vaivén de mis dedos con mi cuerpo, estamos así, no sé cuánto tiempo, hasta que comienzo a escuchar voces fuera. No pienso dejar que esto acabe, así que con toda la fuerza que tengo, tiro de ella y me la llevo conmigo a un cubículo, donde cierro la puerta de manera brusca.

—No vamos a parar, cariño —subo su blusa hasta su boca—. Muerde la blusa e intenta no hacer ruido.

Me mira con los ojos muy abiertos.

—Carmen, no me puedes pedir que no haga ruido —habla, silenciado por la blusa enrollada.

No dejo que lo piense demasiado, me arrodillo ante ella y la miro, busco desesperadamente la caída, su caída. La subida ha durado muchísimo y su cara es de desesperación, desesperación porque parece que no quiere seguir por las personas que están afuera. Parece que suplica, pero está muy cerca cuando acerco mi boca, aprieta mucho con los dientes, le suda todo el cuerpo y

agarra de manera desesperada mi pelo.

Levanta una de sus piernas, la apoya en mi hombro y se mueve, busca desesperadamente la liberación. La mano que tengo libre busca mi propia caída. Su excitación es extraordinaria. No tarda más que unos segundos. Se retuerce en el sitio, se la nota desesperada por no poder expresar lo que tiene. Las voces siguen fuera, no se están enterando de nada porque siguen hablando normal.

Me levanto lentamente, coloco sus bragas en su sitio, suelto de la boca la blusa. La saboreo en mis labios y meto una de mis manos entre mis bragas, mirándola descaradamente, siento que en este momento podría morirme y, sin pensarlo, no tendría ningún inconveniente.

Con la respiración entrecortada, saca mi mano de los pantalones, introduce mis dedos en su boca.

—No vas a tocarte, querida. Esta me la tienes que pagar y vas a comenzar por no poder tocarte.

No podría describir el placer, no podría salir de aquí sin caerme. No soy capaz de sentir las piernas, ni mandar órdenes a mis músculos para que puedan generar el movimiento suficiente.

Ana

Cuando salimos aún no soy capaz de controlar mi cuerpo del todo, está dentro de la dulce muerte después de un orgasmo. Me tiemblan las manos, al salir a la calle, siento que mis mejillas están ardiendo en contraposición con el clima húmedo y fresco.

—¿Te has vuelto loca, Carmen? —pregunto.

Me observa con una sonrisa traviesa a pesar de que estoy mirándola con rabia. Siento rabia, pero sigo cachonda, por una parte, nos ha expuesto de una manera innecesaria, pero, por otro lado, mis manos solo quieren tocarla, llevarla al mismo punto donde ella me ha llevado. Hacía tiempo que no sentía esta adrenalina, los años pasan y se nos olvidan estas cosas.

¿Es el riesgo parte de la necesidad? ¿Es la necesidad la que deja que el riesgo no sea nada más que una palabra sin significado? ¿Son la necesidad y el riesgo parte de todo humano? Preguntas que me llevan a una única solución, estar en manos de la necesidad y el riesgo me lleva a un placer indescriptible.

—Tú misma lo has dicho antes, Ana. Tú estás loca por mí. Yo también estoy loca por ti —dice.

Se acerca de nuevo a mí, escucho los latidos de mi corazón, lo hace más rápido de lo que quisiera. Sin pensarlo, sonrío, a pesar de tener ganas de matarla allí mismo y pagarle con la misma moneda. Pero estamos en la calle, debemos mantener la compostura. Respiro suavemente, relajo la postura y me pongo seria.

—Carmen, ya estamos en la calle, compórtate.

—Oblígame —replica.

—¿Por qué este cambio tan radical? —pregunto.

—Puede ser que ahora sí crea en la suerte. Has llegado como la suerte líquida, de manera imprevista —sonríe y se pega a mí como no lo había hecho con anterioridad.

Rio a carcajadas, sé que su euforia se basa en lo que ha pasado antes y ese tipo de euforia se contagia y, sobre todo, si tenemos en cuenta que lo que ha pasado es compartido.

No le había contado sobre el descubrimiento de mi marido. Saco el teléfono y le enseño las fotos que me ha enviado la persona que contraté. Quiero que sepa, sobre todo, que tengo valores, por mucho que yo esté haciendo esto, lo hago porque ya no tengo motivos para seguir agarrando las riendas del caballo de mis sentimientos.

Abre y cierra la boca, boqueando como un pez, sin saber bien qué decir.

—Ya estoy más suelta por dos razones, la más obvia es que eres irresistible, Carmen, y hubiera sido complicado decirte que no, pero la razón más obvia es que ya estoy soltera —sigo andando mientras hablo—. Espero que ya no tengas excusas para lo que está pasando.

—Ya no tengo ninguna barrera de por medio, ¿quieres que esto salga a la prensa? —pregunta Carmen.

—Tenemos que terminar la película y hablar con nuestras familias de manera correcta. Además, querría estar divorciada de manera civilizada antes de que salga cualquier barbaridad sobre mí y mi vida privada en la prensa —respondo.

—Me parece correcto. La realidad es que, aunque parezca que no, a mi hija no creo que le tenga que contar nada.

Por un momento puedo sentir que Carmen está triste, y me parece lo más normal, al fin y al cabo, estamos ocultando una parte de nuestra vida y eso es algo que no nos gusta hacer. Por otro lado, nunca se sabe hasta qué punto esto le puede afectar a nuestra familia, no es tan fácil hacer lo que uno quiere, por mucho que nuestros hijos sean mayores.

—No te equivocas. Intuyo que lo sabe por las preguntas que me hizo en el coche, sabe que la química que hay entre nosotras no es solo ficticia —contesto.

Caminamos en silencio hasta el hotel, agradezco que esté cerca y podamos volver dando un paseo. Quizás, en mis pensamientos, me inquieta que nos podamos separar por nuestros respectivos compromisos, pero no se da por perdido nada, si no se lucha. Las primeras barreras que tenemos que romper son las de nuestras personalidades distintas.

El hotel se aparece ante nosotras y no tardamos mucho en recorrer la entrada, pasando por el ascensor, llegando hasta nuestras habitaciones. Hay el ruido típico de un hotel, risas enlatadas

en una televisión, personas que van andando por los pasillos y bastante silencio.

Al llegar a la altura de la habitación de Carmen, apoyo cada brazo en la pared, atrapándola entre mi cuerpo.

—Sigo queriendo que esto no salga a luz todavía. Necesito que abras la puerta de tu habitación ya, antes de que te arranque la blusa aquí, en mitad del pasillo —susurro acercándome a ella, dispuesta a atacar.

Ahora es cuando entiendo el placer que ha sentido Carmen. Provocarme, tener el poder es una satisfacción que está por encima de cualquier cosa mundana. Por suerte, no tarda mucho en abrir la puerta, no me fijo demasiado en la habitación que me rodea, mi atención está puesta en ella y en sus pasos. Me acerco a ella, presa de mí, haciendo que retroceda hasta tocar con su espalda la pared.

No puedo llegar a saber con exactitud cuál es mi expresión, pero siento lo que provoca en Carmen. Mis manos son más rápidas que cualquier movimiento que pudiera hacer ella, cumplo con lo que había dicho con anterioridad, arranco su blusa, rompiendo más de la mitad de los botones. Carmen gime ante la sorpresa de haber cumplido con mi palabra. Su expresión recorre los rangos entre molesta y excitada.

—Me vas a comprar una blusa nueva —consigue decir.

—Quizás, después de lo que voy a hacer, te das por pagada —contesto.

Provocarnos hace que me encienda más. Cuelo mis manos a través de la blusa rota, acaricio suavemente su piel. Qué delicia. Acerco mi boca a la zona de su cuello, dejando un pequeño rastro de mi lengua, casi imperceptible. Su piel comienza a ponerse de gallina y, yo, que soy bastante ególatra, me nace una sonrisa lasciva ante el poder que tengo sobre ella.

Está en mis manos, no quiero que este hecho cambie. Quiero mantener este ritmo de placer hasta que se derrame de nuestras manos y llene todo lo que somos.

Con mi pierna izquierda, hago que abra las suyas, colándome entre ellas. Solo alcanzo a oír a Carmen gemir, el resto es ruido intrascendente, pero rezo porque estas habitaciones estén insonorizadas y que nuestros compañeros no nos escuchen.

Cuando muerdo la clavícula de Carmen, el pensamiento se esfuma porque chilla, no hay vuelta atrás.

Le quito lo que queda de la blusa y me despido de cualquier parte de cordura que me pudiera quedar. Más tarde, pensaré en el hecho de que una mujer más joven que yo se haya fijado en mí, pero mi prioridad ahora es devolverle, aunque sea, un poco del placer que ella me ha generado.

Mis manos viajan por su espalda, utilizando las uñas, provocando que su respiración cada vez sea más agitada. Y, aunque, estoy jugando con ella, intentando no besarla por mucho que me acerque a sus labios, tengo la imperiosa necesidad de probar, de nuevo, el néctar de sus labios.

Chocamos, nuestras bocas danzan de manera brusca en un viaje interminable y yo, sin poder evitarlo, me pierdo en cómo se siente el placer en ella.

Carmen intenta tomar parte en la partida, no le da tiempo, paro sus movimientos con mis manos, poniendo las suyas contra la pared. Corto el paso.

—Ahora vas a estar muy quieta. No vuelvas a intentar nada o no tendré piedad —digo mirándola a los ojos.

Mi voz puede controlarla, un pequeño gemido se les escapa cuando hablo. Su piel está ardiendo a mi paso, noto su desesperación y la mía crece. Es como un volcán a punto de entrar en erupción.

Me deshago de su sujetador y me lanzo a uno de sus pezones, sin soltar sus manos, el control es mío. Mi boca se recrea con uno de sus pezones, ella se olvida que está cerca de la puerta, le cuesta respirar de manera normal desde hace rato y sus gemidos se han salido de control.

Aprieto con mi pierna, haciendo que Carmen se balancee, teniendo el mejor de los resultados: un gemido gutural, casi animal. Un escalofrío recorre mi cuerpo, sé que este es mi destino, ella es mi camino, es mi principio y mi final, soy la desembocadura de su río.

Me deshago de sus pantalones, liberando sus manos, dejando que tome la decisión correcta, solo tiene puestas las bragas, por poco tiempo. Le doy la vuelta y apoyo su cara en el cristal, juntando su culo con mis caderas, siento que le gusta que sea ruda con ella. Quiere que tenga ese control y yo solo puedo deslizar mis manos lentamente por sus piernas, haciéndola temblar, está muy cerca de suplicarme y yo pienso esperar a que lo haga.

Beso su espalda, metiendo suavemente mi mano entre sus piernas, espera que la toque, que hunda mis dedos, que la tome así y ahora.

—Ana, tócame.

—¿Cómo se piden las cosas? —digo mientras arrastro mis dedos por sus labios.

—Por favor —susurra.

Introduzco uno de mis dedos y me deshago con ella. Sigo el ritmo que ella está marcando, parando justo antes de que se fuera a correr. Le doy la vuelta y me arrodillo. Tiene la cabeza echada hacia atrás, el pelo alborotado y su respiración es un gemido. La imagen es maravillosa.

No me hago de rogar, quiero demostrarle lo que me hace sentir. No dura lo suficiente para mí, cae rápidamente en el vaso repleto de placer. Me recreo mirándola, guardando en mi memoria cada gesto que hace, cada gemido, esto ha sido en la realidad y ha superado, con creces, la ficción.

Sigo arrodillada, sujetándola, no se puede mantener en pie por mucho más tiempo. Tardo unos pocos segundos en arrastrarla hasta la cama, se tumba y yo me desvisto, junto a mi cuerpo

al de ella y escucho cómo va relajándose.

Todo a nuestro alrededor comienza a ser difuso, nuestras respiraciones son suaves y el cansancio de tantas cosas y sentimientos encontrados hace que caigamos en un sueño profundo, abrazadas.

Capítulo 11

Ley de la gravedad

Carmen

Escucho a lo lejos como suena el teléfono de la habitación, me hace sobresaltarme, no sé qué hora es y estoy desorientada porque no sé cuándo me quedé dormida. Siento una mano en mi barriga y una larga cabellera se extiende por mi cuerpo. Ana respira tranquila hasta el tercer tono del teléfono cuando resopla, arruga el entrecejo con enfado.

—Seguramente sea el sistema de despertador programado por la productora, no confían en nosotros y hacen bien —le digo.

Cojo el teléfono y estoy en lo cierto, son las seis de la mañana, comenzamos a grabar. Acaricio la espalda desnuda de Ana y veo por primera vez cómo despierta, se hace la remolona a la hora de levantarse de la cama, hasta que cae en una pequeña cosa, o gran cosa, según cómo se mire.

—Tengo que irme, Carmen. No me pueden ver salir de tu habitación y, también, tengo que ducharme antes de bajar a desayunar.

Me da un beso en la punta de la nariz, se levanta de la cama para recoger su ropa y ponérsela lo más rápido posible. No quiero que salga de esta habitación, pero es lo que debemos hacer. Sale rápido con una sonrisa radiante de despedida.

Sin pensarlo, me levanto de la cama y salgo disparada para la ducha, no me gusta llegar tarde, esto es trabajo y es importante hacerlo de manera correcta, aunque he estado haciendo cosas indecentes durante el rodaje. Muchas parejas y no tan parejas se dedican a hacer lo mismo en los rodajes, la lluvia de cuernos es un festival.

Vuelve a sonar el teléfono de la habitación mientras estoy secándome el pelo, nos avisan que el desayuno está listo en diez minutos.

Salgo de la habitación con la sensación de que el cuerpo no me pesa, feliz, me encuentro con unas compañeras en la puerta del ascensor y, sin dudarlo, ellas tienen peor cara que yo. Tal vez ellas no hayan dormido bien, o no hayan tenido una noche tan buena como la mía.

—Buenos días, chicas, ¿cómo habéis dormido? —pregunto.

Una intenta hablar, pero comienza a bostezar.

—Buenos días, no he conseguido descansar mucho. En los hoteles tienen miles de almohadas, pero todas son pequeñas, hay que amontonarlas, se mueven por la noche, las pierdes y es una catástrofe, la verdad —refunfuña.

La conversación sigue por esa línea. En una parte del comedor, observamos que está listo para el equipo del rodaje. Ana está con Belén preparándose un café. Están sonriendo, felices, y yo, inconscientemente, sonrío con ellas, a pesar de no saber de lo que están hablando, me gusta verlos felices.

Me dirijo a la zona del café, me sirvo uno con leche antes de sentarme en la mesa, espero que esté rico, y si no es así, por lo menos que esté pasable. Me siento entre dos compañeros y enfrente de Ana. Está radiante recién duchada, tiene las mejillas coloreadas y una sonrisa de pura tranquilidad. Tiene una belleza que fascina e hipnotiza, no puedo dejar de repetirme que es una diosa. Ahora entiendo cómo hay tantas mujeres jóvenes obsesionadas con ella. Ser actriz conlleva ser *crush* de muchas personas.

Estoy bebiendo tranquilamente café hasta que uno de mis compañeros habla y, de manera fortuita, el café se me atraganta de la impresión.

—¿Alguien escuchó lo bien que se lo estaba pasando una chica anoche? —pregunta pícaro.

Todos ríen, asienten y yo, sin que nadie pueda notarlo, sigo bebiendo café y miro por encima de la taza a Ana buscando un poco de complicidad.

—No sé por qué, llámame tonta, pero noto un poco de envidia por este sector —contesto—. ¿Me equivoco?

—¿Tú qué crees? Yo solo en mi habitación, lejos de mi chica, haciendo una triste videollamada, mientras las personas en este hotel están de vacaciones y disfrutando.

Sonríen, aunque se alarga la conversación, llega un momento que deja de ser interesante para todos. Los ojos de Belén siguen clavados en mí y sospecha más que los demás, aunque eso tampoco es algo que me sorprenda porque ella sabe que fuimos nosotras.

Al cabo de un rato, tenemos que ponernos en marcha, Belén aprovecha para acercarse a mí y hablar en susurros.

—He visto esta mañana salir a Ana de tu habitación. Ahora entiendo el buen cutis y la cara de descansada que tenéis las dos.

Le pego un codazo en las costillas para que calle, le puede escuchar alguien no deseado. Me sonrojo inevitablemente, como si fuera una chiquilla.

—¡Eh! Señorita, deja esas fuerzas para después, seguramente las vayas a necesitar —me dice cuando me guiña un ojo.

Antes de que pudiera volver a darle en las costillas, echa a correr para subirse al autobús que nos iba a dejar en la zona del bosque donde vamos a rodar hoy. La primera escena se va a grabar en una explanada del bosque, donde se encuentra un cuerpo de una mujer, la cual ha sido brutalmente asesinada.

—Si no me equivoco, Belén también ha estado tocándote las narices —me dice Ana.

Sonrí y asiento, me puedo hacer una idea de lo que le ha podido decir a ella, que tiene mucha más confianza que conmigo porque se conocen desde hace más años.

—Cuando salía de la habitación, me vio. Se acercó hasta donde estaba, a pesar de que era el camino contrario al ascensor, y estuvo indagando un poco sobre los ruidos sospechosos. Sabía que éramos nosotras. Podría jurar que ella incitó para que los chicos dijeran algo —dice Ana.

Lo dice tranquila, sonriendo. Desprende una calma total ante la situación, consigue que también se haga fácil para mí. No tardo mucho en prestarle atención al guion, no son fáciles las primeras escenas, es el momento en el que tomas el primer contacto con tu personaje y te adaptas al otro personaje principal. Aparte, nosotras habíamos traspasado la barrera de lo profesional, habíamos tocado el infierno, nos habíamos quemado en él y éramos conscientes de que ese estado es en el que queremos estar. Y eso puede influir en nuestra actuación.

Los diálogos no son tan largos como creía, espero que en lo que queda de viaje pueda repasar del todo la primera escena, si no es así, puede que haga un poco el ridículo y Peter se cabreará. Es bastante blanco de piel, así que se identifica bastante rápido cuando se enfada porque se le pone la cara muy roja.

Ana

Me podría haber puesto nerviosa cuando Belén me ha pillado esta mañana saliendo de la habitación de Carmen, pero la realidad era distinta. Al final, cuando todo se arregle, quiero estar con Carmen, se va a tener que saber en todos lados, va a salir en la prensa y vamos a ser el chisme durante un tiempo, es algo que tenemos que aceptar y sentir como parte de nuestro trabajo. Empezar por el círculo más cercano es lo más sencillo.

En el desayuno me ha encantado ver la reacción de Carmen, ha jugado desde su postura con los chicos, haciendo como la que no sabe nada, pero esa reacción la ha detectado rápido Belén.

El viaje dura una hora, así que todos lo hemos utilizado para revisar nuestro guion. El autobús se para en una explanada, donde ya podemos ver que está todo preparado.

El set de rodaje está montado, incluso han puesto la zona de los camerinos. Aunque llevo muchos años en este mundo, me sigue sorprendiendo la manera frenética con la que se trabaja, se tiene todo preparado en cuestión de unas pocas horas.

A Carmen y a mí nos separan nada más llegar. A cada una nos preparan en sitios diferentes, es ahora cuando comienzo a sentir los nervios en el estómago. La primera toma de contacto con tu nuevo papel es el que va a hacer que desaparezca el anterior trabajo.

A diferencia de la serie previa con Carmen, en este no trabajamos de manera unida, todo lo contrario, nos rompemos la cara, si hace falta, para tener la razón. Nos llevamos a matar, son dos personajes opuestos que no quieren colaborar entre ellos, deseosos del triunfo: atrapar al asesino antes que la otra.

Tardan unas horas en prepararnos a todos los personajes. Me miro en el espejo y veo una

forense policial bastante currada. El pelo lo tengo recogido en una cola, muy bien hecha, sin ningún error, preparada al milímetro. El maquillaje apenas se puede ver porque soy una persona a la que acaban de sacar de la cama.

Me gusta muchísimo el trabajo que han hecho para caracterizarme, el vestuario es perfecto, no han pasado nada por alto, es realista y me ayudará a la hora de meterme en el papel.

Comenzamos a trabajar, me explica el director cómo y dónde me tengo que poner, cómo debo hablar y cuál debe ser mi actitud. Carmen no tarda mucho en venir y unirse a nosotros. Los primeros momentos estoy sola, analizando el cuerpo con mi compañero, algo falla cuando entra Carmen en escena, nos quedamos casi paradas, no tenemos ningún tipo de carácter. Esto no ha comenzado de la mejor manera, estamos muy alejadas del *enemies to lovers* que se necesita.

—¡Corten! No, chicas, definitivamente, no. Esto no comienza donde terminasteis el anterior papel, que parece que os gustáis. Esperad a sacar la química cuando os lo pida el papel. Aquí os tenéis que retar incluso, como pone en el guion. Ana, tu personaje se va de la escena enfadada porque Carmen ha pisado la zona donde estás trabajando, mientras blasfemas acerca de la policía de poca monta que te han traído —grita desesperado Peter.

Es muy pronto para que se cabree. Nos mira todo el mundo, me siento totalmente expuesta por primera vez dentro de mi trabajo, es consecuencia de cruzar la barrera que siempre intento interponer en mi trabajo, pero es Carmen y yo un simple mortal deseosa de ser tocada por ella. Utilizo todo el enfado que tengo conmigo misma, ahora mismo, y lo transformo en lo que necesita el director.

—Tienes toda la razón. Volvamos a comenzar desde el principio —contesto a Peter.

Al decir eso, aprieto la mandíbula muy fuerte, aguantándome las ganas que tengo de gritarme lo estúpida que soy. Después del espectáculo, no solo sale bien la escena, sino que parte del guion lo he cambiado, improvisando, usando toda la rabia que tenía conmigo misma para remarcar a mi personaje. No dejo de apretar la mandíbula hasta que escucho al director chillar el final de la escena.

Yo he salido de la escena en el mismo momento que he tirado los guantes en el escenario del crimen, con tanto asco que, por un momento, observo que todo el mundo en el rodaje se ha quedado estático, buscando dónde estaba eso escrito en el guion. Nada de lo último estaba en el guion, estaba en mi cabeza, en la necesidad de demostrarnos que podemos seguir trabajando juntas, sin poner en riesgo nuestra profesionalidad.

—¡Bravo, Ana! Ese es el odio que buscábamos, esa energía va a ayudar al comienzo de la película. Carmen, necesitamos que saques carácter, que te interpongas en su trabajo, necesitas ponerte por encima de ella —dice Lucas, el guionista.

Carmen asiente, sonrío, sonreímos por primera vez en toda la mañana.

No había sido nada fácil grabar la primera escena, a pleno sol, aquí en medio, sudando hasta detrás de las orejas y sufriendo, sufriendo el hecho de que no deberíamos haber hecho lo que hicimos anoche. Hemos notado un cambio en el trabajo, ¿este podría ser el fin de una etapa como

compañeras sin problemas? ¿Se podrá trabajar con la química real, intercediendo con la ficticia?

La verdadera incógnita está en sí podremos superar todo lo que está por llegar y querer seguir juntas. Es muy complicado mezclar placer, y amor, con trabajo.

—¡Ana! Llevo hablándote un buen rato. Necesito que salgas de la escena para que grabemos unos planos, para comenzar con el vídeo promocional de la película, ¿de acuerdo? —Belén me saca de mis pensamientos.

—Sí, disculpa—respondo.

Ya no queda nadie en la escena, solo un cuerpo, unos guantes tirados y mucha suciedad. Muevo mis piernas hacia el camerino, necesito quitarme una parte de la ropa, la otra la tenía que reservar para la parte del vídeo promocional que íbamos a grabar. No queda mucho para que podamos ir y descansar. Escucho la puerta abrirse.

—Ana, ¿estás bien? —escucho su voz.

Carmen está en el camerino, no sé exactamente cuándo ha entrado, pero, a pesar de todo, es un bálsamo para todo el estrés que me ha generado la primera escena. A la vez, siento que deberíamos poner tierra de por medio, hasta que podamos ser profesionales.

—Estoy sana y salva. Necesito hablar contigo, pero no ahora, después —digo cogiendo una taza de café.

—Sí, lo sé. Sé que vas a decirme, vas a querer que nos distancieemos, por lo menos hasta que terminemos la película —contesta, aceptando la taza de café que le ofrezco.

La miro, quizás debería sorprenderme, pero eso es lo que nos hace especiales.

Nos hace especiales reconocernos, sabernos y tener algo que nadie más pueda entender. Nadie puede entender la química con una persona hasta que le explota en la cara, como a un científico un experimento fallido.

Carmen

Antes de que Ana pronunciara las palabras, sabía lo que iba a pasar. Sé, por desgracia, que en ella florece algo dentro que le lleva a alejarse, nuestros mayores retos no están en hacer de nuestra relación un tema viral, el mayor reto está en nosotras, somos nuestro propio impedimento, el trabajo tampoco ayuda.

No sé si quiero escuchar sus excusas, sus peros, sus impedimentos y sus pocas ganas de echarle sal a la vida. Sin más preámbulos, giro mi posición, pongo de por medio la barrera que ella quiere poner, sin rencores, y camino hacia afuera. No quiero darme la vuelta y mirarla porque sé que es demasiado fácil caer a sus pies y rogarle, ese es su poder.

—No hay problema, Ana. Necesito descansar, nos vemos en la cena —digo.

Escucho que intenta decir algo antes de que desaparezca por la puerta, pero no quiero darle tiempo a retroceder. Salgo lo más rápido posible de esa habitación. No quiero que me prometa futuros inciertos, vidas eternas, ni cualquier cosa que conlleve no saber qué va a pasar con nosotras realmente.

Es la Ley de la Gravedad, todo lo que sube tiene que bajar. Y ahora nos toca bajar.

Me dirijo tranquilamente hacia la zona donde nos recogen para ir al hotel, hay personas del equipo que aún se tienen que quedar, pero, por suerte yo puedo irme ya. Gracias a que al final la escena ha salido bien, me ha facilitado la huida.

—Carmen, ¿qué tal? No ha estado mal para ser la primera escena —me habla una compañera.

Tiene cara de cansada, ella seguramente haya tenido que trabajar mucho antes que nosotras, por eso se puede ir ya. Los técnicos se suelen turnar para no estar todo el día, primero trabaja una tanda y luego la siguiente.

—Estoy contenta, la verdad. Aunque tengo que reconocer que grabar justo al día siguiente de viajar, para mí, es demoledor —contesto.

—Por suerte, mañana grabamos por la noche, no tenemos que madrugar.

—No me acordaba, ¿a qué hora comenzamos? —pregunto.

—Empezamos a la 5 de la tarde, para comenzar a prepararlo todo. Yo voy a aprovechar para poder hacer un poco de deporte por la mañana y probar la piscina climatizada.

Apoya una mano en mi hombro, me sorprende porque no hemos tenido mucha relación, a pesar de que hemos trabajado en varios proyectos juntas. No recuerdo su nombre, pero me da vergüenza preguntarle, tendré que esperar hasta que alguien le diga el nombre.

—¿Te importa si te acompaño a hacer deporte? —pregunto.

—¡Claro que no! Creía que no sabías ni mi nombre —responde.

Por suerte, un compañero que pasa por al lado nuestro lo dice. Me he salvado por la campana. No creo que sea más que nadie, pero mi memoria me hace parecer una persona fría y con poca empatía en los sets de rodaje, mi realidad es que no me puedo acordar de los nombres de casi cien personas mientras estoy estudiándome el guion.

Me relaja pensar que mañana podré tener una rutina, como la que suelo tener en casa. Lucía, que es como se llama mi compañera, se va a su sitio y yo me quedo tranquila en mi asiento en el autobús, pensando que hoy tengo que hablar con mi hija.

Saco el libro que me he traído para el viaje y comienzo a leer hasta llegar al hotel. Introducirme en una historia consigue que no piense en mi realidad.

Ana

Esta mujer es rematadamente idiota, me deja con la palabra en la boca porque es impaciente. Podía esperar para mantener esta conversación. Se lo ha tomado todo del revés.

—¿Qué le has hecho a Carmen? —pregunta Belén.

No sé cuándo ha entrado al camerino, pero está aquí, preguntando curiosa. Yo estaba comenzando a recoger mis cosas, quiero irme en cuanto terminemos de grabar la parte del vídeo promocional que me corresponde.

—Pase lo que pase entre nosotras, yo tendré la culpa, ¿no es así? Sinceramente, no creo que sea lo mejor para ti venir a criticarme —le contesto.

—¡Vale! Es un sí, sobre todo cuando te pones a la defensiva. No me quiero meter en nada, solo venía a dejar parte del material en el almacén, cuando vi la tristeza más absoluta en la mirada de Carmen, nada más. No tengo ninguna otra pregunta.

Deja un par de cosas al lado mío, me aprieta con su mano derecha mi hombro, en muestra de apoyo absoluto. No le contesto, no tengo mucho más que decirle a ella, pero siempre tiene el poder de hacerte sentir aún peor.

—Solo te voy a decir una cosa, Ana, y espero que no te lo tomes a mal. No deberías hacerle daño a Carmen, de ninguna manera. Me voy ya al hotel, seguramente no nos veamos hasta mañana. Descansa muchísimo —dice Belén.

—¿No crees que ella también tiene el poder de hacerme daño a mí? —pregunto.

—Sí, claro que sí, pero ella está soltera. Te conozco, esto puede ser que te venga un poco grande, y siempre vas a sacar la soberbia.

No consigo entender cómo soy capaz de grabar lo poco que me queda. Después siento que me voy al hotel arrastrándome, estoy en estado de shock absoluto ante la perspectiva de que nada es fácil en mi vida personal. Tengo dos frentes abiertos, debo afrontar a mi marido, que dentro de lo que cabe, con las pruebas que tengo, me lo va a poner fácil, y, por otro lado, está Carmen, que es un frente capaz de destruirnos.

Decido que lo más lógico es trabajar de manera autómata, por estos días, sin más, intentando que nada pueda perturbarme. Es mi decisión más absoluta, aunque con ella, Carmen pueda reprocharme muchas cosas. Todo puede ser más fácil fuera del rodaje, o no.

No tardamos mucho en llegar al hotel, aunque hay compañeros tranquilos en el bar, yo pongo rumbo a mi habitación para descansar. Mi marido me llama un par de veces, no tengo ganas de hablar con él, así que no se lo cojo. No es el momento de tener una conversación con él. Dejo que el teléfono suene.

No coger las llamadas, desencadena que sea Pedro quien me llame, a él le respondo con un mensaje, le comento que todo va bien, pero que seguimos en el rodaje, que hoy no podríamos

hablar ¿Cómo voy a llamarle si no soy capaz de esconder que pasa algo?

Quizás el tiempo pase rápido. Quizás todo vuelva a su sitio, aunque nosotras dos no estemos. Lo único que no quiero que esté, es lo que hay: dudas y más dudas.

Una ducha me irá bien para despejar la mente, cuando veo la bañera, el pensamiento se transforma en un baño. Me sumerjo en el agua, con una temperatura perfecta, y paso unas dos horas, con música de fondo y una copa de vino, que me había echado previamente.

Al salir del baño, siento un poco de paz, pero mi corazón salta al recordar a Carmen. Sin encender la televisión, buscando en el silencio, me visto. Me vendría bien un paseo antes de cenar, buscaré un sitio no muy alejado para comer sola, no me apetece estar con la gente del rodaje ahora mismo.

Carmen

En el hotel decidimos entrenar hoy también, decimos una hora, descansamos un poco. Hacer deporte dos días seguidos me ayudará a no pensar y estar lo suficientemente cansada para dormir sin problema.

La habitación me trae muchos recuerdos, llueven de manera abrupta en mi mente, puedo jurar que su perfume está aún en la habitación, a pesar de que hayan venido a limpiarla. Levanto las manos en un acto inconsciente, busco el cuerpo de Ana a la desesperada.

Suena el teléfono, es una videollamada de María, la descuelgo mientras me siento en el escritorio de la habitación para ponerme cómoda.

—¡Hola, mamá! ¿Qué tal el primer día de rodaje? —pregunta María.

—Hola, cariño, estás guapísima, ¿qué has comido hoy?

—Evadir mi pregunta solo es sinónimo de que pasa algo. Así que, por favor, responde primero y después es tu turno, no seas maleducada —contesta María burlona.

—¿Desde cuándo tienes ese uso del lenguaje y esa intuición? —pregunto.

—Ana tiene parte de culpa, me ayudó a entrar en la universidad y a mejorar a través de los libros. ¿Lo recuerdas? Además, su hijo también ha tenido algo que ver.

Mi cara es indescriptible, dentro de mi vida está Ana, antes de que surgiera este amasijo de dudas, placer, amor y peligro.

Por desgracia, ahora, Ana tiene el poder de estar sin pedirlo y yo había olvidado que tuve que estar grabando un proyecto mientras mi hija preparaba el acceso a la universidad y ella le ayudó.

—Mamá, vuelve, que no me estás escuchando, ¿ha pasado algo con Ana? —pregunta María.

—Han pasado muchas cosas que, por supuesto, no te voy a contar.

—No me lo puedo creer, ¡por fin! Os habéis liado, ¡joder! Esto es una noticia bomba —dice María.

—Cariño, esa boca, ¿qué hemos hablado de decir palabrotas y maldecir, aunque ya seas adulta? —le riño.

—Pero mamá, es imposible que me quede impasible ante lo que me acabas de decir —se excusa.

Aunque puedo notar la cara de felicidad de mi hija, yo solo puedo sentir intranquilidad.

—Es mucho más complicado de lo que crees, María.

—A ver, todos sabemos que Ana es un tanto complicada, y si no la conoces un poco estirada, pero seguro que sea lo que sea, todo irá bien entre vosotras.

—Siempre crees que todo es más fácil de lo que es. Por una parte, está genial pensar así, pero dentro de las relaciones personales entre mayores, es mucho más complicado creer que todo está bien. A tu edad siempre pensamos que todo es posible —le contesto.

—Mamá, se os nota que os queréis, pero por hoy será mejor que no siga metiendo el dedo en la llaga.

No aporta nada más al tema, por suerte, estamos hablando de lo que ha hecho mientras yo no estaba. María juega en un equipo de baloncesto, hoy han ganado un partido muy importante, su euforia hace que mi humor se relaje, siempre me ha dicho que le hubiera encantado jugar en Estados Unidos.

Seguimos charlando durante un rato, hasta que me despido de ella, le digo que necesito hacer un poco de deporte para poder relajarme.

Voy al gimnasio del hotel, no me gustaría ver a nadie, necesito por un momento, una vía de escape que no sea estar con gente hablando de cualquier cosa que, ahora mismo, no me interesan en absoluto.

Lucía no está aquí, seguramente se haya arrepentido de querer hacer deporte, no la culpo, en muchas ocasiones grabar es más duro para ellos que para los actores, trabajan más horas que nosotros.

El gimnasio es enorme, algo que no es normal en los hoteles, incluso tiene una piscina olímpica. Hay algunas personas que trabajan en el equipo de rodaje, me saludan con la cabeza, mientras siguen trabajando en alguna máquina.

Me coloco los auriculares, hago que la música me envuelva. Me subo en la cinta, busco que el sudor y el cansancio se lleve toda esta tristeza que arrastro desde que Ana se ha vuelto a cerrar en banda. Nadie dijo que este camino iba a ser tranquilo y sin altibajos.

Ana tiene esa facilidad, se cierra en banda, una y otra vez, sin importar nada más. Es una mala habilidad para los demás.

Pasa el tiempo, andar en la cinta me ha llevado más del que creía, la mayoría de las personas que estaban haciendo deporte a mí alrededor, se han ido. Estoy prácticamente sola. Quizás, meterme en la piscina puede terminar de refrescar las ideas.

No tardo mucho en prepararme para meterme en la piscina. Veo a una persona braceando a los lejos. Me tiro y comienzo a nadar, hasta que me doy cuenta de que estoy en baja forma para hacerlo durante mucho tiempo. Y es entonces cuando me doy cuenta quien está nadando en el carril de al lado, es Ana.

Ana ha nadado toda su vida, en la universidad estaba en el club de natación, ganó varios premios, pero dejó el deporte al salir de la carrera. Su espalda es espléndida, puedo ver cada músculo, esculpido por cualquier escultor griego o romano.

En una entrevista me preguntaron qué era lo que más me gustaba de Ana físicamente, no lo dudé ni un segundo, dije sus brazos, y lo mantengo hoy en día. Sus músculos siguen recordando tantos años de natación.

Bracea de manera rápida, con un ritmo constante que, con la ayuda de las salidas a tomar aire, hace que la imagen sea hipnótica. No puedo despegar los ojos de ella, estoy aquí, mirándola, hasta que para en el lado contrario de la piscina, se saca las gafas de bucear y el gorro. No repara en que estoy al comienzo, pero ahí estoy, como un cactus.

Se moja el pelo y levanta la mirada y yo, instintiva y cobardemente, desaparezco. Salgo de la piscina buscando huir de la mirada de ella, de la pasión que desprende y la inocencia con la que cree que no me hace sentir nada.

Ana

Después del paseo, siento que la energía sigue recorriendo mi cuerpo, quiero gastarme de tal manera que, al tocar la cama, me quede profundamente dormida. Opto por probar la piscina olímpica que hay en la planta baja.

La siguiente escena que nos toca grabar es más intensa que esta primera. Nuestros personajes se encuentran, en menos de veinticuatro horas, hallamos otro cadáver y la tensión entre nosotras crecerá, hasta tal punto, que caemos en la escena del crimen, empapándonos de lodo y sangre.

A Carmen no le va a gustar el acercamiento después de lo que hemos hablado, pero la realidad es que esto es trabajo y, quizás, solo quizás, a ella se le pueda olvidar y vuelva esa pequeña parcela donde la ficción se introduce en la realidad.

Me pregunto si puedo llegar a ser tan ruin como para creer que Carmen tiene culpa de todo, del acercamiento, de la separación y de todo lo que nos pase, con el fin de no ser la culpable de absolutamente nada, buscando una salvación lejana.

Cojo de la maleta todo lo que me hace falta y decido intentar diluir mis pensamientos debajo del agua, destrozando con cada brazada cualquier cosa que pase en la vida real y que el agua es capaz de destrozar.

La piscina olímpica está vacía, no tardo mucho en tirarme de cabeza al agua. Aunque pienso que tiene que estar a una temperatura agradable, de primeras me da la sensación de que está más fría de lo que me gustaría.

Braceo, braceo, braceo, solo existe el ritmo consistente y rápido. Siempre he tenido la misma relación con la piscina, ha sido mi vía de escape, aquí no escucho el mundo y el ritmo lo marco yo.

Cuando el reloj me alerta de que llevo una hora, intercalando descansos, paro. A lo lejos puedo ver a una persona que no consigo identificar porque no me he puesto las lentillas. Miro el reloj, no queda mucho para la hora de la cena, así que me dirijo a la habitación para descongestionar los músculos, a veces, en el agua, se me olvida que ya no soy una chavalilla.

No tardo mucho en estar preparada. Nada más salir de la habitación, me encuentro con Belén, parece que aparece siempre; esté donde esté, ella está.

—¿Cómo estás? ¿Has descansado? Yo he estado hablando con mi familia y me he dormido bastante rato —dice sonriendo.

—La verdad es que no. Necesitaba hacer deporte, así que he salido a pasear un poco y después he bajado a probar la piscina, está genial por si quieres utilizarla en algún momento —le contesto.

—Comenzáis a hacerme sentir mal, todo el equipo ha estado entrenando menos yo —pone morritos de enfadada.

—Si te sirve de algo, yo no he visto a nadie porque he estado sola en la piscina. Pero si quieres compensar, mañana vente conmigo a caminar, aprovechemos la mañana que no grabamos hasta la tarde/noche.

—Me parece perfecto —contesta.

En el restaurante ya tenemos varias mesas preparadas, un enorme bufé decora toda la estancia. No solo estamos nosotros, puedo ver muchas mesas llenas con personas que se hospedan en el hotel. Este sistema agilizará mi comida y podré irme pronto a la habitación. Carmen está sentada entre dos compañeras, la postura de sus hombros es de estar más relajada, me tranquiliza.

—¿Qué te parece si nos sentamos en la mesa que está cerca de la cristalera? Hay dos sitios libres —pregunta Belén.

Asiento y nos sentamos en la mesa que ha dicho ella. Saludo a todos mis compañeros, tardan poco en traerme la bebida que he pedido, me decido por hacerme una ensalada y observar qué platos hay preparados. Puedo ver que te hacen todo tipo de carnes al gusto, pido secreto al

punto y me dirijo a la zona de las ensaladas.

Cuando termino de prepararla, me doy cuenta de que no tengo un lugar donde poder aliñarla, tendré que dejar la bandeja en la mesa y venir a por el aliño. Con ese pensamiento en la cabeza, siento el olor de Carmen y su calor detrás.

—¿Qué condimento quieres? Te lo acerco sin problema —susurra Carmen.

Está muy cerca, demasiado. Es en estos momentos cuando se cruzan mis dos pensamientos, necesito que se aleje para que no sea tentación y, por otro lado, quiero caer.

—Miel y mostaza, por favor —consigo decir.

Pasa su brazo por el lado derecho, pegándose tanto que uno de sus pechos roza mi brazo. Me derrito sin que nadie pueda darse cuenta. Cuando pone la salsa en mi bandeja, coge otra para ella y me mira.

—¡Qué aproveche! —dice.

—Gracias, Carmen.

No me salen más palabras, me doy la vuelta y voy a la mesa a dejar mi ensalada. Allí, Belén tiene una sonrisa pícaro, ha estado observando toda la escena sin ningún pudor.

—Ni se te ocurra decir nada, Belén —le digo amenazándola.

—¡Joder! Ana, me he puesto cachonda hasta yo —se acerca para susurrármelo.

—¡Compórtate!

Carmen

No puedo remediar el hecho de acercarme a ella y provocarla. Supongo que puedo cumplir su palabra de estar separadas, pero en ningún momento se habló sobre el hecho de provocarla de todas las maneras posibles.

Nuestro placer lucha contra la gravedad, pero si sube, sabemos, que va a tender a caer, irremediabilmente, las leyes nos amparan y yo, que siempre creeré en la ciencia, no puedo llevarle la contraria.

La cena transcurre con normalidad, mis compañeros están agradables, hablan sobre lo que va a pasar mañana, sobre la escena y lo que va a costar montarla. Ana come muy rápido, queriendo salir de aquí lo antes posible, lo entiendo.

—Mañana se viene la primera foto para la promoción de la película, ¿estás preparada para ensuciarte Carmen? —me pregunta Mateo, técnico de imagen.

—¿Vais a utilizar la imagen de la caída? —me sorprende.

—Por supuesto, es el momento de darle algo a los espectadores, ponerle la miel en los labios y que sufran un año hasta poder ver el resultado final.

—Pues espero que me saques guapa, si no es así, te atormentaré hasta después de muerta —contesto.

Reímos todos, y me parece curioso que se utilice esa imagen, pero a la vez es lógico. Va a ser la primera que vea el espectador del rodaje y ya se van a encontrar con todo lo que quieren: tensión entre nosotras.

Al cabo de un rato y un par de copas de vino, me despido de ellos y los dejo bebiendo de más. Necesito descansar. Me voy a mi habitación, donde la tristeza lo inunda todo, me acuerdo de Ana, de la noche de ayer y como todo se puede desmoronar en tan solo un momento. Es aquí y ahora cuando entiendo que la vida no es más que una sucesión de escenas en una película en la que pocas veces eres la protagonista.

Aunque la realidad es que solo es un tiempo, esperar para saber lo que está pasando, mi cuerpo me dice que todo está acabado, es irracional.

Con ese pensamiento me voy a la cama, intentaré dormir un poco, he quedado pronto.

Capítulo 12

Rodaje

Carmen

El despertador suena, ese insistente sonido para que me levante es el mismo demonio, a nadie en su sano juicio le puede gustar despertarse temprano. Al incorporarme abro las cortinas, el sol ya ha salido y el día está despejado. Agradezco que sea de día, no me gustaría salir a correr con mi compañera de noche y habiendo descansado poco, que es el caso.

A los pocos minutos estoy lista, me calzo los tenis deportivos y salgo de la habitación. No puedo evitar mirar hacía la habitación donde duerme Ana. El silencio reina en el hotel, se nota que es temprano y la mayoría de los huéspedes está durmiendo.

En la recepción del hotel, me encuentro con Ana, vestida con ropa de deporte. Está tranquila mirando el teléfono. Levanta la cabeza cuando estoy llegando a su lado.

—Buenos días, Carmen. No pongas esa cara, he quedado con Belén —dice Ana un poco agresiva—. No voy a ir a correr con vosotras, ya sabes que no me gustan los deportes con impacto, por eso siempre elijo la natación. Aunque intuyo que lo sabes bien, ayer estuviste un buen rato mirándome.

Me sonrojo ante su mirada, me pregunto cómo se pudo dar cuenta, si en ningún momento dejó de dar brazadas, seguía el ritmo sin que nada la perturbara.

—Buenos días, Ana. Tampoco me molestaría que te vinieras con nosotras, eres tú la que me rehúye o se pone nerviosa ante mi presencia. Anoche cuando me acerqué a ti, parecía que era algo que te repele.

Me acerco intentando intimidarla. Quiero jugar con ella, pero mis compañeras me fastidian el plan llegando a donde estamos nosotras. Corta nuestra actitud.

—Buenos días, chicas. Qué coincidencia, ¿Os venís con nosotras? —saluda y pregunta Lucía.

—No voy a machacar mis rodillas por vosotras, hace tiempo que no corro —dice Belén con cara de pocos amigos.

Todas reímos menos Ana, se ha quedado taciturna. Esta conversación se podría expandir de manera infinita sin sacar nada bueno para nosotras dos.

—Vamos, Ana, que dentro de poco tendré mucha hambre y prefiero que me pille ya de vuelta —Belén salvando los papeles.

Se van antes que nosotras. No tardamos demasiado en andar hacia la salida. El aire de la

mañana está un poco frío, suaviza mi postura y libera todo pensamiento que haya tenido hasta ahora. Cuando vas a entrar en un juego debes saber que no solo juegas tú, también juega otra persona, Ana sabe hacerlo muy bien.

—¿Qué te parece si corremos cinco kilómetros, desayunamos, descansamos un rato y luego entrenamos en el gimnasio? —me pregunta Lucía.

—Es perfecto, vamos allá.

Comenzamos con un trote suave, alejándonos del hotel. La mañana está fresca, pero es algo normal teniendo en cuenta que es pronto. Conforme vaya pasando el día, las temperaturas subirán un poco, pero la humedad no se va a ir. Por eso se eligió este destino, gracias a la humedad y las lluvias el bosque es el adecuado, siempre hay barro.

Ana

Carmen ha vuelto a cambiar la táctica de no tocarme a acercarse lo máximo posible, ¿qué carajos está haciendo? Sea lo que sea lo que se proponga, lo está consiguiendo.

Cuando ella está cerca, solo parezco una chiquilla con las hormonas desenfrenadas, me deshago, da igual si lo intento con todas mis fuerzas.

—Ana, vamos a hacer la caminata, te invito a desayunar fuera de aquí, necesitas despejarte —Belén, como siempre, me saca de mis pensamientos.

La miro a los ojos como un perro abandonado mira a su salvador, sin saber muy bien por qué hay que seguir o dudando de si estoy perdida.

Pasan unos cuantos minutos cuando la caminata comienza a hacer efecto en mi cuerpo, me relajo. La comunicación con Belén vuelve a ser fluida y tranquila. Me cuenta cómo está su familia y cómo están llevando la separación.

—Cuando comencé a trabajar en esto, no quería tener hijos, no me preocupaba por el hecho de pasar temporadas fuera de casa. Al revés, me encantaba vivir aventuras. Y ahora, aunque no lo estoy llevando tan mal, me cuesta mucho. ¿Cómo lo estás llevado? —pregunta Belén.

—Lo mío es diferente, Belén. Me voy a separar en cuanto llegue a Madrid. Mi hijo es mayor y, desde que comenzó la carrera, es como si no tuviera hijo. No echo tanto de menos estar lejos de Madrid, me gusta vivir cada rodaje como una aventura, a pesar de mis años —contesto.

—¡Qué exagerada eres con la edad! Hace unos años que solo repites lo mismo. No quiero meter el dedo en la llaga, pero entonces, lo que sea que tenéis Carmen y tú, ¿es posible?

—Es muy complicado. Dar por hecho eso ahora mismo es como lanzarse al vacío sin tener en cuenta el agarre que te sujeta —respondo.

—A pesar de lo que me dices, se nota que es un sí, queréis estar juntas. Este rodaje se te va

a hacer el más largo de tu carrera, ¿por qué no os arriesgáis a estar juntas?

—Ya viste lo que pasó en el primer día del rodaje. Me he dado cuenta, y ella también, aunque no lo quiera ver, de que no somos capaces de actuar como deberíamos y, al final, fallamos a una parte muy importante de nuestras vidas, nuestro trabajo —reflexiono.

—No seas melodramática, que esto no es una escena de la película, no os equivocasteis tanto, ¿cuántas veces te ha dicho el director que no le gustaba lo que hacíais? Seguramente no más que en cualquier otra escena. Hemos visto actores equivocarse mucho más. Además, eso siempre depende de la inspiración de ese día —razona Belén.

—No te digo que no podría pensarlo, pero no ahora—zanjo el tema.

Al cabo de una hora, nos dirigimos a una cafetería muy famosa de la zona en la que nos estamos quedando. En la puerta, ya se podía oler el delicioso aroma del café, es el tipo de aroma que consigue que lo persigas, buscando probar su sabor. Nos sentamos en una pequeña mesa pegada a la cristalera, pedimos un café y unas pastas, lo disfrutamos sin prisa, haciendo tiempo hasta la hora de irnos al hotel.

La conversación ya no gira en torno a Carmen y a mí, lo que me produce una ligera tranquilidad. Pasado un par de horas, hacemos el camino inverso hacia el hotel, donde preveo nadar una hora antes de comer, quiero despejar la mente en el agua. Después de almorzar, dormiré un poco, el rodaje comienza a las cinco de la tarde, así que me imagino que se sabe cuando empezamos, pero no cuando acabamos.

De esta manera ya tengo el día cubierto, focalizar en algo siempre ayuda a no tener distracciones innecesarias.

La piscina está más transitada hoy, pero hay hueco, hay varios carriles libres para nadar con total tranquilidad.

Son los mismos movimientos que ayer, solo necesito concentrarme en la tarea de seguir braceando, luchando contra mi cuerpo, contra el dolor que surge en los músculos después de un rato. La hora pasa rápido, mi reloj me alerta de que es momento de parar y descansar.

En la orilla de la piscina, me quito el gorro y las gafas, una sombra se refleja en el agua, con la espalda apoyada en la pared de la piscina, miro hacia arriba. Ahí está Carmen, se lanza a la piscina sin decir nada, puedo contemplar cada músculo de su cuerpo tensarse con el salto y, por más de un minuto, me quedo prendada en esa imagen.

Tras ese tiempo, consigo que mi cuerpo responda, me dirijo a salir de la piscina con un solo pensamiento, ¿cuánto voy a poder aguantar con esta mujer intentado seducirme? Supongo que ponerme un objetivo es algo inútil, pero ahora tengo que hacer valer mi palabra, supongo.

Carmen

Después de correr durante 5 km, escucho rugir mi estómago, mi compañera ríe a carcajadas

porque ella se encuentra en la misma situación, por suerte, no nos queda más de un par de pasos hasta la entrada del hotel.

Vamos directas a la cafetería, no es como otros días, hoy no está el equipo todo junto. Nos decidimos por una pequeña mesa en el centro. Lucas hace una pregunta, que si no supiera que me da igual que saliera a la luz, dudaría en contestar.

—¿Cómo llevas el hecho de que te hayan metido en el cliché de pareja entre mujeres y hayan creado un *fandom* sobre vosotras, siendo heterosexual?

Me pilla bebiendo agua y casi la escupo. En ningún momento había tenido que aclarar algo así, porque siempre he pensado que, aunque Ana y yo no nos hubiéramos liado, sería la misma situación con un hombre.

Lo que quiero decir es que los *fandoms* se crean independientemente si son parejas heterosexuales u homosexuales.

—Dos cosas muy sencillas: una —gesticulo con uno de mis dedos, levantándolo—, has dado por hecho que soy heterosexual, cuando soy bisexual, y dos, con Ana todo es mucho más fácil, no sientes que es diferente a tener un hombre delante actuando —contesto.

—¡Madre mía! Esta exclusiva se vendería cara.

Le doy un codazo para que no siga hablando.

—No hay nada que vender, ¿sabes por qué? Porque nadie me ha preguntado en una entrevista, se ha dado por hecho algo que no es así, la heteronormatividad matando el misterio de la vida desde tiempos remotos —añado algo—. Además, me encanta leer fanfics nuestros.

Sacia su interés, eso y que llega el pedazo de banquete que hemos pedido para desayunar. La mesa está llena con cafés, cruasanes, pan tostado, embutidos, huevos revueltos y fruta.

—Creo que voy a intentar nadar, pero un poco nada más, ¿qué has pensado hacer tú? —le pregunto a Lucía.

—Yo, después de comerme esto, solo quiero irme a dormir un rato. Nosotros vamos antes a la zona de rodaje.

—Lo entiendo, trabajáis más tiempo que nosotras —sonrío con complicidad.

Miro el reloj, son las diez y media de la mañana. Desayunamos tranquilamente, hablamos de las escenas que nos corresponde hacer hoy, no tenemos grandes temas de los que hablar en realidad, como compañeras de trabajo que somos. Al terminar, Lucía se retira y yo espero un rato, tomándome una manzanilla, antes de dirigirme hasta la piscina.

Allí vuelvo a ver a Ana, quiero volver a la carga, acercarme a ella de manera diferente.

Espero a que termine y, cuando está con la guardia baja, consigo que me mire, me lanzo al

agua por encima de ella, intentado que repare en mí y le cueste concentrarse en algo que no sea yo durante un rato. Intuyo que ha servido, porque cuando doy la primera vuelta, ella sigue parada en el mismo sitio por unos segundos más.

Nado durante un rato, hasta que me voy a la habitación. Miro el reloj son las once y cuarto, puedo darme una buena ducha y dormir antes de comer. Con el pelo mojado, algo inadmisibile para todo el mundo, me acuesto en la cama, marco la hora en la que suene el despertador y entro bastante rápido en el mundo de los sueños.

Son las dos de la tarde cuando el despertador suena, tengo el pelo aún húmedo. Me pongo unos vaqueros cómodos y una camiseta para ir a comer. Como todos los días, hay buffet. Soy una persona que le encanta comer, esto podría ser mi perdición si fuera todos los días. A eso se le suma el hecho de que soy indecisa, vaya cóctel molotov.

—Hola, Carmen, debes estar muerta de hambre. ¿Qué has pensado comer? A ver si me das ideas, porque no sé qué elegir —habla Belén, que tiene un plato vacío en la mano.

—En mi plato va a haber un poco de todo, no soy capaz de decidirme por nada. Un poco de verdura, carne y pasta. Un buen mejunje.

—Aprovecha, si como tanto mi cuerpo me pide una buena siesta y a nosotros nos toca irnos en una hora al set de rodaje —contesta Belén.

—Por esas cosas no soy técnico.

—Calla, si yo tuviera que actuar no me contrataría nadie, se me da realmente mal.

Cogemos la comida y nos acercamos a la mesa que había puesta para nosotros, muchos ya se estaban levantando para irse al rodaje. Ana está al fondo de la mesa, es muy raro no estar pegadas o cerca, siento que me falta algo.

Ana

Al salir de la piscina, me quedo un rato mirándola nadar, no se puede decir que tenga técnica, pero para no haberlo hecho como deporte, se le da bastante bien, sus ritmos son buenos.

¿Algo de lo que hace me parece que lo hace mal? Es complicado, pero conociéndola, sé que la cocina no es su punto fuerte, ella siempre se excusa en el hecho de que pasa mucho tiempo fuera de casa. Cuando voy a su casa, ya voy preparada a pedir comida a domicilio.

Tengo que descansar antes de volver al rodaje. Después de la ducha que alivia mis músculos, cojo uno de los libros que me he traído y me introduzco en la historia de Dylan Franco y Nadia Rhodes. Elegí una novela policiaca de Lorena Murién que me ayudará con el guion.

A las horas, me llega un mensaje, Belén me pregunta si voy a bajar a comer, no me he dado cuenta del tiempo. Tardo poco en arreglarme e ir al restaurante. Hay bastantes compañeros y yo decido sentarme en un lugar alejada de Carmen, entre dos personas, donde no hay espacio para

nadie más. Echo en el plato un poco de todo y me dedico a repasar el guion. Hoy me pone tensa la escena que nos toca grabar, vamos a estar a punto de besarnos, tras un choque fortuito, vamos a caer juntas al suelo, con esto quieren provocar que la chispa nazca. Estas escenas son un poco caóticas porque en cuanto caigamos tiene que salir bien, si no tendríamos que cambiarnos de ropa.

Por una vez, no quiero que mi personaje se enamore. Mi personaje quiere ser libre, que nadie le perturbe su soledad, pero eso no va a poder ser posible para siempre.

Sonrío con la escena, vamos a acabar con barro hasta las orejas.

No tardo en terminar de comer, al levantarme mantengo la mirada de Carmen, pero lo justo, no quiero perder el control e ir hacia ella sin ni siquiera tener una excusa para hacerlo.

Voy a la habitación a descansar un rato, hasta que sea la hora de ir al set de rodaje. Bajo la iluminación de la habitación, enciendo la televisión de fondo, con un programa que no sea demasiado ruidoso y pongo una alarma.

Me despierto antes de que suene, he descansado lo suficiente para estar grabando gran parte de la noche. Me visto con lo primero que encuentro, da un poco igual, teniendo en cuenta que me van a caracterizar y cambiarme la ropa.

En la recepción, muchos compañeros están esperando el bus que nos lleva al rodaje. Hay varios horarios para ir al set, así cada persona va cuando le corresponde. Busco de manera disimulada a Carmen.

—Hola, Ana, ¿has descansado? Nos esperan unas cinco o seis horas mínimo de rodaje. El director está encantado con el escenario y quiere aprovechar —dice mi compañera, María.

María se encarga del maquillaje y de que estemos perfectas para poder grabar. Como la mayoría de las personas que están aquí, ya he trabajado con ella, es una chica muy simpática y profesional, aunque pueda engañar porque es muy joven, tiene apenas veinticinco años. Su trabajo es espectacular.

—He descansado un poco, una pregunta, ¿habéis visto a Carmen? —cuestiono.

—Qué raro, se fue de las primeras, con los técnicos. Supongo que no quería esperar, Carmen le suele dar varias vueltas al lugar donde rondamos.

—Sí, suele pasarle —contesto.

Me subo al autobús con un pensamiento, Carmen es capaz de acercarse a mí hasta quemarse y, también, es capaz de alejarse hasta que el frío agarra mis huesos y el dolor sale a flote. Necesito terminar estas semanas de grabación fuera de casa, arreglar las cosas y saber cuál es mi futuro y mi destino, así me dolerá menos la cabeza de tanto pensar.

Al llegar, como siempre, me mandan a la zona donde han colocado mi camerino. Entre los preparativos, maquillaje y vestuario, pasa el tiempo muy rápido y me encuentro en la escena que

corresponde. Esta escena de campo es un poco macabra, hay un cuerpo artificial en el centro, está despellejado, como si hubieran hecho una especie de ritual con su carne. El personaje de Carmen y el mío buscan tener razón, tantearse y sacar su ego a flote, con un final de escena en el suelo.

Por suerte, hoy las escenas van surgiendo poco a poco, todo fluye tranquilo, el director no se enfada y noto a Carmen más tranquila que ayer. Sonríe cada vez que terminamos una sin repetirla.

—Perfecto. Vamos a grabar la escena final y terminamos, que acabaremos un poco pringados —dice Lucas.

—Ese vamos es un poco irónico, ¿no crees? Somos nosotras las que vamos a acabar pringadas —contesto.

El director ríe, todos ríen, hoy el día es bastante distendido. La parte complicada es volver a tocar a Carmen y quedarme con las ganas de seguir tocándola. Sin pensarlo mucho más, nos ponemos en posiciones y el director da la orden para que comencemos la escena.

La discusión de nuestros personajes fluye, con tal intensidad que acabamos las dos en el suelo, dentro del fango. El barro lo han creado ellos, ya que no ha llovido durante el día. En esta escena nos pedían que hubiera tentación y química y, desde mi perspectiva, va a ser así.

Al caer, siento el peso de Carmen sobre mí, ha puesto una de sus manos detrás de mi cabeza, para que no me hiciera daño, ese gesto hace que el corazón se me ablande. Carmen está a centímetros de mí, siento su respiración y me deshago con ella. La miro a los ojos y destruye mi fuerza de voluntad: deseo, deseo con todas mis fuerzas que me bese. Un escalofrío recorre mi cuerpo, todo es como una burbuja excitante hasta que escuchamos el corte.

Esa frase es la que nos indica lo fina que es la línea entre la ficción y la realidad.

—Déjame terminar lo que estamos haciendo ahora, en otro lado. Ana, sé que lo vuelves a desear tanto como yo, nadie se enterará, será muy excitante —susurra Carmen.

Yo, como la mayoría de las veces que estoy ante Carmen, me rindo, aunque no quiera decirlo en voz alta.

Capítulo 13

A pesar de todo, sigue aquí

Carmen

La escena termina con nosotras cubiertas de fango, ahora entiendo porque tenía que ser la última que se grabase hoy, aunque no fuera por detrás de las anteriores. Sigo encima de Ana, y, a pesar de lo que me pidió, le vuelvo a suplicar que me deje terminar lo que tenemos.

Al final, todo el mundo se ríe al vernos, es una escena que genera risas, aunque no sea esa la intención real. Me contagian, Ana y yo acabamos riéndonos, aunque tengo todos los nervios de mi cuerpo a flor de piel porque estoy encima de la persona que consigue que me comporte como una adolescente.

—Carmen, por favor, no me pidas eso —contesta al fin Ana a lo que le he dicho.

Me levanto haciendo una flexión, nuestras narices estaban a centímetros de tocarse, cuando me iba a retirar del cuerpo de Ana, una de las técnicas de imagen habla.

—¡No os mováis! Quedaos quietas en esa posición, ¡traedme una cámara! Tengo la foto perfecta para promocionar la película. Aguanta en esa postura, Carmen —grita la técnica de imagen.

—Qué maja, la señora. Espero que termines pronto —contesto.

Todo el rodaje está pendiente de nosotras, dejo que mi cuerpo caiga un poco y se junte con el de Ana. Sigo teniendo los brazos en tensión y comienzo a no sentirlos, por mucha tabla que haga, esto es difícil de aguantar. Comienzo a temblar y Ana me ayuda a sostenerme, me sujeta de la cintura y tira de mí hacia arriba. Nuestra compañera sigue haciendo su trabajo.

—No me digas que deje de pedirte lo que siento, Ana —digo.

—Me lo estás poniendo tan complicado, Carmen. Me dijiste que me respetarías, pero no lo has hecho por más de una hora al día, que ya te vale —me reprocha Ana susurrando.

—Por lo menos, concédeme cenar algo tardío conmigo. No haré nada que te pueda incomodar.

—Ya está, chicas, muchas gracias —corta la conversación nuestra compañera.

Al escuchar sus palabras, cedo con los brazos y caigo encima de Ana, no lo puedo remediar, me duelen demasiado de estar tanto tiempo aguantando mi peso. Me rodea con los suyos y deja un beso suave en mi mejilla, antes de que todo el mundo comience a felicitarnos, me desplazo hacia el lado y apoyo la espalda en todo el fango.

—Ya estamos en igualdad de condiciones. Tienes barro en la espalda, como yo —Ana está riéndose.

—No me molesta, siempre y cuando tenga la posibilidad de estar a tu lado —contesto.

—No puedes hacer de esta situación algo romántico, Carmen —se queja Ana.

—Por si no lo has notado, ya lo he hecho.

Estamos hablando tiradas en el suelo, no nos importa demasiado que nos puedan ver porque todo el mundo piensa que es lo normal. No me importa estar calándome hasta los huesos, en cierta medida es como me siento con ella, es un continuo estar calada, sin querer secarme si eso significa estar a su lado.

—¡Joder, chicas! Hacéis la promoción sola. No os mováis de esta posición. No sabéis todo lo que nos vamos a ahorrar de trabajo postproducción, va a salir todo de las escenas —comenta nuestra compañera, que vuelve a la carga con unas cuantas fotos más.

—No hables así —Ana le regaña como si fuera su madre y, en cierta medida, quizás lo sienta de esa forma, nuestra compañera tiene la edad de su hijo.

Belén viene en nuestra búsqueda, ofreciéndonos sus manos para incorporarnos.

—Vais a necesitar una buena sesión de agua para poder quitaros todo lo que tenéis en el pelo. No me gustaría estar en vuestra posición —dice Belén.

—Es maravilloso saber que Peter no nos ha querido hacer caso. Le propuse ponernos una gorra al menos, pero no le pareció bien —replico un poco mosqueada, a pesar de que todo ha salido como yo quería.

No nos incorporamos con facilidad, nuestra ropa está llena de fango y pesa más que antes. Por un momento, soy consciente de todas las personas que me rodean, a las cuales soy capaz de ignorar si Ana está en la misma escena que yo. Todo el mundo está recogiendo y limpiando, se mueven de un lado a otro, el director y el guionista siguen mirando las escenas y algunos de mis compañeros les toca irse los primeros, ya se están marchando.

—Chicas, daros prisa, vamos a ir a un bar que no cierra por la noche, para comer algo, estamos muertos de hambre, ¿qué os parece si os dais una ducha y os venís con nosotros? —nos mira sin necesidad de esperar un sí—. En el tiempo que nosotros estemos recogiendo, os da tiempo a quitaros hasta el último trozo de barro del pelo.

—Pero dejadnos tiempo de verdad, que no sé cuánto voy a tardar en quitarme esto del pelo —replica Ana.

En ese momento es mi estómago el que hace un ruido espantoso. En muchos rodajes me han tenido que dar de comer para que no saliera en escena, por mucho que luego se trabaje el sonido, pone nerviosos a otros actores.

—Tú estómago ha hablado, Carmen. Corred al hotel, nosotros seguiremos pringando aquí. Hay un coche especial para vosotras, para que no podáis manchar nada, nos vemos luego —dice Belén mientras sigue recogiendo las cosas.

Ana

Carmen no es una tentación cualquiera, es mi tentación más grande.

No me gustaría ir sola con ella al hotel, pero no es algo que yo pueda elegir. No ha respetado lo que dijo, no le puedo reprochar nada, yo tampoco lo he hecho, contra todo pronóstico, ella sigue aquí, le va a dar igual cualquier cosa que pase.

—Vamos, Carmen, cuanto antes podamos irnos, antes puedo lavarme el pelo —le meto prisa.

—Se me olvida que Ana Sierra siempre tiene que estar rodeada de lujo. Esto es un gran problema para ti. Cuidado que tiene barro en el pelo y se le estropea —contesta Belén.

Sin poder remediarlo, me sale la niña pequeña que tengo dentro y cojo un poco de fango que tengo en la melena y se lo tiro en el cabello a Belén. La escucho chillar y maldecir.

—Por soberbia innecesaria —digo.

Belén y el resto de nuestros compañeros están muertos de risa. Así es como funcionamos siempre, estamos cerca, nos hacemos felices y, la mayoría de las veces, hacemos felices a las personas que nos rodean.

—Largaos de mi vista cuanto antes, quiero comerme una hamburguesa doble con queso lo antes posible y me estáis molestando aquí. Tenéis dos horas para limpiaros, ni un minuto más ni un minuto menos —nos amenaza Belén.

Miro el reloj, quiero saber qué hora es para que nos quiera dar dos horas más. Es la una de la madrugada, planean comer pasadas las tres de la mañana. Pretenden que, después del rodaje suframos *jet lag*, por lo menos mañana no tenemos que madrugar porque nos toca volver a rodar por la noche.

Hoy hemos conseguido, la mayoría, hacer deporte. Siempre nos ponemos como objetivo estar sanos durante el rodaje, pero mañana todos vamos a dormir. A partir del segundo día rodando por la noche, las sábanas son más apetitosas y salir de ellas un deporte en sí mismo.

El coche nos espera, no tardo mucho en subirme con Carmen, antes nos hemos quitado la ropa sucia, solo llevamos el pelo lleno de fango. Parece que está cansada, ha respirado con profundidad, dejando ir el estrés y la ansiedad de estar trabajando.

—¿Estás bien, cariño? —pregunto.

Carmen me mira extrañada.

—¿Me has llamado cariño? ¿Han cambiado nuestros términos y no me has querido decir nada? —cuestiona.

—No hemos cambiado las condiciones, pero eso no significa que no me preocupe por ti —sonríe suavemente al contestarle.

El coche sigue su rumbo de manera tranquila, el chofer ha puesto la radio y suena música en portugués, el ambiente es muy relajante y a mí me hace entrar en una atmósfera perfecta.

—Pues entonces, señorita, no me diga cariño porque mi corazón palpita más rápido de lo normal y, aun sabiendo que mi corazón trabaja correctamente, no me gustaría que le pasara algo, quiero vivir muchos años. Quizás a tu lado —replica Carmen.

—Quizás no, Carmen. Hay un alto porcentaje de que eso pase.

Tras lo que he dicho, el silencio se implanta en el coche, y, por un momento, es algo que agradezco enormemente. Necesito pensar y, a veces, se me hace bastante complicado si tengo a Carmen cerca de mí, es capaz de nublar mis pensamientos.

Al rato, el coche se para en la puerta del hotel, no tardamos mucho en ir hacia nuestras respectivas habitaciones. Caminamos en silencio, ambas tenemos el mismo miedo: caer en la tentación, destrozarnos una y otra vez aquello, el deber.

Es en la puerta de mi habitación que me doy cuenta de una cosa, no tengo la llave, me la he dejado en el otro pantalón que llevaba. Antes, cuando hemos pasado por recepción, me he fijado y he podido comprobar que no había nadie.

—¡Joder! Me he dejado la llave de la habitación en el camerino. Voy a intentar ir a recepción, a ver si encuentro a alguien que me pueda ayudar. Si no es así, tendré que esperar a que vengan los chicos del rodaje —hablo.

—Siento decirte que una de las primeras cosas que nos dijeron es que entre semana no hay recepción por la noche, solo un número de teléfono para cuando tengamos una emergencia.

—¿Esto no te parece una emergencia? —pregunto en modo irónico.

—Para nada. Puedes ducharte en mi habitación —pongo cara de circunstancia ante lo que me está diciendo, no deja que siga pensando, cuando prosigue—. Venga, Ana, puedo quedarme quieta, tranquila. No pasa nada.

Me hace hueco para que pueda pasar por delante de ella. Su habitación está muy ordenada, me sorprende, mi habitación al lado de la suya es una pocilga. Yo cuando llego a mi habitación dejo las cosas por todos lados, no pienso en colocar nada, es una buena metáfora de mi cabeza ahora mismo.

—Me ducho yo primero, privilegios de estar en mi habitación. El mando de la televisión estará seguramente entre las sábanas, siempre que voy a dormir debo tenerla encendida, me ayuda a no sentirme tan sola —dice Carmen.

—Sabes que no estás sola, ¿verdad? —pregunto mientras me acerco a ella y le acaricio la cara.

—Claro que lo sé, pero por desgracia, duermo sola. Aunque tienes en tus manos la solución.

—Eres una zalamera de mucho cuidado. A la ducha, que yo también comienzo a tener hambre —digo intentando mantener la conversación a raya.

Se va hacia el baño, aunque no muy convencida con mi respuesta. Voy pasando los canales sin tener en cuenta nada de lo que sale en la televisión, solo puedo pensar en Carmen, está desnuda en la ducha. Con esos pensamientos hago lo que al final es irremediable, ir a donde está ella. Giro el pomo despacio, dejo que el calor de la ducha salga por la puerta.

Carmen

En la ducha, al comienzo, me costó muchísimo relajarme sabiendo que Ana está en la misma habitación. El agua caliente y el suave olor a azahar del champú lo consiguen. Con tranquilidad, voy quitándome el fango del pelo, por suerte sale con mucha facilidad. No han utilizado productos excesivamente pegajosos.

Tarareo una canción, de la que desconozco la letra, e intento darme prisa, aunque esté en la gloria. Me ha dado la sensación de que he escuchado algo, pero el modo cascada de la ducha hace que el sonido del agua sea lo único que pueda escuchar. El misterio al enigma del ruido se soluciona rápido porque veo la sombra de Ana a través de la mampara.

Sigo con lo que estoy haciendo, no quiero que se eche atrás y se vaya, es cómo ver a un animal, si quieres contemplarlo no puedes hacer que se ponga nervioso y quiera huir. Escucho los pasos de Ana en el suelo de la ducha. Sus manos acarician mi espalda y el pelo.

—No me lo estás poniendo fácil cumplir, ahora mismo, lo que pediste... Eso de estar alejada de ti —digo.

—Podemos pactar una pequeña tregua. No podía estar en el otro lado de la habitación, contigo aquí, tan accesible y no acercarme a ti —contesta Ana.

Echo la cabeza hacia atrás cuando sus manos pasan por mi barriga, acariciando mis pechos, hasta dejar las manos en mi cuello.

—Es por esto por lo que necesito estar fuera de tu alcance. Si estás cerca, solo quiero tocarte, escuchar cómo gimes y besarte —susurra Ana cerca de mi oído, con sus labios muy pegados.

No consigo vocalizar nada, solo puedo coger una bocanada de aire mientras gimo. No creo que mis piernas puedan mantener mi peso por mucho tiempo.

—Carmen, voy a follarte aquí, pero primero necesito que me ayudes a quitarme todo el fango.

Me doy la vuelta para saborear los labios de Ana. Cuánto echaba de menos sus labios, adentrarme en ella y perderme en ella.

—Claro que sí, amor mío —contesto.

Se le ilumina la cara ante mis palabras. Cojo el gel y comienzo a enjabonar todo su cuerpo, acariciando deliberadamente la mayor parte de su cuerpo. Ella está extasiada con el hecho de estar a sus órdenes, con el hecho de que esté tocando su cuerpo.

No tardamos demasiado, la suciedad de su pelo se quita con facilidad y muchas de las ramas las aparto y las pongo afuera. Es maravilloso tenerla tan cerca como para poder fundirme con su piel.

—Ahora sí, Carmen, date la vuelta, ponte como estabas cuando he llegado —ordena Ana.

Ana me toca, profundiza y me ahoga en mi propio placer. Está tan cerca que puedo confundir mi piel con la suya. Está follándome de una manera deliciosa, introduciendo los dedos de manera despacio. No creo que pueda aguantar su ritmo por mucho tiempo.

—Cariño, me voy a correr y no sé si podré sostenerme —digo gimiendo.

—Hazlo, yo te sujeto.

No hay más palabras, solo se escucha el agua correr, tengo la sensación de que la temperatura es superior a la que estaba antes.

Ana

Cuando siento que Carmen comienza a correrse, le sujeto como puedo, hago que se dé la vuelta para poder besarla y saborearla. Me encanta tenerla en mis manos, poder adentrarme en ella y sentir como se corre.

—Necesito recomponerme, dame dos minutos —dice apoyando su cabeza en mi hombro.

—No te preocupes.

Se lo digo porque me gusta tener su piel pegada a la mía, me gusta escuchar como su respiración se va estabilizando después de dejarse ir.

No tarda mucho en comenzar a erguirse y se sostiene por sí misma. Siento sus manos por todo mi cuerpo, parece que tiene la capacidad de transformarlas en miles, provocando que esté a punto de correrme. No me había dado cuenta hasta este momento que estoy ardiendo.

—Carmen, no te andes con rodeos, no estoy para eso, ve al grano.

No tengo la necesidad de suplicarle dos veces, introduce sus dedos y grito con desesperación. Estoy muy sensible, no hace falta mucho tiempo para que termine igual de rápido que ha comenzado todo.

—Ana, ¿esto es lo que provoco en ti?

—¡Joder! Sí.

—¿Qué decías antes en el set de rodaje sobre lo de maldecir?

Su cuerpo está pegado al mío, me susurra al oído cada vez que habla. Me muerdo el labio, fuerte, buscando no volver a maldecir, es lo único que me sale hacer, es lo único que se asemeja a lo que estoy sintiendo.

No me da tiempo a nada más, en apenas segundos me estoy corriendo en sus manos, con ella dentro y nada más importa.

—Espero que esto te haga tener claro que lo quieres el resto de nuestra vida, Ana.

Capítulo 14

Ropa compartida

Ana

Son esas palabras las que hacen que me deje caer en sus brazos. No sé en qué momento de mi vida me he permitido tener algo que no sea esto. Algo que inundara todo, me arrase la existencia como lo hace un fuego forestal: sin piedad. La sensación de que, si me muero en este momento, es el más adecuado para hacerlo.

El momento exacto en el que todo a mi alrededor está ordenado de la manera correcta y la partida de ajedrez no se tiene que jugar porque la partida está ganada desde el principio.

Solo quiero sentir su piel, el agua correr y las lágrimas que se derraman por mis mejillas después de ser consciente que esto es como una revelación. Sus manos están en todo mi cuerpo, como si supieran estar donde más lo necesito.

¿Es esta mi catarsis? Sí, sin lugar a duda, es capaz de crear algo tan intenso y a la vez tan sincero.

—Cariño, ¿vas a querer ir a la cena? —habla Carmen.

Me saca de mis pensamientos, sin ninguna intención. No sabe lo que está pasando por mi cabeza y, en gran parte, agradezco la tranquilidad de mis pensamientos y como me deja estar por unos momentos antes de volver a la realidad. Es en este instante en el que te das cuenta de que todo está bien, si se está en el momento adecuado.

—Sí, preciosa —contesto a su pregunta.

Me sostiene suavemente y me dirige fuera de la ducha. Carmen hace las cosas sin pedir nada a cambio, sin necesidad de que sea siempre recíproco, es algo que jamás había pensado antes. Sabe esperar sin tener que pedírselo.

Cuando estamos fuera, Carmen coge una toalla y me habla mientras me sienta en la cama.

—Voy a secarte un poco, luego te voy a traer algo de ropa, que sepa que te va a quedar bien. Por supuesto, te traeré algo coqueto, para que nadie pueda decir que has bajado el nivel, ¿te parece bien? —habla Carmen.

No espera mi respuesta para andar, no quiero que se vaya de mi lado. Quizás, todas las cosas de las que se hablan en los libros es una realidad. Nuestro hogar está donde llorar no es una debilidad.

Agarro su brazo con fuerza, atrayéndola a mi cuerpo.

—Aún nos queda tiempo —le digo.

Nos miramos, puedo sentir que su respiración se vuelve a acelerar con anticipación al toque de mis manos. Te das cuenta de lo bueno que es tener a una persona en tus manos cuando eso te produce placer, es una de las cosas que no le ocurren a todo el mundo. Mi cabeza sigue en estado de catarsis, pero mis dedos viajan sin pensarlo hasta la comisura de su boca, delinear sus labios, poder saborear en su propia boca el deseo es el pecado, es la manzana para Eva.

—Cariño, si lo vas a hacer, no tardes, esta vez no juegues —suplica.

No soy capaz de hablar, no soy consciente de este estallido de realidad. Pero intentar vivir el presente me lleva a focalizar en el placer de Carmen, a perderme en todo lo que me hace sentir.

Carmen

Ana está muy seria, no sé exactamente qué se le está pasando por la mente, pero necesita un momento de paz. Puede parecer que duda de algo, pero sus manos sucumben a la tentación. Sus caricias son el fuego, mi cuerpo es cera moldeándose y mi boca busca desesperadamente aire que alivie el calor.

El placer que produce estar con Ana no es comparable con nada que haya sentido antes. Tampoco sabía que existía, siempre he querido algo parecido a lo que representaba en la pantalla con mis personajes, pero no sabía que existía.

No contesta a mis palabras, hace caso a la necesidad de mi cuerpo, lo cubre, como si hiciera frío y yo necesitara una manta.

Sus manos se dirigen a mi espalda, resbalan con la ayuda del agua hasta el final. Agarra mis muslos con fuerza, haciendo que un gemido se escape de mi boca. Ana está sentada en la cama, concentrada en mi cuerpo.

Me siento encima de ella y la beso con desesperación, como si el fin del mundo se estuviera produciendo y nosotras estuviéramos retrasando el final. Ana resbala a través de mí.

—Ana, lo justo ahora sería blasfemar —le digo susurrando.

La frase sale entrecortada, ella sigue con cada acometida a mi cuerpo, silenciosas, como cada paso que ha dado para colarse en mi cabeza y en mi vida.

Estoy a punto de correrme cuando Ana para, me mira, posa una de sus manos en mi cuello, apretando de la manera correcta, creando la excitación perfecta, me lleva al borde. Necesito que haga cualquier cosa, necesito correrme.

—Ana, por favor.

Me levanta y me sienta en la cama, donde antes estaba ella. Se arrodilla delante mía, y ante esa imagen yo solo puedo pensar que es como una diosa caída del cielo. No puedo decir que pase

mucho tiempo cuando estoy temblando y agarrada a sus hombros.

Me arrastra en la cama hasta que mi cabeza toca la almohada. Pasea sus manos por mi cuerpo, alargando el momento hasta que suena el teléfono. No quiero cogerlo.

—Si no coges el teléfono, me llamarán a mí y luego nos buscarán, lo sabes —dice Ana.

Con resignación, alargó la mano hasta el teléfono, está en la mesita cargando.

—¿Sí? —descuelgo.

—¿Has visto a Ana? —pregunta Belén.

Giro la cabeza hacia la derecha, está pegada a mí, me mira y sonrío. Está escuchando la conversación y no sé qué quiere decir con su mirada.

—Sí, ¿hay algún problema?

—Tenemos su tarjeta de habitación. Hemos intentado llamarla y no nos coge el teléfono. ¿Cómo pensaba ducharse? —pregunta Belén buscando información.

—Nos dimos cuenta cuando llegamos al hotel. Le dije que se podía duchar en mi habitación y después se cambiaba de ropa, cuando ya estuvierais aquí.

—Claro, como si ahora necesitara ropa Ana, por favor, Carmen —Belén intenta tocarme un poco las narices.

—Belén, no.

—Vale, vale. Tenéis cinco minutos, la tarjeta de Ana la dejo en tu puerta —me imagino que tiene los brazos en alto, pidiendo paz.

Cuelgo la llamada antes de que vuelva a la carga. Belén no puede callarse, es el tipo de persona que le encanta sacar de sus casillas a las demás. Le gusta tener el mayor número de información en su poder, aunque eso no la hace utilizarla de mala manera. Es una persona bastante discreta.

—Cariño, me ha dicho que tenemos cinco minutos. Con el carácter de Belén cuando tiene hambre no se juega.

He vuelto a mi posición, acariciando a Ana. Ninguna de las dos nos queremos mover, quiero quedarme aquí y que el sol salga por donde quiera. Fuera de esta cama puede estar ocurriendo miles de cosas, pero nuestra realidad está aquí.

—Ya voy, ya voy. Cualquiera aguanta a esta señora como lleguemos tarde —dice Ana, dándome un beso antes de levantarse.

Se levanta totalmente desnuda, la miro con descaro, repaso cada centímetro de su cuerpo y busco guardarlo en mi memoria. Es necesario guardar en nuestras retinas ciertos momentos como

este, para que cuando peor puedas estar recordar buenos momentos. Ella está de pie con toda la naturalidad del mundo, tanto que se le olvida que no puede salir desnuda de la habitación, aunque su intención es hacerlo.

—¿No crees que te falta algo? —carraspeo y la miro de arriba abajo.

—No te ha importado que estuviera desnuda hace un momento, podría seguir así —lo dice mientras va al baño a coger un albornoz con los que obsequian en los hoteles.

—No estaría mal que siguieras desnuda, pero en mi habitación, no fuera de ella.

Niega con la cabeza y se va de la habitación. No me queda más remedio que salir a la realidad, abandonar la cama y vestirme. Cojo unos vaqueros y una camiseta, para ir cómoda, y no me pongo un chándal porque está sucio. Va a ser una velada tranquila para comer y relajarnos, algo que se suele hacer después de un día largo de rodaje.

En el pasillo no hay nadie, seguramente estén todos abajo esperando. Como no quiero meterle presión y prisa a Ana, me voy yo sola hasta el ascensor. Aprieto el botón y espero a que la máquina llegue.

Mientras espero el ascensor, pienso en todo lo que ha pasado en tan poco tiempo y me hace pensar en el futuro. Llevo tiempo trabajando con la psicóloga el hecho y la necesidad de focalizar solo en el presente, pero se me hace imposible.

¿Será posible realmente nuestra relación o es solo fruto de la adrenalina que produce estar juntas a escondidas, la que hace que se siga manteniendo?

Ana es una persona sumamente complicada, tiene un gran corazón, pero hay que tener en cuenta que es una mujer muy soberbia, una parte que me gusta de ella, pero que puede dinamitar una relación bastante fácil. Ella es capaz de ser egocéntrica y arrogante y, a la vez, conseguir que todo el mundo que la rodea la quiera así. Por suerte, a escondidas es como un gato, solo quiere que la cuiden y la protejan, aunque aparente que desee soledad.

—Eso de que el placer y el trabajo no van de la mano, no es algo que os pase a vosotras, ¿o me equivoco? —la voz de Belén me da un susto increíble—. Lo siento, pensé que me habías escuchado llegar.

—No pasa nada, Belén. Solo estaba pensando —contestó—. Te estás divirtiendo a nuestra costa, ¿verdad?

—La verdad es que un poco sí. A ver, estoy lejos de casa, tengo pocas cosas que me diviertan aquí y vosotras me estáis proporcionando una de las mejores telenovelas que haya podido ver —sonríe, la muy sinvergüenza.

—Sin ninguna duda, tienes material para no aburrirte.

—Entonces al grano, ¿ha vuelto a caer en tu tentación? —pregunta Belén frotándose las manos.

—¿Lo dudabas? —pregunto.

—No, lo cierto es que no. Las palabras de Ana se desvanecen en cuanto habla de ti. Me parece fascinante la relación que tenéis, hacía mucho tiempo que no veía que dos personas tuvieran tanta química y, a la vez, se lo pongan tan complicado.

Subo los hombros en respuesta a su afirmación. No somos personas sencillas, no tenemos todo a nuestro favor y tampoco somos dos jóvenes que pueden romper con todo lo que les rodea por estar juntas. En ocasiones, me gustaría poder cortar por lo sano y tener un poco de tranquilidad. Sin embargo, nadie elige la persona de la que se enamora y pocas personas consiguen que el amor sea constante y sano.

—Llevo mucho tiempo pidiéndole a Ana que lo hagamos más sencillo, pero, después de todo este tiempo, dudo que entre nosotras algo pueda ser sencillo —digo a Belén, con un poco de preocupación.

—Es complicado, sí, pero mientras todo esto os está pasando, iremos escribiendo sobre una telenovela. Aunque si lo pensamos, no tendrá tanta fama porque nadie se está enterando de lo que está ocurriendo.

—Vamos a intentar cambiar de tema, nos reunimos con gente y no quiero que sepan nada. ¿Se ha animado la gente del rodaje para ir a cenar? —le pregunto, cambiando de cuestión.

—Somos unas cinco o seis, al resto le ha podido el cansancio más que el hambre.

Estaba en lo cierto, cuando llegamos a recepción están unas cuantas personas esperándonos, incluida Ana. Parece ser que ha sido más rápida que yo. Al acercarme al grupo y saludar, pasa algo que me lleva sucediendo por un tiempo: quiero acercarme a Ana libremente y besarla, cada vez me supone más complicado aparentar que nada pasa y la distancia se hace más latente.

—Vamos a mover los culos, que estoy deseando probar las hamburguesas —grita desesperada Belén, haciendo que muchas del grupo le hagan el gesto de que baje la voz, va a despertar a todo el hotel.

Por suerte, Belén no nos ha mentado, es una manía que tiene cuando el hambre la absorbe. El bar está muy cerca, algo que nos da un poco de alivio a los demás, no estamos como para ir muy lejos. Al principio pensé que el plan no era buena idea, pero estar alejada de mis pensamientos a través de una charla me ayudará.

Capítulo 15

Ana jamás dejará de ser ella misma

Ana

Que no puedo separar lo profesional de lo personal, cuando ella está cerca, es un hecho que no tengo que comprobar más. Eso me lleva a la conclusión de buscar la manera de ver a Carmen sin que nadie, que no queramos nosotras, se entere. Primero tenemos que saber qué hay entre nosotras, moldearlo a nuestro gusto y avisar a nuestras familias, deben estar preparadas para lo que va a pasar en los siguientes meses.

Belén había insistido en ir a este sitio, una y otra vez, antes de comenzar el viaje y el rodaje. Al llegar entiendo el porqué, puedo oler la carne a la brasa, el olor a patatas fritas y el ambiente, para ser casi las tres de la mañana, es una maravilla: está lleno de gente divirtiéndose, comiendo y celebrando.

—¿Qué os parece si nos sentamos al fondo? —pregunta—. No es que no quiera sentarme por aquí, pero prefiero que no nos reconozca nadie —dice nuestra compañera Lucía.

—Eso no lo dirás por nosotras, ya te lo digo. Nosotras hacemos que estas dos brillen en pantalla y nadie nos reconoce. En fin, qué poco tacto, querida —dice Belén riéndose.

Tiene toda la razón, así es la industria del cine. Todo el mundo conoce a los actores, pero pocos conocen a los artistas que hay detrás de las cámaras, esas personas que no salen en la gran pantalla, pero que hacen magia.

—Ana, ¿estás bien? —me pregunta Lucía.

Giro el cuello hacia ella y la miro intentando sonreír un poco.

—Sí, estoy algo cansada, como todas. Esa hamburguesa va a despertarme —contesto.

¿Se habrán dado cuenta de algo? ¿Se habrán dado cuenta de que estoy atrapada en su mirada? ¿Se habrán dado cuenta de que, por primera vez en mi vida, el mundo se mueve alrededor de una persona? Seguramente nadie es consciente y, si en algún momento sale a la luz, les parecerá lo más normal del mundo.

La camarera no tarda en venir a tomarnos nota. Las chicas se están animando al saber que por la mañana no hay que trabajar, las lleva a pedir cervezas. Hablan de manera divertida y me hace feliz a pesar de tener una pequeña angustia vital.

—¿Qué es lo primero que vais a hacer cuando volváis a estar en vuestra casa? Echo muchísimo de menos mi sofá y mi cama. Suena muy dramático porque solo llevamos dos días —dice Macarena.

—Claro, seguro que lo que más echas de menos es tu cama y el sofá. Espera que tu mujer se entere de estas duras declaraciones. ¿Cómo llevas que estés siempre rodeada de chicas guapas como nosotras? —le pregunta Belén, antes de beber del botellín.

Estallamos de la risa por la amenaza de Belén. Macarena tiene muchísima suerte, lleva casada con su mujer diez años y llevan desde que tenían veinte, ella tiene cuarenta y cinco ahora.

—Ella lo dice muy a menudo: “Nadie te va a aguantar, tú sabrás si te la juegas por un polvo” —imita la voz de su mujer a la perfección.

Eso me hace gracia porque yo también sé que no todo el mundo me aguantaría, tengo más edad que ellas y sigo haciendo las cosas mal, en muchas ocasiones me comporto como una malcriada y, es en ese punto, donde no soy capaz de empatizar con la persona que tengo enfrente. Otra cosa que también me identifica es la soberbia; no lo puedo remediar.

La conversación se desvía rápidamente cuando Alexandra, quien suele encargarse de las escenas y las fotografías, habla:

—Chicas, las fotos son una maravilla, ya están editadas y se van a lanzar mañana como adelanto, ¿creéis que tenemos posibilidades de llegar a Hollywood?

—No lo creo, sinceramente. Tenemos alguna posibilidad teniendo a quien tenemos delante, pero es muy difícil. Al final, la categoría de mejor película extranjera busca algo más melodramático. Enseña las fotos —dice Belén.

—Luego, yo tengo una pregunta para vosotras —dice señalándonos a Carmen y a mí—. ¿Estáis seguras de que no hay nada entre vosotras, no os gustáis ni nada? Porque no me jodáis, esas fotos son una de las cosas más intensas que he visto entre actores desde que comencé —habla Alexandra.

Miro a Carmen y sonrío con complicidad. Callo, queriendo escuchar la respuesta que tiene en la recámara.

—A ver, es más fácil tener química con una mujer a la que conoces desde hace tiempo, que con cualquier hombre. Eso, por una parte, además, actuar con Ana es muy fácil. Entiendo que la mayoría de las personas piensen así, pero de eso se trata nuestro trabajo: engañar al espectador cuando se necesite.

Levanto una ceja intentando no sonreír, que nadie pueda ver que nos están pillando. Carmen responde como si fuera cualquier periodista.

—Venga ya, Carmen, me contestas como si estuvieras teniendo una entrevista conmigo.

—Te respondo yo, todo lo que ves no es verdad. Es un espejismo —salgo al rescate de Carmen.

—Y la otra es enigmática. No puedo con vosotras dos, de verdad.

Por suerte para nosotras, llega la comida y las bebidas, desviando de manera agradable la conversación a otros lados. Carmen le da el primer bocado a la hamburguesa, cierra los ojos y disfruta de los sabores.

Es imposible que pueda mirarla sin sentir deseo, Carmen tiene una forma de comer que me hipnotiza, saborea cada bocado con un gran sentimiento. Una gula recorre mi cuerpo mezclándose con lujuria que me lleva a obligarme a girar la cabeza y dejar de observarla, porque al final la evidencia no se puede esconder.

Carmen

Ana parece inquieta a mi lado, la pregunta anterior no le ha tenido que gustar. Puede ser que la realidad salga a la luz antes de lo que queremos, es difícil mantener a raya el papel que queremos en nuestra vida diaria.

No será un proceso fácil, Ana será la más perjudicada, ella es la que está casada y la que está teniendo una relación extramatrimonial. Yo no estoy haciendo nada malo a los ojos de la prensa, ella sí. Es mejor no estar casada y que mi hija lo sepa está facilitando el proceso para mí. ¿Cuál sería la mejor manera de contarlo al mundo? Esta pregunta es difícil de contestar sin que salga nadie herido.

La comida se termina bastante rápido, salimos del bar bastante pronto. La noche está tranquila, la temperatura es agradable y se puede ver a varios grupos de personas paseando y yendo de un lado a otro.

—¿Qué os parecen un par de cervezas más en un bar que tiene terraza cerca de aquí? —pregunta Lucía.

—Yo prefiero irme a dormir —habla Ana.

Todas giran la cabeza hacia ella y la miran como si estuviera diciendo una locura. Aunque todas mataríamos por una cama después de un día de grabación, también sabemos que tomarnos algo va a hacer que la relajación llegue antes.

—Ana, una y nos vamos al hotel —dice Macarena.

—¿Cuántas veces me tengo que creer ese cuento, chicas? —pregunta alzando la ceja y riéndose.

Aunque no las crea, siempre cae en las frases hechas. Viene con nosotras y a mí me encanta, al fin y al cabo, es pasar tiempo juntas, aunque mi mayor inconveniente es no poder besarla.

A Ana se le olvida el poder de atracción que tiene, las personas que la rodean besarían el suelo por donde pasa si ella lo pidiera. Es una persona que tiene mucha personalidad y carácter.

—Si siempre te dejas arrastrar, ¿para qué quejarte? —dice Belén mientras comienza a andar hacia el bar.

Las chicas se adelantan y nos dejan atrás, aprovecho para poder hablar con ella con tranquilidad.

—¿Estás bien, Ana? Te noto un poco tensa —le pregunto.

—Carmen, en algún momento habrá que contarlo, ¿te das cuenta de lo difícil que será? —dice con resentimiento.

—¿Estás loca? Ya hemos hablado sobre esto. No lo vamos a contar mientras estés casada —le digo mientras le cojo del brazo para que pare un momento la marcha—. No es lo más recomendable teniendo en cuenta que te van a acribillar, por ahora hay que estar en la sombra.

Y, sin ninguna duda, este es el otro superpoder de Ana, sacarte de quicio con pocas palabras. Siempre tiene la necesidad de decir lo que quiere como quiere sin tener en cuenta la repercusión.

—Pero no veo justo estar en la sombra, como si quisieras esconderme —esta vez levanta la ceja de otra manera, no se está divirtiendo.

—¿Qué mosca te ha picado, Ana?

Justo cuando va a contestarme, escucho la voz de Belén, que se está acercando a nosotras, creo que nos hemos quedado muy rezagadas.

—Tortolitas, después habrá tiempo. Moveos que no tenemos toda la noche.

—Te estás malacostumbrando a ser inoportuna, querida —le digo.

Ana sigue la conversación, riéndose de manera falsa, son demasiados años trabajando con ella como para no darme cuenta de que no está siendo sincera. Esa postura infantil me hace replantearme muchas cosas con ella, pero es otra parte que tengo que aceptar si quiero estar con ella.

Hablar con ella ahora va a ser imposible, cree que lo que ha dicho es lo correcto. Cuando la realidad no es que la quiera esconder, es que debemos estar en un segundo plano y hacer las cosas de la manera correcta.

Ana

En muchas ocasiones Carmen no es la persona que mejor se comunica, echarme en cara que no quiere que digamos nada porque yo aún no me he separado, no ayuda a cómo me siento al respecto. Le he entregado lo que soy, antes de mover ninguna pieza en el tablero de mi vida.

En algunas ocasiones la vida se puede poner cuesta arriba y, por mucho que con los años vas adquiriendo maneras de solventarlo, siguen existiendo esos instantes.

Es el momento de desconectar mi parte racional y disfrutar de la noche.

Gracias a Belén la discusión ha acabado pronto, no tenía necesidad de seguir hablando con ella delante de todo el mundo, en mitad de la calle, sabiendo que tenía que ser una conversación privada.

Sin pensar en nada que no sea yo misma, me dejo arrastrar por las chicas por el bar hasta llegar a la zona de la terraza. Es un espacio muy grande, hay muchas personas en las mesas que se encuentra distribuidas alrededor de la pista de baile que se sitúa en el centro.

El bar, se puede decir, que es un poco cutre, lo que nos lleva a que pocas personas nos puedan reconocer. Es un punto positivo porque cuando bebo y estoy llena de pensamientos reivindicativos, suelo hacer locuras, como cuando estaba en la universidad, sin pensar en la edad que tengo.

Estar rodeadas de personas no conlleva que yo no me sienta sola. Muchas de las personas que se encuentra en este lugar, seguramente, estén aquí para no sentirse tan solas.

La mesa que encuentra Belén es pegando a la barandilla de la terraza, las vistas de la ciudad son preciosas. Mis compañeras tardan poco en traer bebida y yo la acepto, sin pensar que es lo que me ofrecen. Me atrapa todo lo que hay a mí alrededor. Este bar se ha elegido por algo y no tardo mucho en darme cuenta, hay muchas parejas de mujeres y de hombres bailando, es un pub de ambiente. Una de mis compañeras está soltera, y siempre le han gustado las mujeres, así que me hago una idea porque estamos aquí.

—Esta chica nunca pierde el tiempo —dice Belén.

—No te viene bien, ¿te recuerdo que duermes en la habitación de al lado? —habla Lucía.

Resopla Belén, siempre está condenada a estar cerca de la habitación de ella, algo que la lleva a no dormir demasiado, es una maestra llevándose a mujeres a la cama, en muchas ocasiones le da igual a quién llevarse con tal de no dormir sola.

Las conversaciones van surgiendo, estamos tranquilas y la noche comienza a pasar sin darnos cuenta, ese hecho está haciendo que mi cabeza deje de pensar.

Me tengo que levantar en mitad de una conversación, necesito ir al baño. No sé dónde está y cuando me levanto noto los efectos del alcohol. El camino se complica un poco, teniendo en cuenta que hay que pasar por la pista de baile.

Una chica me para en mitad del camino, tiene los ojos claros, y el pelo bastante oscuro, por un momento, me recuerda a Carmen.

—Hola, ¿te gustaría tomarte algo conmigo? —pregunta.

Su propuesta puede ser bastante atractiva, como ella. Pero por mucho que sea halagador no es con ella con quien quiero tomarme una cerveza.

—Entiendo que te pueda desagradar que te hablen sin más. Pero es que he sentido un magnetismo, y no he podido dejar pasar la oportunidad de hablar contigo —ella sigue hablando,

aunque yo no diga nada.

—Antes de nada, tendrías que decir tu nombre y presentarte, ¿no crees? —le pregunto con un toque ácido.

La mujer me mira sonriendo, cree que ha ganado con esta jugada tan patética para acercarse a una persona, pero la realidad es diferente.

—Me llamo Martina, tengo casi treinta años, por si también te lo estás preguntando —enarco una ceja ante su afirmación—. Si opinas que soy demasiado joven, no te preocupes, solo hay que estar abierta a nuevas oportunidades.

Tiene muchísima cara, le da igual enfrentarse a casi un imposible, ¿sabrá quién soy y por eso es tan directa? Habla un perfecto español. Quizás no lo sepa y la verdad es que no se liga más por ser guapa o interesante, se suele ligar más cuando se le echa morro a la vida y te lanzas.

—Por desgracia, para ti, aquí está el amor de mi vida, si no fuera así, me tomaría mil cosas contigo —me acerco a ella—. Le echas agallas a la vida, aunque no sé si lo haces porque me conoces de verdad, pero te agradezco que seas tan directa —antes de irme le doy un beso en la mejilla.

Antes de que pueda decir nada, siento una persona cerca de mí, que no es Martina.

Carmen

Sigo con la vista a Ana, ha dicho que va al baño, pero una chica joven le ha interceptado y ella parece que está encantada. Le encanta ser el centro de atención, sentirse querida y que la halaguen, sobre todo esto último. Son cosas que he visto en varias ocasiones. Me sale hacer cualquier tontería.

—No te preocupes, Carmen, es una cría —dice Belén dirigiendo la cabeza hacia el mismo lugar que yo.

—Qué fácil es decirlo desde tu perspectiva, la cual no está viendo ni sintiendo lo mismo que yo.

No lo pienso mucho cuando me levanto para acercarme donde está Ana, haciendo caso omiso a lo que me dice Belén. Solo quiero aclarar la conversación que hemos tenido, antes de que pueda liarla con su prepotencia.

—Hola, necesito llevarme a esta mujer un momento, si no te importa —tiro del brazo de Ana mientras me dirijo a la otra chica.

—Tranquila, encantada de conocerte —se dirige a Ana y yo solo tengo ganas de arrancarle la cabeza—. Espero que la siguiente vez, me digas tu nombre.

—Más quisieras —escupo las palabras con toda la rabia que tengo.

Arrastro a Ana hasta el baño y cierro la puerta de un portazo, estamos donde las miradas indiscretas no nos pueden ver. Me giro para mirarla, está desubicada y con cara de enfadada, seguro que quería seguir hablando con esa chica, como si no pasara nada entre nosotras, se le hincha el ego en estas situaciones.

—¿Necesitabas intimidad con esa chiquilla? —pregunto. Me mira sin contestarme, ríe de una forma muy prepotente—. ¿Así va a ser? Ana, ¿a la primera de cambio te vas a ir con cualquier mujer?

Tengo miles de reproches en la punta de la lengua, tengo tanta ira que me pego a ella con rabia. Suspira y, por desgracia, aunque estoy cabreada, ese suspiro hace que tenga más ganas de besarla y borrarle la sonrisa de la cara.

—Yo te digo que debemos esperar para decirlo y que salga a la luz, y tú vas a salir del armario por la puerta grande, con otra mujer en mitad de una pista de baile, sin pensar en mí —le digo con reproche—. Pero te voy a contar un secreto, ella no va a conseguir que sientas ni la mitad de lo que estás sintiendo ahora, Ana.

Acerco su boca a la mía agarrando su cuello. Ana está mirando mis labios, alternando con mis ojos, su boca está ligeramente abierta con hambre y sed. Respira de manera alterada, aunque quiero besarla, tengo que mantener la calma y hacerle sufrir, como ella a mí, es lo que me pide el cuerpo.

Bajo una de mis manos hasta su muslo, aprieto con tal fuerza que se le escapa un suspiro. Me quedaría aquí, en este momento, para la eternidad.

—¿Sientes esto cuando otra persona está cerca, Ana? —pregunto.

—Carmen —su voz es un susurro.

No creo que pueda decir nada racional ahora mismo y era eso exactamente lo que estaba buscando, que no tenga nada que decirme. Me separo de ella, la dejo pegada en la pared, con los labios entreabiertos y sus manos aprisionadas por las mías para que no pueda moverlas.

No tarda en reaccionar, hace algo que no me esperaba. Coge uno de mis brazos y me da la vuelta, hace que mi cara esté pegada a la pared. La pared está fría, contrasta con el calor de su cuerpo pegado al mío. Hace que la temperatura sea la adecuada.

—Eres demasiado imbécil cuando quieres, Carmen —dice en mi oído.

Mete su mano derecha entre mis pantalones, pasea sus dedos por mis labios.

—¿Te pone cachonda tener el control, Carmen?

—No. Lo que pasa es que no me gusta que hagas el tonto —digo en un pequeño susurro—. Son muchos años conociéndote y no te creía tan estúpida para hacerlo todo mal.

Capítulo 16

El baño

Ana

Quiero tener el control, a pesar de que la habitación me da vueltas por el alcohol, la excitación y las palabras de Carmen hacen que tenga la piel de gallina. Es la única persona en el mundo que es capaz de que quiera arder en cualquier parte del mundo, no necesita grandes alardes para conseguirlo, muchas personas afirmarían que lo hace sin inmutarse.

—Saca la mano de mis pantalones, Ana.

Tras las palabras siento un escalofrío en el cuerpo. Tiene el poder de hacer lo que quiera conmigo, soy un títere ante sus órdenes. Saco mi mano lentamente, saboreo el placer de ella a pesar de querer mantener el control.

—Mucho mejor. Date la vuelta, Ana.

—Esa chica se me acercó a hablar y yo aproveché para llamar un poco tu atención —aunque la segunda no era del todo cierto, me ha servido para que Carmen esté aquí conmigo ahora.

Lo peor de estas palabras es aceptar que, aunque no ha sido así, lo hubiera hecho para llamar la atención y eso es un hecho bastante revelador. Es un cliché decir que no me había pasado esto con nadie, pero es así, no se puede tapar la realidad.

Aquí me tiene, a su merced, a merced de su placer y al límite.

Consigue que mi cara esté pegada a la pared, con la inclinación perfecta para tener mi culo expuesto ante ella. Baja mis pantalones, noto sus caricias al paso de sus manos. Los pantalones tardan muy poco estar en el suelo.

—Ahora te vas a estar quieta y sin decir nada. Ya tenemos una edad, Ana, para pedir las cosas como personas adultas, de manera más razonable —susurra en mi oído.

Todo palpita. Mi corazón late tan fuerte que soy capaz de escuchar cada latido.

Diástole, sístole, diástole, sístole.

El sonido exterior se ha esfumado, parece que estamos en una cámara donde no puede llegar nada de afuera.

Carmen

Es la posición perfecta para mandar un mensaje claro y contundente a las inseguridades y el ego de Ana: estoy aquí.

Siento su respiración, es profunda e intenta por todos los medios no gemir demasiado alto. Hago algo por impulso, que resuena junto con su gemido ahogado.

—Carmen, ¿se te ha ocurrido pegarme? —pregunta Ana gimiendo.

No respondo con palabras, vuelvo a hacer lo que he hecho antes, resuena de nuevo y con ello, otro gemido. Puedo sentir mi excitación, y noto que mi cuerpo va a explotar sin ni siquiera tocarme.

—No puedo dejar pasar tu comportamiento.

Introduzco mi mano derecha entre sus bragas y noto como resbala, como ella se mueve y como gime suavemente. Seguimos inducidas en nuestro momento. La música ayuda a que el eco de los gemidos de Ana se pierda en millones de notas.

Me dejo llevar con ella, a través de las embestidas, y siento que el placer que me da sin ni siquiera tocarme es mayor que cualquier otro placer que haya podido sentir en algún momento. Solo puedo estar dentro de ella para hacerle saber que nada malo puede pasar si estamos juntas.

Ana comienza a tocarme, la excitación, el ruido y su olor me lleva a correrme en apenas unos segundos. No tarda mucho en correrse, también. Me agacho, su culo está rojo, quizás le duela más tarde, le doy un beso suave, haciendo que suspire, y la ayudo a subirse los pantalones.

No tardamos mucho en salir del baño, por suerte veo que no hay nada raro, no hay nadie que se haya dado cuenta de que faltábamos. Andamos a la mesa con toda la normalidad que me dejan mis piernas, es un poco complicado, pero espero que no se note. A Ana la pierdo por el camino, parece que la chica de antes la ha parado.

La chiquilla de antes, pero esta vez no me lo tomo igual.

Cuando Ana vuelve a la mesa con nosotras, tiene cara de agobio.

—Vaya, Ana, por donde vas dejas un reguero de corazones rotos —Lucía alza la voz ante todas.

No le falta razón.

—Es normal y prepararos cuando la vean en la película, todo va a ser mucho más intenso —dice Belén.

—Sois un poco exageradas. Lo único que he hecho es ser agradable con alguien, lo suelo hacer mucho — dice Ana inocente.

—Ser agradable no está mal, pero a lo que me refiero es que esa muchacha hubiera hecho lo que tú hubieras querido. Ese poder tiene que dar un buen subidón.

Al final la conversación se desvía, Ana respira más tranquila, tiene el rostro relajado y la última conversación con la chica de la pista de baile no le ha afectado en lo más mínimo o eso es lo que aparenta.

—Si la sigues mirando así, la vas a desgastar, Carmen —dice Belén cerca de mí.

Que esté al lado mío no facilita el disimulo. Nunca pasa nada por alto, es una persona demasiado observadora.

—Seguramente, no es una persona que se pudiera desgastar por mirarla, porque si no ya lo hubiera hecho hace mucho tiempo, ¿has visto cómo la mira todo el mundo? —digo mirando a Belén—. Y no hablo desde la perspectiva de los celos, sino desde la perspectiva de que es comparable a una obra de arte, todas las miradas van hacia ella.

Belén se queda por un momento mirándome sin saber muy bien qué decir o qué hacer, supongo que hay veces que la situación o las palabras consiguen que te quedes estático con temor a decir o hacer algo que estropee el momento. Ella sabe que lo que tenemos Ana y yo, va más allá del sexo, y no quiere romper esa esfera de cristal, frágil, tan frágil que puede romperse si las miradas se posan en nosotras.

La música sigue sonando hasta que decidimos que lo mejor será irnos, todas somos conscientes de que tenemos que descansar para mañana, el rodaje sigue y las fuerzas comenzarán a flaquear conforme pasen los días.

El paseo hasta el hotel hace que mis pensamientos se disipen, estoy casi en blanco, no sentir nerviosismo me causa reparo, aunque suene contradictorio. Lo bueno es saber que voy a descansar mucho. Mis compañeras se separan, cada una coge un camino diferente a sus habitaciones, nos quedamos Ana y yo solas en el camino entre su habitación y la mía.

—Vente a mi habitación Carmen. Vayamos a descansar, creo que lo necesitamos —casi suplica.

Y, quizás, es complicado todo lo que nos rodea, pero podríamos hacerlo fácil, siendo nosotras cuando nadie más nos puede ver, ser parte de la ficción dentro de la realidad.

Capítulo 17

Apoyo

Ana

Desde aquella noche, nada había ocurrido entre nosotras, las peleas se habían quedado en un segundo plano y hemos estado haciendo lo que mejor sabemos hacer: trabajar juntas.

Hemos encontrado el equilibrio de la balanza, no ha sido una tarea fácil, se necesita muchísima comunicación y, sobre todo, paciencia, ya que el cansancio en un rodaje hace que estés más irascible.

Han pasado dos semanas desde que ocurrió el último incidente con ella. Todo este tiempo el rodaje se ha desarrollado con normalidad y hemos podido disfrutar de Portugal, un país precioso. La aventura aquí está a punto de terminar.

Llevo despierta una hora, mirando cómo duerme Carmen. Tiene la manía de dormir con las cortinas de la habitación abiertas; en cuanto sale el sol, la luz entra por la ventana y a mí me despierta. Quizás esto impida nuestra relación o una pequeña parcela donde discutir por algo insignificante, como cualquier pareja.

Suena el despertador de ella, es hora de levantarse, comienza a resoplar y a moverse, alargando el brazo para intentar apagar la alarma.

—Cariño, tienes que ir a tu habitación a por tus cosas y movernos. Tenemos que coger un avión —digo antes de darle un beso en la frente.

—Me hacen madrugar y encima tenemos que coger un avión. Estoy muy feliz —dice Carmen resentida y con ironía, levantándose de la cama.

—Ven, dame un beso antes de que te vayas. Yo voy a estar contigo, además la ingeniería área también está de tu lado, tranquila —le digo susurrando.

—Por mucho que me acompañes y sepa las probabilidades de morir, no hace que pierda el miedo a volar, ¿lo sabes no? —contesta antes de darme un beso.

Pone cara de circunstancia, a causa de lo que le toca vivir hoy, antes de salir de mi habitación. Yo, aunque me gustaría pensar en muchas de las cosas que me han pasado y en las que van a pasar, no tardo mucho en ponerme en marcha.

En casa, cuando lleguemos, va a comenzar lo más complicado, es ahí donde tendremos que separarnos y yo tengo que llevar adelante mi divorcio. Con mi separación hará acto de presencia la prensa, con sus mil y un rumores y habladurías.

En todo este proceso, lo peor, será no tener su mano apoyada sobre mi cuerpo por la

mañana. Cada mañana será un invierno frío e incómodo.

Reviso el móvil para ver cómo va la promoción de la película con las nuevas fotos de esta semana. Las pinceladas están ayudando a que todo el mundo esté enloquecido, a pesar de que quedan unos meses de rodaje y otros tantos de trabajo para que vea la luz la película, estás cosas ayudan a hacer una promoción prematura que mejorará la visión que se tiene del resultado final. Es una táctica más para llevar a la película al número uno en taquillas.

Tengo las cosas recogidas y preparadas desde anoche, solo me falta darme una ducha. Dejo que el agua caiga por mi cuerpo caliente. Me visto informal, cojo todas mis cosas y miro por última vez la habitación para comprobar que no me dejo nada.

En el bar que hay enfrente de recepción se encuentra la mayoría de mis compañeros, soy una de las últimas en bajar. El trabajo ayer fue muy pesado, se alargó más de lo que queríamos y se nos nota en las caras.

Cuando me siento en una de las butacas, busco con la mirada a Carmen, la cual aún no ha bajado.

—Buenos días, ¿tienes ganas de volver a casa? —sonríe radiante Belén, a pesar del cansancio y lo poco que hemos dormido.

No se puede ocultar esa sonrisa de felicidad y gratitud al saber que falta poco para estar en casa con tu gente y que el trabajo ha terminado satisfactoriamente.

—Creo que de eso no se duda. Estoy muy cansada, tanto de estar fuera de casa como de haber estado grabando noche y día. También estoy contenta al saber que el rodaje, después de estos días, será mucho más relajado, así estaremos menos cansadas —le digo a Belén.

Le sonrío y pido un café con leche, ayudando así a mis neuronas a comenzar a trabajar y comenzar el día como se debe.

—¿Cómo ha dormido Carmen? ¿Está preparada para volar? —Belén desvía el tema hacia Carmen.

—Ha dormido bien, pero está tardando demasiado en bajar, está retrasando el momento de aceptar que se tiene que subir en el avión. A veces creo que se va a dar la vuelta y no se va a subir en el avión, como en una película, corriendo sin mirar atrás.

—Pues no estás en lo cierto. Por ahí viene, aunque no es que tenga buena cara.

Giro la cara en su dirección y puedo ver cómo tiene el entrecejo arrugado. Está ligeramente cabreada, parece un gato enfadado y bufado encerrado en una habitación. Saluda con desdén a todo el mundo y se deja caer en la silla de al lado.

—Querida, no me digas que hoy estás cabreada. Hace un día estupendo y volvemos a casa —le dice Belén a Carmen.

Belén sonríe, se está intentando meter con Carmen. Pero esta solo gruñe y pide un descafeinado, ya que se autoimpone no beber cafeína cuando tiene que volar, para no añadir nervios innecesarios a su bola de ansiedad.

—Siempre tan graciosa, querida —le contesta enfadada Carmen a Belén.

Belén se ríe, sabe que ha conseguido lo que quería: meterse con ella y que le afecte. Después de eso, desayunamos con tranquilidad, la tempestad está por llegar y yo, sinceramente, no tengo prisa porque se desate.

Carmen

A pesar de prepararme una y mil veces para poder subirme al avión, aún no estoy acostumbrada. He ido a miles de terapias que te aseguran que el miedo se volatilizará, pero no ha servido para nada. Incluso en última instancia fui a una que te llevan a un simulador con el mismo resultado: nefasto.

El miedo se acrecienta cuando ya estoy en el aeropuerto. En los aeropuertos suele haber demasiadas personas, muchas corriendo, otras muy pegadas a mí, el sonido de las personas se entremezcla con el de los motores de los aviones y mi sistema nervioso colapsa ante tantos estímulos.

Lo único bueno es que vamos en primera clase, me ahorro las colas de facturación y embarque. Pero eso es lo más fácil, lo difícil es mantener la calma en el aire. Noto una mano en mi espalda, sé que es ella porque la caricia es muy suave, nadie sería capaz de tomarse esa confianza.

—No te preocupes, todo va a ir bien. En poco tiempo vamos a estar en casa, cariño —dice de manera despreocupada.

—Cualquiera diría que estás deseando separarte de mí.

Sonríe cínicamente. En algunas ocasiones, cuando sonríe así, entiendo por qué a muchas personas le da la impresión de que esta mujer es altanera. Mira alrededor, todos nuestros compañeros están tranquilos, así que sin que ninguno nos vea, coloca un mechón de mi pelo detrás de mi oreja.

—Para nada, pero hay muchas cosas que quiero solucionar ya.

No le contesto porque se instala en mi estómago la acostumbrada angustia. Estamos viviendo en una pompa, de ahora en adelante es cuando comienza la parte complicada. Ella irá a su casa a solucionar sus problemas y yo, desgraciadamente, solo puedo esperar que todo pase.

Me levanto del sofá en el que me he sentado al llegar a la sala de espera vip, me dispongo a la barra para que me ponga una cerveza, que será una detrás de otra hasta la hora de subir en el avión. No me apetece estar hablando con Ana sobre promesas en el futuro, me gustaría poder hablar del presente con toda la tranquilidad del mundo.

Suena mi móvil, sacándome de la vorágine de pensamientos. Es mi hija, la cual me cuenta que viene al aeropuerto con el hijo de Ana. Y eso me hace pensar que no sería tan complicado vivir en familia. María lleva tiempo muy ligada a Pedro, desde que le ayudó en la selectividad no ha dejado de ayudarla en la universidad.

—Parece ser que nuestros hijos hicieron buenas migas antes de que tu hija entrara a la universidad y se han desligado. Mi hijo puede llegar a ser bastante obstinado cuando quiere saber algo —dice Ana.

—¿Miedo quizás, Ana? —pregunto.

—Para nada. Sabes lo que quiero.

No habla mucho más, quizás entiende la magnitud de que su hijo lo sepa, aunque la realidad será bastante diferente, lo saben desde hace un tiempo la mayoría de las personas que nos rodean. Seguramente, lo sabían antes que nosotras.

Madrid, misma hora, distinta ecuación.

El día ha amanecido muy calmado, las temperaturas son agradables y hace un sol de escándalo. A través de la ventana puedo ver los colores que hay fuera, la calle está bastante transitada. Tengo que ponerme en marcha cuanto antes.

Mi madre vuelve hoy y yo, por fin, voy a tener el salseo de primera mano, además podré saber cómo está. Tengo la certeza de que se lo han pasado muy bien, ya que conforme pasaban los días, mi madre estaba más contenta. Las noticias que tengo de ellas a través del salseo son bastante jugosas y la verdad que son muy acertadas, aunque se declare que realmente es química profesional. Se acercan a la realidad, pero se quedan bastante lejos.

Me incorporo de la cama y puedo ver desde aquí la revista que tengo encima del escritorio, junto a uno de los trabajos de la universidad, que tengo que terminar para mañana. En portada salen las primeras fotos de la película. La primera vez que la vi pensé que ellas habían conseguido un aura en el rodaje que nadie más podría conseguir, pero eso me hacía pensar que, aparte de ser buenas actrices, ellas habían dejado florecer, por fin, sus sentimientos.

Es fascinante que algo que comenzó como un *fandom*, donde la mayoría de los fans creaban historias de mi madre con Ana, haya resultado ser la realidad. Eso ha llevado a mi madre a replantearse su sexualidad.

¿Es la heterosexualidad forzada la peor rival de las personas? La respuesta es sencilla: sí. Los heterosexuales no se tienen que replantear nada, solo lo dejan estar y son felices, pero las personas que se dan cuenta que les gustan las personas de su mismo sexo se replantean toda su existencia.

Cuando llego a la cocina de la casa de mi padre, él está tranquilo desayunando y viendo las noticias en el móvil.

—Buenos días, cariño. Tengo una reunión en una hora. No voy a poder llevarte a recoger a tu madre, si quieres te dejo ya en casa —dice mi padre.

No me gusta la facilidad que tiene para desaparecer de sus quehaceres como padre, pero no me queda otra que resignarme. Tengo que pedir que me compre un coche cuanto antes.

—Vale. Podrías comprarme un coche para que no me pasen estas cosas.

—Tienes razón, en cuanto tenga un hueco, te lo compro —me dice.

No tarda mucho en estar preparado, me va a dejar en casa por lo menos. Por el camino aviso a Pedro para que pase a recogerme e ir juntos a recoger a nuestras madres. No tarda en contestarme, como siempre.

La casa sigue como la dejamos, aunque un poco más vacía porque los animales están con una chica, la cual los cuida cuando estamos fuera. Me alegro de estar aquí, llevaba demasiado tiempo en la casa de mi padre, él comienza a ponerse nervioso cuando paso largas temporadas en su casa, he de suponer que hay alguien más en su vida que no me quiere presentar. Una mujer más en su vida, seguro que más joven y repelente que la anterior.

A pesar de ser mayor de edad, quiero pasar tiempo con él, porque es mi padre, aunque lo haga mal. Pero ha llegado el momento de quedarme en casa y pasar menos tiempo con él, como él hace conmigo. Es tontería seguir jugando a ser una familia, hay algunas ocasiones que te enseñan que te tienes que dar por vencida.

En menos de una hora, Pedro está esperándome en el coche. Está vestido con una camiseta y unos vaqueros que le quedan increíbles, sé perfectamente cuáles son porque los suele utilizar mucho.

—¡Hola! ¿Qué tal? ¿Tienes ganas de ver a tu madre?

—Sí, pero recuerda que mi madre tiene miedo a volar, hasta que no pasan unos minutos desde que se baja del avión no es ella misma.

—Sigo pensando que no le pega tener miedo a volar, siempre parece tan segura de sí misma, que no me creo que le tenga miedo a algo —dice Pedro poniendo una cara graciosa.

—Es como un gato, está siempre segura y tranquila hasta que viene un ruido y la asusta.

—Tengo una duda, nunca te lo he preguntado porque nos hemos focalizado demasiado en nosotros —dice Pedro—. ¿Está todo bien con el hecho de que nuestras madres tengan algo?

—¿Ya te lo ha contado tu madre?

—No ha hecho falta, María. Lo he visto con mis propios ojos y ahora me lo estás confirmando.

—Si te dice algo tu madre, yo no he sido.

—Sinceramente, es imposible que hayas sido tú, ¿has leído la prensa estos días? Hay más portadas con la supuesta película que de cualquier otra cosa. Y yo no digo que nuestras madres no actúen bien, pero pocas veces he visto a la mía mirar así a alguien, y a un compañero de trabajo menos —dice Pedro.

—Yo me sigo preguntando cómo hay personas que aún lo dudan, son demasiado evidentes. Pero sinceramente, tampoco es algo tan loco.

—Estás en lo cierto, tengo que acorralar a mi madre y que me lo cuente ella. No habrá mucho problema con mi padre, él se está viendo con alguien más —dice con tranquilidad Pedro.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque lo he pillado chateando con alguien muy a menudo. Además, pasa poco tiempo en casa.

Le miro, es guapísimo, mucho más que su madre, tiene el pelo un poco largo, le gusta dejárselo tal y como se quede cada vez que sale de la ducha, tiene los ojos verdes y una sonrisa de infarto.

—Ahora lo peor no va a ser eso, va a ser que no nos pillen a nosotros —le digo agarrando su mano.

—No te preocupes, les toca tener que aceptarlo —dice alzando los hombros en signo de tranquilidad.

Nos sumimos en un silencio mientras recorremos los últimos kilómetros que quedan hasta el aeropuerto.

Capítulo 18

Todo lo bueno

Ana

El vuelo es relativamente tranquilo, no hay demasiadas turbulencias y ha durado menos de lo esperado, pero para Carmen ha sido una tortura. A pesar de haber estado trabajando en varios proyectos con ella, siempre me parece agobiante verla en ese estado de ansiedad y miedo. Hay miedos irracionales contra los que, por mucho que luches, no consigues dominar.

Por suerte ya estamos en tierra y ella parece que ya tiene otro color de piel que no sea blanco pálido. Belén es una de las primeras que vemos acercarse a nuestros asientos.

—¿Qué tal, Carmen? ¿Mejor sabiendo que tus pies están en tierra?

—Te recuerdo que aún no lo están —contesta Carmen.

Aunque parece que no encaja la broma, vuelve a sonreír sinceramente. Respira más relajada.

—En algún momento te veremos besar el suelo como lo hace el papa al llegar —dice Belén riéndose.

No se alarga más la conversación porque ya nos están dejando abandonar el avión. En la capital hace buen clima, muchísimo mejor que el de Portugal, que se volvió algo húmedo los últimos días, algo que agradezco. Tengo muchas ganas de llegar a casa y poder sentarme en la terraza a media tarde. Aunque antes tenga que solucionar problemas.

Carmen me da un pequeño golpe con el hombro, casi apoyando su peso en el mío, haciendo así que cualquier pensamiento, por pequeño que fuera, no me lleve hacia ningún rincón de dolor.

—Vamos a ver a los monstruos y vamos a descubrir de qué han estado hablando en nuestra ausencia.

Pensamos las dos que nos iban a preguntar algo, pero la realidad fue otra. La velada comiendo juntos está siendo muy agradable, y me hace entender que las cosas pueden ser relajadas.

Los chicos pueden mantener una conversación entre ellos bastante fluida, con mucha confianza, lo que me hace pensar que nos estamos perdiendo algo. Aunque es un buen punto para poder abordar nuestra relación.

En la mesa estamos sentadas cada una al lado de nuestro hijo y a veces cruzamos la mirada, siento que está feliz en este ambiente.

—No quiero ser aguafiestas, pero necesito volver a casa, mañana tengo una presentación importante —habla mi hijo.

—Por supuesto, pago la cuenta y nos vamos —le contesta Carmen.

—No, la cuenta o es para mí o la pagamos a media —le miro desafiándola.

Se levanta rápido y se dirige a la barra para pedir la cuenta y pagar, pero no pienso dejarle en paz con tanta facilidad.

—¿A medias? —le ofrezco la mano para poder pactar de manera más equitativa.

—No, deberás pagar tú en otro momento.

Me coge la mano fuerte y la agita.

—Eres una sinvergüenza.

—Nunca voy a cambiar —le digo encogiéndome de hombros.

Carmen

Cuando llegamos a la puerta de nuestra casa la tensión crece, ¿cómo debíamos despedirnos? Quizás de ninguna manera especial, sería mejor mantener una posición distante hasta que Ana haga honores de soltera.

—Muchas gracias por todo. Nosotras vamos a recuperar un poco de tiempo.

Ana se extraña por mi actitud fría, pero era sin ninguna duda la mejor posición hasta que todo esté solucionado. El chico se despide de manera divertida de con mi hija. Algo que se me hace muy extraño, ¿acabo de notar las mejillas de María rojas?

—Cuando necesites un chofer de vuelta, solo debes decírmelo —dice Pedro.

—Cuidado con lo que prometes —le dice guiñando un ojo mi hija.

Muy extraño todo. Al entrar en casa me inundan varios sentimientos, me alegro muchísimo de estar en casa, pero la tristeza es evidente porque nuestra pompa ha desaparecido.

—Bueno, mamá, qué te parece si preparo una bebida y nos vamos al porche. Tienes muchas cosas que contarme, si no esa despedida no hubiera sido como un témpano de hielo —dice María.

No le contesto y simplemente me dirijo al porche una vez que me he descalzado y me pongo cómoda. Estar en casa me va a servir para coger un poco de aire y mirar con perspectiva todo lo que no nos ha dado tiempo.

—¿Has visto las primeras fotos promocionales de la película? —pregunta María.

Mi hija deja las revistas encima de la mesa. Cuando las veo, por un momento no siento que esas seamos nosotras dos, me siento lejana a esas fotos, sin saber muy bien por qué. Quizás la no existencia de la línea entre la ficción y la realidad influya para verme alejada de estas imágenes que sí son ficción.

—Me la enseñó el equipo de producción, pero no había visto cómo había quedado en los medios de comunicación.

—Pues han quedado muy bien, la película seguramente será un éxito.

—¿Pero? —le pregunto para qué siga la frase.

—No hay ningún pero, mamá. Pero sí quiero saber que toda la química que estoy viendo en las fotos la habéis sabido canalizar de manera correcta.

—Se puede decir que sí, aunque ahora tengo que esperar a que ella se divorcie y que no la liemos lo suficiente para salir en la prensa.

—Todo dependerá de lo que podáis estar sin besaros. De verdad, mamá, os vais a convertir en Sra. Y Sr. Smith de las lesbianas, os vais a liar igual que los actores de esa película.

Le doy un golpe en el hombro.

—No digas esas cosas de tu madre.

—¿Tú has visto lo mismo que veo yo? Esa química tenía que ser real por narices —dice mientras levanta la revista en mi cara de manera eufórica.

Suena mi teléfono, es un mensaje de Ana. Nunca tarda para reaccionar ante algo que no le gusta, por lo que veo.

“No te vuelvas a despedir de mí como lo has hecho. Has sido muy fría”.

—Te ha salido un poco mandona —mi hija ha estado mirando mi móvil.

—¡Oye! Es de mala educación leer las conversaciones ajenas. Yo no te he enseñado eso.

Se encoge de hombros y sonríe antes de comer de las aceitunas, que había traído como aperitivo junto con las cervezas fresquitas.

Ana

Una vez que dejamos a las chicas en su casa, se hace un silencio bastante perturbador. Sé perfectamente que quiere decir algo, pero que no sabe por dónde comenzar. Pedro es una persona demasiado prudente en algunos aspectos. Así que le doy un empujón.

—Bueno, cariño, ¿vas a decir ya lo que quieres decir?

Sonríe mientras conduce, por lo menos sé que no es nada malo. Supongo que haber pasado este tiempo con la hija de Carmen le habrá resuelto muchas de las preguntas que tenía, aparte de lo que ya sabía el mismo.

—¿Eres feliz, mamá?

Siempre hace este tipo de preguntas, da unos cuantos rodeos ante de llegar a la cuestión principal.

—Sí, quizás, por primera vez, pueda decir que soy más feliz que nunca. Me he dado cuenta de que algo no encajaba en mi vida, en mí.

—Entonces es lo importante —para un momento de hablar, antes de seguir haciéndolo—. También sé lo de papá, no tengo mucho más que añadir sobre ninguno de los dos, arregladlo y os sentiréis mejor.

Es satisfactorio saber que estoy en un espacio seguro en mi familia. Aunque vayan a pasar cosas muy intensas, sé que hemos educado bien a Pedro y que hemos creado una gran familia. Sonrío relajada, dejo que el tiempo hasta llegar a casa se produzca en silencio. Aparca en el porche, al bajarse se acerca a mi puerta y me abre, me da un abrazo haciéndome ver que tengo su apoyo.

—Gracias, hijo.

—No tienes que darlas. Hoy voy a dormir fuera de casa, así os lo hago todo más fácil.

Antes de llegar a casa estaba muy segura de que estaba preparada para esto. Ahora que estoy a punto de entrar, quizás, siento los nervios concentrarse en la boca del estómago y no me siento tan segura. Es mucho tiempo con mi marido, hemos vivido en el conformismo, en una cierta tranquilidad cuando las cosas iban mal fuera y de eso, aunque no exista el amor romántico, es complicado querer desprenderse.

La casa está muy tranquila, lo busco hasta encontrarlo en el salón, juraría que está esperándome.

—Con tu permiso, he abierto una botella de vino para que podamos despedirnos como se merece —me dice y se acomoda—. Tenemos que hablar.

Me coloco tranquilamente enfrente de él. Cojo la copa de vino despacio. Como Pedro, este espacio es seguro, a pesar de todo lo que va a pasar.

—Voy a comenzar yo. Supongo que ya te habrás enterado de mi romance con el que es mi mejor amigo.

Sonrío y asiento, dejándole hablar sin interrupciones, no creo que tenga más oportunidades para hacerlo.

—Lo primero que quería contarte es que nunca ha sido con nadie más. No es una manera de

excusarme, pero sí quería explicarte que nunca ha sido solo sexo.

Sonríe con tristeza.

Puedo sentir la injusticia de nuestro entorno, somos personas que no hemos tenido toda la libertad que hubiéramos querido y eso se refleja en el hecho de habernos quedado en un sitio donde alguien nos quería y estábamos a gusto, aunque no existiera la pasión y el amor romántico.

—Nunca has estado enamorado de mí, ¿eso es lo que me quieres decir? —le digo a Juan.

—Tú tampoco de mí. Nuestra realidad era otra, a pesar de que lo hayas hecho bastante más tarde que yo.

—*Touché.*

—Nuestro hijo ya está más que criado y educado, es nuestro momento para ser felices. Mientras estabas fuera me he tomado la libertad de hablar con nuestro abogado.

—¿Está todo preparado? —pregunto.

—Sí.

Se mueve por la habitación hasta llegar a un mueble, de donde extrae una carpeta. Deduzco que ahí están los papeles del divorcio. Son papeles que todo el mundo suele temer, pero para nosotros es la carta de libertad.

—Lee tranquilamente, y cuando estés preparada, solo tienes que firmarlos.

Me deja en la habitación totalmente sola, y comienzo a leer los papeles de manera rápida, puedo ver que no hay nada raro, todo es a medias, todo lo que era mío antes de conocerlo, sigue siendo mío y al revés con lo suyo. No hay complicaciones más allá de esta casa, la cual propone que se la quede nuestro hijo y nosotros solo seamos parte de ella cuando la necesitemos.

Por un momento, me agobia pensar en dejar este hogar. Parece que dejo atrás los recuerdos vividos en ella y aquello que pensaba que siempre me hacía feliz, pero es real que esta vivienda ya no nos pertenece, se necesita crear otros recuerdos en ella y que estos inunden la vida de nuestro hijo.

No sé cuánto tiempo pasa mientras leo a conciencia el papeleo, pero es un buen rato, he vaciado el vaso un par de veces y ya solo me queda plasmar mi firma al lado de la de él. El bolígrafo hace un ruido bastante estridente, como si supiera lo que se firma. El final de una historia.

Cuando levanto la cabeza, él está allí con una maleta, y su abrigo en la mano, y no hay tristeza alguna en nosotros, todo lo contrario, hay paz, después de muchos años.

—Mañana los llevo al abogado. Ya eres libre para buscar tu hogar.

Nos damos un abrazo.

La casa se queda vacía y yo miro el salón rememorando muchos de los recuerdos que he almacenado de este lugar. Aquí vi a Pedro dar sus primeros pasos. Las casas, a pesar de ser entes inanimados, nosotros creamos en ellas recuerdos que nunca se borrarán.

Salgo del salón, apago la luz y me dirijo a mi habitación a buscar otro día.

Capítulo 19

Horda de zombis

Carmen

No sé qué hora es, pero suena mi teléfono de forma estridente, es un mensaje. No suelo dejar el teléfono con sonido, procuro siempre dejarlo en modo silencio para que no ocurran estas situaciones, sobre todo cuando mi hija está en casa, sana y salva.

“Cariño, soy una recién divorciada, ¿qué te parece si este sábado aceptas una cita oficial?”

Es Ana.

Sonrío en la oscuridad como un adolescente. Es surrealista pensar que por fin hemos llegado a este punto, parecía que todo iba a ser mucho más complicado, pero ha llegado todo muy rápido.

Aunque todavía aún hay un punto que solventar y es el de terminar el proyecto de la película para que no pueda pasar nada con nuestros contratos, ni provocar que el proyecto no se desarrolle como ellos querrían. En mi contrato no pone nada sobre esto, pero hay que tener en cuenta que estas cosas no siempre salen bien y puede salir perjudicado el rodaje o la promoción de la película, más adelante.

Hay muchas personas que se han hecho parejas durante un rodaje y al poco de terminar se han separado, eso conlleva que la relación entre ellas en la promoción sea muy tensa, y eso es muy mala publicidad para películas con gran carga romántica.

Tardo poco en contestarle afirmativamente, aunque vuelvo a escuchar el sonido del teléfono, está en la lejanía, me inunda el sueño de nuevo.

Despierto unas horas después. Mi cuerpo me pedía descansar. Escucho sonidos en la cocina, María ya está despierta. Me sorprende que esté cocinando, debería estar quejándose porque no sigue durmiendo.

Hoy nos toca rodaje, en un par de horas. Hasta dentro de unas semanas no veremos días libres. Me levanto, miro el reloj, no puedo alargar mucho la tranquilidad porque en un rato vendrá el chofer a recogerme para llevarme al set de rodaje.

Reviso el teléfono para ver si tengo mensajes, llamadas o cualquier notificación en RRSS para organizarme y responder el mayor número de ellas.

No puedo contestar a todas diariamente, pero sí unas cuantas, de gente aleatoria, personas a las que no había respondido con anterioridad, para poder llegar así al mayor número posible, haciendo que se me vea como una mujer cercana.

Al entrar en la cocina me encuentro a mi hija, tranquila, sentada en la isla de la cocina con el desayuno hecho. Cuando me mira de arriba abajo se da cuenta de que tengo rodaje.

—Buenos días, mamá. Ha llegado un paquete para ti a primera hora. Me ha despertado y a ti no —dice con un pequeño deje de reproche.

—Ya me extrañaba que estuvieras despierta tan pronto por voluntad propia.

Me mira con cara de estar casi enfadada. Pero supongo que la intriga sobre el paquete es más fuerte que estar pendiente de su propio cansancio porque habla.

—¡Vamos, mamá, ábrelo ya! —me mete prisa.

Cuando rompo el envoltorio, puedo identificar una caja de forma rectangular, que me asegura que eso que tengo entre mis manos es un vestido. Lo sé porque en muchas ocasiones me han llegado este tipo de paquetes. En el centro de la caja me encuentro con el nombre de un diseñador, muy famoso de la ciudad.

Al abrirla, encuentro un vestido negro, ajustado en la cintura, con mangas tres cuartos, suaves y transparentes. Era un espectáculo, pero la realidad es que yo no había encargado nada de eso. Quizás quieran una colaboración, pero tampoco tenía noticias sobre eso.

—Aquí hay una nota. Pero solo pone la dirección de un lugar, una fecha y la hora. Mamá, creo que no te tengo que decir que no es recomendable irse con cualquiera, ¿no? —dice riéndose.

—No es cualquiera. Y lo sabes perfectamente.

—¿Tengo la casa libre este fin de semana? —puedo ver la cara de pícara y, aunque aún no hace fiestas, me desconcierta que quiera la casa vacía.

—No te emociones, podrías ir a la de alguna amiga —le sugiero.

—Aquí huele a que quien quiere la casa libre eres tú, mamá.

Por un momento puedo sentir que mis mejillas se sonrojan. La realidad era que no quiero que ella se quede sola, como si no fuera ya mayor. Aunque no me desagrade poder tener la casa para mí sola. Un lugar tranquilo, neutral y cálido donde pasar tiempo con Ana.

—Quizás tengas razón, quizás no, nunca lo sabrás. Prefiero que estés en un sitio donde haya más gente alrededor, me aseguro de que no me montes ninguna fiesta. Le tengo demasiado cariño a mi casa.

Un pitido de un coche interrumpe nuestra conversación. Después de girar la cabeza hacia el lugar donde está el vehículo de producción esperándome, veo cómo mi hija ya parece que está en otro asunto. Siempre ha sido así, y en cuanto alguien no le hace mucho caso, se pone a hacer otra cosa.

—Me tengo que ir. Seguimos después con la conversación. Ten cuidado.

—Qué sí, mamá. No te preocupes más, simplemente tengo que hacer un par de cosas de los estudios y descansar.

Me alejo de ella, con pena. Los hijos nunca podrán sentir aquello que nos une a ellos y que hace que jamás podamos dejar de preocuparnos por ellos, ni dejar de pensar en ellos. Quizás el tiempo que llevo siendo actriz también comience a pesar. Ha llegado un momento en el que ya no me gusta despedirme, pasar horas interminables fuera de mi hogar y lejos de mi familia.

Mi hija está en la edad que necesita más comprensión que nunca, un hombro donde llorar, una madre que esté siempre. Con esos pensamientos subo en el coche de producción, donde el chofer me recibe. Un hombre con una sonrisa amable y tranquila.

—Perdona que te moleste. Tenemos que recoger a otra actriz porque uno de nuestros compañeros ha tenido una avería.

—No hay problema. Todavía vamos bien de hora.

—Además, señorita, dudo que comiencen sin una de las protagonistas, ¿no? —dice sonriendo.

Me ruboriza saber que aún hay personas que me sigan diciendo señorita, aunque sea por el mero hecho de quedar bien. Sigo trabajando en las redes sociales sin darme cuenta de cuál es el camino del coche.

Las redes sociales son capaces de inducirte en un mundo paralelo al nuestro, donde puede estar lo mejor de la sociedad o lo peor. Pero para el trabajo que hacemos es muy necesario. Se abre la puerta del coche cuando estoy escribiendo un mensaje, no tardo mucho en darme cuenta de que su olor está en el vehículo y que sé quién se está subiendo. Ana está aquí.

Levanto la cabeza y veo su sonrisa radiante.

—Buenos días, José. Gracias por recogerme, ¿está bien, Manuel?

Se sabe el nombre del chofer, seguramente ha estado trabajando con él por muchos años. Las productoras siempre suelen tener a las mismas personas trabajando cuando estas son de confianza.

—Buenos días, señorita. Sí, tranquila, simplemente ha tenido una avería del coche.

—Genial.

Veo como su mano se dirige hacia mi muslo, lo aprieta suavemente y susurra, como si estuviéramos solas y nadie más pudiera cortar nuestra conexión.

—Buenos días, preciosa. Qué bien que se le haya roto el coche a Manuel, ¿no crees?
—busca ponerme nerviosa.

—Lo creo, Ana. Pero recuerda que este es nuestro trabajo, no empieces a jugar —le

advierto.

Levanta las manos como si estuviera la policía pidiéndole que lo hiciera, como si pensara que no está haciendo nada de verdad cuando sabe perfectamente que siempre se le va de las manos. Puede ser bastante irónico porque parece que es una persona tranquila y con más templanza que yo.

—¿Te ha llegado el regalo?

Cruza las piernas y la mano que tenía encima de la mía la pone encima de la suya. Algo que me hace respirar tranquila porque no sé si podré ser capaz de detenerme cuando está tan cerca, ¿en algún momento se me pasará este sentimiento?

—Sí, me ha llegado esta mañana. Es precioso, Ana. Muchísimas gracias.

—Tengo muchas ganas de que sea sábado.

Se relame los labios. Le encanta saber que me tiene siempre comiendo de su mano. Es un león a punto de comerse a su presa, habiéndola conseguido sin ninguna dificultad, y disfruta antes.

—Yo también. Pero recuerda que estamos en nuestra ciudad, aquí tenemos más posibilidades de que nos reconozcan y lo sabes. Nuestro trabajo está en juego, no podemos hacer nada que nos lleve a rescindir el contrato o el proyecto se vaya a pique —le digo de manera tranquila.

—No pueden prescindir de las protagonistas, así que no te pongas tan nerviosa. Disfruta un poco el momento —me guiña un ojo.

En esta situación le sale ser soberbia, algo innato en ella. Es la típica persona que es capaz de pasar cualquier situación de estrés, superándolo como si no hubiera pasado nada.

El tiempo en el coche no dura demasiado porque el rodaje iba a ser en el centro de la ciudad. La escena que nos toca grabar hoy es la de otra muerte. Una chica joven ha sido descuartizada de una forma muy meticulosa. Habrá vísceras por todos lados, y en un momento en concreto explotará, esparciéndose por todas partes.

Las calles están acordonadas, repletas de gente yendo y viniendo, preparando todo el set de rodaje. Belén nos espera solo para meternos prisa y mandarnos directamente a la zona de maquillaje.

—¡Vamos chicas! Corriendo que a Ana hay que ponerla pringosa y a ti como si fueras una inspectora de verdad —nos grita.

—Belén, lo primero, buenos días. No te desesperes tanto que llegamos a la hora —dice Ana.

—No llegáis a la hora. Ana llega una hora tarde, así que comenzad a moveros y rápido.

Miro a Ana con cara de interrogante mientras andamos hacia la zona donde nos van a maquillar y preparar.

—Yo tenía que llegar antes porque íbamos a grabar la escena en la que explota el cuerpo, pero entre que realmente llegaba tarde y el coche se ha estropeado, pues hemos llegado a la vez. Que para nada es una queja porque he podido verte, pero todo se ha retrasado.

Antes de dirigirse a su camerino prefabricado, me da una palmada en el culo.

Mi cara tiene que ser un poema, miro alrededor para ver si alguien se ha dado cuenta del gesto. Siento cómo la piel de mi cara se sonroja de manera sobrehumana.

Tardan un rato en ponerme perfecta para el rodaje. Cuando terminan, salgo a la calle. Está comenzando la escena previa a la que yo tengo que intervenir. Cuando se ve una escena parece que no hay nadie detrás, pero ahora mismo hay unas cien personas corriendo, moviendo cámaras y micrófonos mientras los actores están metidos en su papel, absortos de tal manera que las personas que están desaparecen.

El problema de esta escena, como en otras donde hay explosiones, es que solemos tener solo una oportunidad. Se escuchan voces por todos lados, las únicas dos personas que están relajadas son Ana, vestida de forense, con un café en la mano, como marca el guion y, al otro lado, su compañero forense.

Se escucha acción y todo se queda en silencio. Comienza la transformación de Ana, siempre he sido una más dentro de este mundo o por lo menos eso he pensado porque ver a una actriz de su talla haciendo lo que hace me deja en mal lugar a mí y a cualquier actriz.

Desde que comenzamos este rodaje pocas veces ha habido problemas que no se pudieran resolver o alguna escena que no saliera bien. La tensión inicial se disuelve cuando termina la escena y todo sale bien.

Esto da paso a la siguiente y así pasan las que teníamos que hacer hoy. Cuando estamos grabando, parece que todo pasa rápido y que es sencillo, podría tirarme toda la vida grabando, disfrutando del movimiento, de las personas que me rodean y de la magia que se crea cuando se termina el rodaje.

Ana

Los trámites del divorcio no han sido exhaustos, ni difíciles. A pesar de todo lo que he escuchado sobre la burocracia del divorcio, yo no he tenido que vivir ninguna tortura. El lunes después del rodaje nos informaron, tras la entrega de los papeles, que en un par de semanas tendremos el certificado de la separación legal, algo que nos ayudara a cerrar la etapa cuanto antes.

Mientras tanto, he seguido haciendo mi vida. Hemos estado rodando bastantes escenas, he estado buscando una casa nueva para poder mudarme. En este punto me encantaría poder gritar a los cuatro vientos que vuelvo a ser una persona soltera, pero por el trabajo intento ser cauta y

silenciosa.

Es a mitad de semana cuando las noticias vuelan hacia donde no quería: a la prensa más sensacionalista del país, la del corazón. Con este suceso, todos han buscado una exclusiva, algunas con bastantes ceros, tantos que me han hecho replantearme todos mis valores. Me piden detalles del divorcio como si fuera lo más divertido del mundo, pero la realidad es que ha sido el trámite más aburrido del universo.

Esto hace que cuando tenemos un día libre, solo lo utilice para pensar en demasiadas cosas. Es jueves y no se me ocurre nada mejor que ir a mi cafetería favorita a leer un poco y tomarme el mejor café de la ciudad.

Cojo el coche y conduzco unos quince minutos hasta que llego a la cafetería. Es muy pequeña, los colores son cálidos y la tranquilidad reina. Están casi todas las mesas ocupadas, pero el sonido es bastante bajo.

Hay una pequeña mesa alejada de todos, es el sitio ideal para poder sentarme a leer el periódico sin que la gente se pueda fijar en quien soy.

Durante un buen rato estoy muy relajada, las noticias de sucesos inundan mis pensamientos, eso hace que no me dé cuenta de lo que estaba pasando alrededor mío hasta que enfrente de mí me encontré con una horda de personas de la prensa, como si de zombis se tratará, ¿cuándo había ocurrido eso?

La salida de la cafetería está taponada.

—Ana, ven, corre, te llevamos a la zona de personal.

La camarera que más conozco me llama. No lo pienso dos veces, paso entre medias de los periodistas, que lo único que hacen es lanzarme un aluvión de preguntas. La zona de personal es una habitación pequeña, donde por paradojas de la vida también hay una cafetera.

—Ana, podemos echarlos de la cafetería, pero no podemos echarlos de la propia calle —me dice una de las chicas.

—Tranquilas. En algún momento tengo que salir. No pensaba que mi separación iba a atraer tanto a la prensa.

—En parte es normal, lleváis tu compañera y tú un tiempo en el punto de mira y si a eso le añades que son carroñeros, pues sois carne fresca.

La otra compañera nos mira tranquila, hasta que se le abren los ojos de par en par.

—Ya sé, la podemos sacar por la zona de personal que da a la otra calle. Pero vas a necesitar que alguien venga a por ti porque si sales andando te van a pillar igual.

—Vale. Voy a llamar a mi hijo.

Lo intento una vez, lo intento dos veces y no hay manera. Así que la única solución es llamar a Carmen. Me coge el teléfono a la primera.

—Carmen, te necesito, estoy en un apuro.

—¿Qué pasa, cariño? —dice mientras que yo intento que no escuchen ese “cariño”—. Estoy lista para salir de casa. Dime que pasa y voy.

—Estoy en una cafetería, más concretamente en la trastienda, hay una horda de periodistas esperando a que salga de aquí y las camareras me han traído hasta aquí.

—¿En la cafetería a la que sueles ir?

—Sí. Ten cuidado porque a ti también te van a reconocer.

—No te preocupes, algo se me ocurrirá.

Cuelgo y las chicas siguen esperando a pesar de tener la cafetería con gente, algo que agradezco, pero tienen que salir a atender.

—No os preocupéis, ahora vienen a por mí.

Mientras espero sigo leyendo el periódico, no queda mucho para los premios nacionales de artes, no sabíamos si íbamos a estar nominadas, así que me pregunto qué pasará si toda mi vida privada sale a la luz de manera prematura y antes de terminar el proyecto.

Parece que pasa mucho tiempo, pero pasados veinte minutos llega un repartidor de leche, con ocho o nueve paquetes de leche. Las chicas vienen a recibirlo y ninguna de nosotras nos hemos dado cuenta de quién es.

—¿Has pedido a una persona para que te saque de aquí?

Elevo la mirada y me levanto de un resalto de la silla en la que estaba. Delante de mí tengo a Carmen vestida con la chaqueta del repartidor y su gorra. Sonríe como una niña pequeña cuando ha hecho una travesura.

Me encanta su sonrisa.

—Pues va a ser verdad que sois buenas actrices. En ningún momento había pensado que eras tú. El chico que nos deja la leche es muy discreto, apenas habla —dice una de las camareras.

—Por suerte, me ha dejado que entrara yo y pudiera montar este personaje.

Me agarra de las manos y me lleva hacia ella. Nos damos un beso en la mejilla y, por fin, sé que estoy tranquila.

—Vámonos, el chico me ha dicho que nos deja fuera del alcance de los periodistas.

Se gira hacia las chicas para darle las gracias con un apretón en el brazo.

—¡Muchas gracias, chicas! Cuando nos hayamos ido, avisad de que Ana ya no está aquí para que no os afecte más el día.

—No os preocupéis por nosotras. Nos hemos sentido como en una película, ha sido muy divertido, aunque sabemos que para Ana no ha sido así.

Su compañera asiente con una sonrisa radiante. Es el momento de irnos, nos volvemos a despedir de ellas y nos subimos en el camión por la parte de la mercancía. El chico está esperando los papeles del reparto para poder irse.

Carmen

El repartidor nos deja a unas calles de la cafetería. La idea que se me ocurrió al verlo ha salido genial, también cuenta el hecho de que tuve bastante suerte al aparecer un repartidor al poco de llegar yo. Ana va andando a mi lado, la noto intranquila.

—¿Cómo has conseguido a ese repartidor? —pregunta.

—Simplemente he esperado un rato y he tenido suerte.

Agarro su mano suavemente y la dirijo hacia donde he aparcado el coche. Estaba a unas cuantas calles también para que no me reconocieran de ninguna de las maneras. No tardamos mucho en estar en el coche.

—Cariño, ¿estás bien?

—Sí, sí. Es que ha sido muy desagradable verme rodeada por tantos periodistas preguntándome por el divorcio.

—Me lo imagino, ¿dónde quieres ir?

—¿Qué te parece si nos vamos a un parque a tomarnos un café?

Asiento tranquila y busco uno donde podamos estar tranquilas. Siempre hay familias y muchas personas haciendo deporte, además hay una zona donde se suele hacer pícnic.

A veces vengo a relajarme. Vamos hacia el bar, hay mesas donde sentarse y sabiendo que aquí no va a pasar nada, se lo digo.

—Tranquila, vengo bastante por aquí. Nadie me ha reconocido, o eso creo, pero si lo han hecho, han disimulado muy bien.

Pedimos un par de cafés y nos distraemos con temas triviales, me cuenta su proceso de divorcio esta semana. Todo está terminándose y yo realmente no me lo creo, no por ella, sino por el hecho de que podamos estar juntas sin nada de por medio, ¿será cómo pensamos después?

He imaginado en muchas ocasiones cómo podría ser nuestro futuro, pero seguramente nunca me acerque a la realidad.

—¿Te vienes a casa y hacemos de comer juntas? —me pregunta Ana.

La miro con cara rara porque su casa es donde está su familia y su futuro exesposo, así que podría ser bastante incómodo para las dos.

—Mejor vamos a la mía, ¿no crees?

—No te preocupes, él se fue antes de que yo volviera de viaje. Hemos decidido que la casa es para mi hijo, yo estaré hasta que encuentre otra. Él se va a quedar con una que tenemos en el campo y yo con la que tenemos en la playa. Cada uno nos quedamos con una vivienda, así no hay peleas.

—Entonces me parece bien, ¿hay que comprar?

—No te preocupes, la mujer que limpia me hace la compra.

—Se me olvida que mi chica es una señorita —le digo con recochineo.

—¡Oye! Que no tengo tiempo para nada.

—Para no tener tiempo para nada, te veo aquí conmigo muy tranquila.

Me pega un empujón y andamos de vuelta al coche, con un paso tranquilo. Hombro con hombro, como cada vez que hemos estado trabajando en un proyecto. Crear una rutina con ella, aunque no sea todos los días, nos va a ayudar a saber cómo queremos que sea lo nuestro.

Después de mucho tiempo, puedo ver a Ana relajada. Ella ha estado tentándome una y otra vez, pero no desde la calma que tiene ahora mismo. Desprende paz. El camino a su casa solo ha sido perturbado por la música y el sonido del tráfico.

Su casa ha cambiado desde la última vez que vine. Lo que sigue intacto son los recuerdos que recorren la estancia: fotos familiares.

—¿Has cambiado algo?

—Sí, claro. Hay una nueva distribución y la mayoría de los muebles no son los mismos. Me apetecía cambiarlos.

—¿Tuviste una crisis?

—Algo así. Aunque a mí me gusta llamarte por tu nombre, Carmen.

Capítulo 20

Foto envenenada

Ana

Quiero decirle algo, pero puede parecerle que es demasiado rápido.

—Carmen, quiero hablar contigo. No sé cómo te vas a tomar lo que te voy a decir.

Se sienta en la isla de la cocina enfrente mía, le coloco una copa encima de la mesa. Saco el corcho de un vino que ya tengo abierto y que tenemos en el enfriador. Quiero que esté tranquila y que no se ponga nerviosa. Quizás mis palabras la metan en un aprieto.

—Carmen, ya sabes que tengo una edad.

—¿Vas a comenzar con la diferencia de edad? —pregunta un poco cabreada.

—No me quería referir a eso. Es que no estoy para esperar o tener un amor de adolescencia —me mira con cara de interrogación—. A lo que me refiero es que me gustaría que nos fuéramos a vivir juntas.

Se levanta como un resorte, casi tira la copa de vino, asusta hasta al gato que estaba tumbado al lado suya, tranquilo. Me pone en tensión su actitud.

—Podrías ser un poco más romántica para pedírmelo, ¿no crees? —dice.

—¿Eso es un sí, un me lo voy a pensar o un no?

—Quizás me lo piense.

Se ríe, rodea lentamente la isla hasta quedar cerca de mí.

—Nunca aprendes. Sabes que jamás te voy a decir que no, pero tenemos que hablarlo detenidamente y ahora tengo otros planes.

Carmen

Ana se sigue poniendo nerviosa como en las primeras escenas que hicimos, ella cree que no lo notaba en el último papel que tuvimos juntas, pero lo notaba. Cree realmente que yo le puedo decir que no a algo.

Hace mucho tiempo que no estamos solas, la última vez fue en Portugal. No pienso desperdiciar este momento, la beso mientras introduzco una de mis manos bajo su blusa, toco su espalda baja y la acerco hacia mí, rozo sus labios con los míos y se desata todo. Todo es un

amasijo de manos, caricias y gemidos que son interrumpidos por el sonido de la puerta.

No tardamos en separarnos y reponernos de una manera rápida. Parece que no ha pasado nada, vuelvo a la posición que tenía antes, sentada en la isla, la pequeña gata vuelve a estar tumbada, la acaricio, mantengo mis manos ocupadas.

El hijo de Ana hace acto de presencia leyendo algo el teléfono.

—Hola, mamá, ¿estás bien? Estoy leyendo en el periódico que... —se para de golpe al levantar la cabeza y verme allí en su cocina—. Hola Carmen, perdonad por no avisar, he visto en el periódico que te han acorralado y después he visto las llamadas. Estaba terminando un par de trabajos de la universidad y no me he enterado, te he llamado y como no me lo cogías, he venido rápido a casa.

—Estoy bien, cariño, no te preocupes. A Carmen se le ha ocurrido una curiosa manera de sacarnos de allí —le digo antes de seguir—. No tienes que avisar, es tu casa. Tranquilo, ¿Te quedas a comer con nosotras?

—Contadme esa idea.

Se sienta en la isla, al lado de mí. Ana le cuenta la historia entera, incluso dramatizando, mientras hace de comer tranquilamente. La gata está dormida entre nosotros dos. La comida tarda casi una hora en estar lista.

Mientras, Pedro nos cuenta como lleva la universidad. Decidimos comer en la isla para no tener que movernos demasiado.

Todo transcurre con normalidad. Si lo pienso, quizás, no sea tan complicada la vida así.

Al terminar los postres, me despido de ellos. Tengo que irme a repasar el guion de mañana, también quiero ver a María.

Los días se siguen desarrollando con tranquilidad, nos marcamos una pequeña rutina para vernos fuera del rodaje, pero siempre manteniendo las distancias en el set.

El trabajo en el rodaje está bastante adelantado, nos dejan descansar el sábado. Lo agradezco porque así estaré fresca para la cena con Ana.

El día es soleado, son las once de la mañana, se puede decir que me he levantado bastante tarde. La casa está tranquila, a María nunca le ha gustado madrugar, así que la dejo hasta que el desayuno esté preparado.

A las doce menos cuarto, justo cuando estaba terminando de hacer el desayuno, aparece María.

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, cariño —cuando la miro veo que ya está vestida y arreglada—. ¿Vas a

algún lado?

—Sí. Te lo dije durante la semana...Me voy con unas amigas a un pueblo de Madrid a pasar esta noche.

—Seguro que lo hiciste, y a mí se me olvidó, como siempre.

Ana

La semana pasa rápido mientras estoy de rodaje, pero este fin de semana es diferente, hoy tengo una cita con Carmen. Tengo ganas de saber cuáles van a ser las condiciones para vivir juntas.

Me arreglo tranquilamente, mi hijo se ha ido con unos amigos a pasar el fin de semana en un pueblo, así que solo estamos la pequeña Luna y yo.

Pedro tenía razón, necesitaba esta gata, es genial tener un animal que te hace compañía.

—Quizás esta noche, si todo va bien, duermas sola —le digo al animalito.

Solo escucho el maullido pequeño y pienso que me estoy volviendo loca, desde que tengo la gata le hablo como si fuera una persona más o como si me fuera a contestar. Es fácil acostumbrarse a esta bola de pelo.

—Pero, claro, ¿cómo vas a dormir sola? Ya veremos lo que hacemos.

La gata se hace un ovillo y se pone a dormir mientras yo termino de vestirme. Mi vestido encaja con el de Carmen, están hechos a medida y con detalles que los unen. Es fácil saber su talla, en el rodaje la ropa está hecha a medida, así que solo he tenido que robar las medidas. Los detalles son negros y los suyos son blancos, como el color de mi vestido.

Quiero que todo salga bien hoy, así que nuestra cita es en un restaurante donde podemos tener intimidad. El estilo del local es clásico, donde cada mesa está entre cubículos, donde predomina la intimidad. Se puede disfrutar de una comida asiática fusionada con la mediterránea y cada día te sorprende con un menú diferente.

Suena el teléfono, Carmen me avisa de que está fuera. Al salir, la encuentro al lado del coche, esperándome, el vestido le queda como un guante, robar las medidas en el rodaje ha servido para poder verla despampanante. Tiene el pelo suelto, le cae sobre los hombros y tiene un volumen espectacular. Lleva unos zapatos a juego con su vestido y, como la mayoría de las veces, guardo en mi memoria estas imágenes.

No tardo en llegar a ella, nos saludamos con un beso en la mejilla.

—Estás impresionante, Ana.

Abre la puerta del copiloto y me da el paso para que me siente. Mientras me acomodo, ella recorre el coche para sentarse en el asiento del conductor.

—Estás guapísima, Carmen —le digo mirándola.

Carmen

Intento olvidarme de que Ana está al lado mío con ese vestido porque podríamos tener un accidente. Durante los quince minutos que dura el trayecto, vamos hablando de nuestros hijos.

—¿Qué tal Pedro?

—Bien, me ha dicho que se iba a un pueblo de Madrid con unos amigos.

La miro de forma interrogante, ¿existen las casualidades?

—Qué casualidad, mi hija también iba a un pueblo con sus amigas.

—¿No estarás pensando que se han ido juntos?

—Yo no suelo creer en las casualidades, suelo creer en las causalidades.

—Quizás tenga amigos en común y se han ido todos juntos.

—Ana, a mí esto me huele a que hay gato encerrado.

—¿Sabes a qué pueblo ha ido tu hija?

—Sí, a Rascafría.

Se echa la mano a la cara.

—Quizás tengas un poco de razón, Pedro también ha ido a ese.

El restaurante está un poco apartado de la ciudad. En una zona montañosa, aprovechando así para tener unas buenas vistas. Aparco el coche y añado a la conversación un poco de salseo.

—Yo tengo que averiguar qué está pasando.

—De Pedro dudo que saque algo, pero sí de la cuenta de Booking —dice Ana mientras se baja del coche y se acerca a mí.

Hay un camarero esperando en la puerta por cada persona que entra. Me parece que el restaurante que ha elegido Ana es bastante caro.

—Buenas noches, señoritas —dice el camarero.

—Buenas noches, tengo mesa a nombre de Ana Sierra.

Nos acompaña hasta la mesa, me sorprende lo cálida que es la luz, la tranquilidad. Los cubículos son agradables, hace que la atmósfera te envuelva y al mismo tiempo consigue

mantenerte separadas de las personas que están en los cubículos del alrededor.

—¿Te gusta el sitio, preciosa? —pregunta Ana.

—¿Cómo no me va a gustar? Es un sitio espectacular.

—Quiero asegurarme.

Siento su mirada y su piel bajo la mesa, ¿estará preparado también el hecho de que no se pueda ver lo que pasa debajo? Seguramente, sí.

Llega la camarera, me sorprende su tono de voz, es tranquilo, relajado. En la mayoría de restaurantes puedes sentir un poco de intransigencia en las palabras, pero aquí no.

—Os voy a comentar cómo funciona la carta: hay dos formas de pedir, la primera es como vosotras queráis; la segunda es como nosotros decidamos, descartando aquellas cosas que no os gusten, ¿qué preferís?

Me mira Ana, sonrío y sigue acariciándome con el pie.

—Traed lo que queráis.

—Cada plato vendrá con un vino diferente, adecuado a la comida que se está sirviendo —vuelve a hablar la camarera.

Cuando se va, comienzo a hablar sobre uno de los temas importantes que tenemos entre manos.

—¿Cuáles son tus términos para vivir juntas?

—Son fáciles, Carmen. Me da igual si es en una casa u otra. Si es en la tuya, tu hija puede estar tranquila en su habitación o darle la opción para que se vaya, quizás la escoja. Pero, también podemos elegir una casa juntas. Y luego le puedes dar la opción de vivir con nosotras a María.

—Me gusta la idea de elegir una casa juntas.

—Lo haremos después de terminar la película y la promoción, cuando salga todo a la luz, ¿te parece bien? —me pregunta.

—Solo si pasas la noche conmigo.

—Eso no lo dudaba, pero en mi casa, no me gusta dejar a la gata tanto tiempo sola.

La comida y el servicio son magníficos. La cena transcurre tranquila y muy rápida. Ana ha estado toda la noche mirándome cómo si fuera parte del menú, jugando debajo de la mesa y provocándome.

El maridaje hace que ninguna de las dos estemos en condiciones para poder conducir.

Pedimos un taxi, a una zona un poco alejada del restaurante. Está oscuro, apenas pasan transeúntes, una idea cruza mi cabeza: quiero besar a Ana.

No me lo pienso demasiado, como haría cualquier adolescente, me pego al cuerpo de Ana. Ella choca con la pared, introduzco una de mis piernas entre las suyas. Mis labios tocan los suyos, escucho su gemido y el espacio me da absolutamente igual. Se nos va de las manos la realidad y acabamos haciendo cosas que, en este momento, no sabíamos que tendría repercusiones.

El domingo por la mañana llega, estoy enredada en sus piernas, miro el reloj y veo que queda un par de horas para tener que ir a grabar. Aunque sea domingo tenemos rodaje porque es más fácil parar calles y parte de la ciudad, las personas que descansan los domingos suelen quedarse en casa.

El despertar es fácil, sencillo y rápido; disfrutamos de los besos, de acariciarnos y de estar juntas. Toda esa tranquilidad con la que habíamos comenzado el día desaparecer al llegar al rodaje.

Las personas que están trabajando nos miran al pasar, me pone un poco tensa la situación, pero no va a más porque llega Belén corriendo.

—Chicas, os espera el director y el productor. No tardéis.

Miro suavemente a Ana y puedo ver su cara de interrogante.

El camino al despacho del director es una tortura. Antes de tocar a la puerta, sale un malhumorado, nos deja pasar, no nos saluda.

Nos tiran una revista encima de la mesa. En ella puedo ver fotos de Ana y yo anoche, besándonos de manera intensa, el titular dice: “¿Promoción de la película o realidad?”.

Capítulo 21

No todo es malo

Ana

Me quedo un rato mirando la revista esperando que alguien diga algo. Levanto la cabeza y miro a todos los que hay en el despacho.

—¿Me podría quedar con la revista? Salimos muy bien Carmen y yo —digo viendo que nadie quiere hablar.

Hablo con soberbia. Carmen me mira con cara de interrogante, el resto sonrío.

—No me jodas, Ana. Sabes que la habéis cagado —habla Peter, un poco tenso.

—A ver, si lo piensas, solo tenemos que aceptar que es promoción y meter una escena parecida en la película. ¿No crees que nuestros personajes pegan dándose un beso en un callejón? —le pregunto.

Noto a Carmen intranquila, a mi lado. No debe estar nerviosa, no hemos hecho nada malo, sinceramente. Cambia el peso de su cuerpo, de la pierna izquierda a la derecha.

—Ana, vives en un mundo alejado de la realidad. Nos habéis metido a todos en un aprieto, ¿por qué? ¿Por un polvo entre actrices? ¿Por el subidón que da la fama?

Carmen da un golpe en la mesa, haciendo que todos nos asustemos. Ella estaba relajada hasta este momento, nadie se esperaba esa acción por su parte.

—Hasta donde yo sé, en mi contrato no dice nada sobre las relaciones entre actrices, ¿me equivoco? —dice con violencia—. Si Ana fuera hombre, ¿tendríamos la misma conversación?

—Claro que tendríamos la misma conversación. No, no lo pone en tu contrato, pero se da por hecho que no vais a arruinar el proyecto.

—Nada se da por hecho, si tú quieres que algo como eso no ocurra, lo pones en el contrato —respira fuerte antes de seguir hablando—. Además, un contrato no suele ser una barrera para el amor. No des por hecho que esto es un polvo cuando no sabes nada.

Lucas comienza a reírse, no sabemos muy bien qué está pasando, pero Peter lo mira con cara de pocos amigos.

—Me debes 100 euros, he ganado la apuesta. Estas dos están enamoradas desde el anterior proyecto que estuvieron juntas —dice Lucas

—¿Qué te duele más, querido director, el ego, la pérdida de la apuesta o el proyecto?

Cuéntame, te escucho —digo.

Su cara es un poema, se le han puesto los mofletes rojos y mueve las manos rápido, sinónimo de nerviosismo.

—Mi ego es lo de menos, seguimos hablando del proyecto.

—No lo creo así. Esta noche, al salir del rodaje, hablamos con los fans en un directo. Decimos que ha sido un fallo, una filtración —habla Carmen.

Carmen sigue bastante seria, no entiendo por qué, si ya se ha destapado todo, no debe cabrearse, así es la vida pública de las actrices.

—Además, esto nos pone en lo más alto, promoción gratis. Otra cosa quiero deciros, nuestra vida personal, es nuestra y de nadie más, ¿ha quedado claro? —reclama Carmen.

El director y productor asienten ante sus palabras. Quizás tengan miedo a que una de nosotras se vaya del proyecto, al fin y al cabo, todos sabemos que va a ser un éxito.

Carmen

Estoy tensa, muy tensa. Es la primera vez en mi carrera que me la juego así. Ellos se ríen, a pesar de todo, se ríen, incluida Ana. Yo no puedo.

—Nosotras nos comprometemos a no decir, ni hacer nada que pueda repercutir en el proyecto de nuevo —digo siseando.

Con estas palabras me despido, salgo de la habitación, necesito aire. Recorro unos metros, dando la vuelta al edificio, hay un callejón, irónico, me siento en el suelo.

En algún momento, esto tenía que salir a la luz, pero no me gusta que sea de esta manera. No me gusta que me riñan como si fuera una niña pequeña que no le ha hecho caso a su madre.

Me doy cinco minutos para tranquilizarme. El sonido de la ciudad es muy alto, se nota que es hora punta del domingo, la mayoría de las personas tienen que llegar a su destino, seguramente a comidas o vienen de fuera de la ciudad. Me concentro en mi respiración, en mi pulso, intento controlar la ansiedad.

—Cariño, tengo que prepararte para las escenas de hoy, ¿estás en condiciones?

Belén está de pie, mirándome como si fuera un cachorro abandonado. Me ofrece su mano derecha para levantarme. No la rechazo, tengo que volver a la realidad, tengo que trabajar, es lo que hay.

—Venga, Ana está preparándose. Hoy vamos a tardar más contigo. No pasa nada, luego lo arregláis, se os da genial encajar las piezas del puzzle, de manera que siempre os venga bien.

Me da un ligero golpe de hombro, dándome así su apoyo. En el set de rodaje, las personas

siguen trabajando, ninguna se gira a mirarme para juzgarme. Nadie lo ha tomado por sorpresa, supongo.

—Carmen, yo lo sabía de primera mano, pero el resto lo sabía sin haberlo confirmado. Para ellos, lo que ha salido en la prensa les parece lo más normal. Lo peor, las personas que apostaron que no estabais juntas —dice Belén.

Me giro hacia ella.

—¿No se te ha ocurrido decírmelo en algún momento?

—No. Eso no os tiene que importar. Además, no te das cuenta, pero cuando estáis juntas parece que hubiera magia a vuestro alrededor, no sé muy bien describirlo, pero parece de verdad que se puede tocar la burbuja.

Se va, sin decir nada más. No espera mi respuesta, supongo que no la necesita. Voy a mi camerino, tengo que vestirme lo más rápido posible, la escena comienza a grabarse en una hora.

Cuando entro parece que está todo tranquilo, hasta que puedo ver a Ana en una silla, está leyendo la revista. Levanta la vista, me sonrío suavemente, deja la revista encima de la mesa, se incorpora y se acerca a mí, sus pasos son hipnóticos, es fascinante lo que esta mujer es capaz de hacer con mi percepción de la realidad.

Es muy fácil sentirse bien si es ella la que me mira, lo hace como si yo fuera una de las siete maravillas del mundo.

—¿Estás bien, Carmen?

Recoge mi pelo detrás de la oreja, sabe que me molesta en la cara. Acaricia mi rostro, mi cuello, introduce su mano dentro de mi pelo.

—Sí. No me gusta que mi vida privada sea pública. No me gusta que me traten como si fuera una niña pequeña, a la que tienen que regañar.

—Lo sé. Pero tenemos un problema, somos famosas. Pero aparte de eso, somos personas y contigo es muy fácil caer en la tentación —sigue acariciándome—. No puedo decirte que no. Por mí, lo contamos en cuanto quieras.

Es la persona capaz de decir lo que esperas, o quizás se ha adaptado tanto a mí, después de muchos años, que es capaz de decir lo que yo quiero. Los gestos que hace mientras hablan me encantan, estoy enamorada de ella y es magnífico.

—¿Te parece bien que lo contemos cuando terminemos la película, en la promoción?

Asiente, me besa suavemente en los labios y me aprieta contra su cuerpo.

—Me parece perfecto, Carmen. Luego arreglamos lo de estas fotos, ahora vamos a hacer nuestro trabajo, hasta terminar la película, después quiero que comencemos nuestra vida.

—Así será. Ana, nuestra historia va a comenzar cuando acabe la historia de la película, prometido.

Levanta su meñique, enlazamos nuestros dedos, nuestro destino.

Epílogo

Un año después.

Ana

La postproducción de la película ha sido ardua para todo el equipo. Hemos tenido que grabar algún que otro sonido, pero la peor parte no nos la hemos llevado nosotras, la verdad.

Antes de comenzar la promoción, Carmen y yo hemos estado descansando en un lugar donde nadie nos podía conocer: en la montaña. Por suerte, mi familia tiene una casa retirada en una pedanía de Asturias. Durante ese tiempo hemos podido amoldarnos la una a la otra. Compartir un espacio constantemente me ha enseñado que quiero pasar lo que me reste de vida con ella.

Carmen lleva un buen rato en la ducha y, por mucho que me apetezca, sé que no puedo acompañarla porque en un momento nos van a recoger para la *premier*.

Entro de manera silenciosa al cuarto de baño. Está tranquila, debajo de la ducha y yo sólo puedo mirarla y pensar una única cosa: estar en casa es lo mejor que me ha pasado.

No pasa mucho cuando ella gira la cabeza hacía mí y sonrío.

—Cariño, tienes que salir ya de la ducha.

—¿Podrías entrar tú?

Sonrío y, en mi cuerpo, recorre una corriente al pensarlo.

—Yo ya estoy arreglada para la *premier*. Así que, sintiéndolo mucho, de verdad, tienes que salir.

Apaga la ducha y me sigue mirando. Sabe lo que hace así. Le ofrezco la toalla y veo cómo se tapa.

—Ha llegado el día.

Salgo del cuarto, ella va detrás de mí. Me giro para mirarla.

—Creo que es el mejor momento. No me apetece seguir escondiéndome.

Asiente.

—Totalmente cierto.

—Belén me ha escrito esta mañana para ver cómo estábamos llevando los nervios.

—Yo estoy muy tranquila, me preocupa más la mudanza que tenemos que hacer la semana que viene.

Bufo.

—No me recuerdes cosas feas ahora mismo.

Termina rápido de arreglarse y tarda menos el coche que nos va a llevar al centro de Madrid. En Callao nos esperan muchas personas y los periodistas.

La alfombra roja ya está preparada y nosotras también. Me bajo del coche antes que ella y me dirijo a su puerta. Le abro y le ofrezco mi mano para salir del coche.

Un aluvión de flashes nos ataca y sonrío. Carmen está preciosa y es el mejor momento para comenzar la historia de cara a la galería.

Hemos combinado los colores de nuestros vestidos y Carmen ha decidido llevar el pelo recogido, yo en contraposición, me lo he dejado suelto.

—¿Preparada?

Sonríe y asiente. No tardamos mucho en llegar a la alfombra donde nos toca la sesión de fotos.

Es el momento de hacerlo fácil y dejar que cada persona piense lo que quiera. Nos ponemos en varias posiciones, primero solas, hasta que una vez que van a terminar con Carmen, me pongo a su lado y la beso.

Las personas que nos rodean comienzan a silbar, alardeamos y las cámaras no dejan de trabajar.

Todo lo que nos rodea forma parte de nosotras, pero no hay mejor sensación que sentir que estoy en casa cuando le miro, independientemente de donde estemos. Eso es lo que marca la diferencia.

Me arrepiento de muchas cosas en mi vida, pero nunca de amar a la persona que amo.

—Te quiero muchísimo, cariño.

Me mira con los ojos acuosos. Está emocionada y yo también.

—Te quiero, mi vida.

Fin.

Agradecimientos

A las primeras personas que quiero agradecer haber llegado hasta aquí es a Max, por el pedazo de portada que ha hecho. A las chicas de Cat-rectoras, por su labor fluida y agradable y, sintiéndolo mucho, las decepcioné un poco con un personaje, pero ahí siguieron a tope.

Quería destacar la labor de personas maravillosas, que de manera desinteresada, ayudan cada día a las autoras. Muchísimas gracias, Kika lectora, haces un trabajo impresionante y eso es de agradecer. A Tati, que a través de Instagram apoya y nos da difusión.

Y, por último, y no menos importante. Quiero agradecerte a ti, a la persona que está leyendo estas palabras y mi novela, recuerda contarme tu experiencia y espero verte en la siguiente aventura, que no tardará tanto como está.

Este ha sido un año duro, pero conseguir aquello que me propongo y estar visible ha hecho que me siga gustando tanto este mundo.

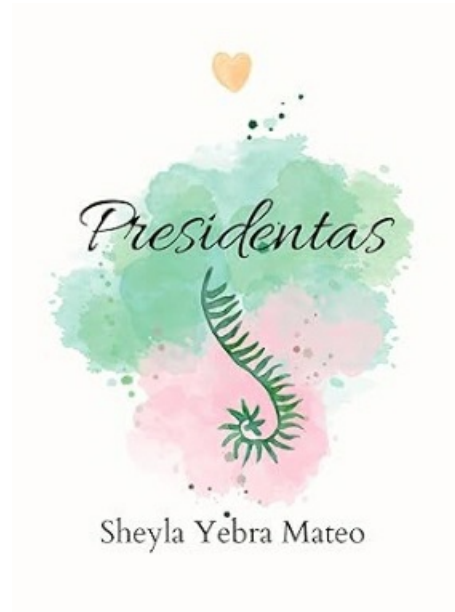
¡Nos volveremos a ver!

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

Puedes encontrar todas mis novelas en mi página de Amazon.

Todas ellas están disponibles en e-book, formato físico y gratis con Kindle Unlimited.

Presidentas



<https://amzn.eu/d/03yRbxrj>